

**Vicente Blasco Ibáñez**

**Luna Benamor**



**BIBLIOTECA DIGITAL MINERD**

**DOMINICANA LEE**

Título original: *Luna Benamor*

Vicente Blasco Ibáñez, 1909

Esta novela es en realidad un relato corto que **Blasco Ibáñez**, escribió unos años antes de la primera guerra mundial y se publica habitualmente junto con seis cuentos más y cinco «**Bocetos y Apuntes**».

La trama de la novela, trata del antisemitismo que existía en aquellos tiempos:

Luis Aguirre es un diplomático joven que tiene que viajar a Australia para ocupar el puesto de cónsul. La acción se sitúa en Gibraltar y ayuda al lector a conocer aquel lugar y sus alrededores con el habitual realismo propio del autor. Esperando el embarque conoce a Luna Benamor, judía residente en la ciudad, que nos ocupa, y pese a sus respectivas creencias se enamoran y comienzan un idilio intenso.

**LUNA BENAMOR**

## I

Cerca de un mes llevaba Luis Aguirre de vivir en Gibraltar. Había llegado con el propósito de embarcarse inmediatamente en un buque de la carrera de Oceanía, para ir a ocupar su puesto de cónsul en Australia. Era el primer viaje importante de su vida diplomática. Hasta entonces había prestado servicio en Madrid, en las oficinas del Ministerio, o en ciertos consulados del Sur de Francia, elegantes poblaciones veraniegas donde transcurría la existencia en continua fiesta durante la mitad del año. Hijo de una familia dedicada a la diplomacia por tradición, contaba con buenos valedores. No tenía padres, pero le ayudaban los parientes y el prestigio de un apellido que durante un siglo venía figurando en los archivos del Ministerio de Estado. Cónsul a los veintinueve años, iba a embarcarse con las ilusiones de un colegial que sale a ver el mundo por vez primera, convencido de la insignificancia de los viajes que llevaba realizados hasta entonces.

Gibraltar fue para él la primera aparición de un mundo lejano, incoherente y exótico, mezcla de idiomas y de razas, en cuya busca iba. Dudó, en su primera sorpresa, de que aquel suelo rocoso fuese un pedazo de la península natal avanzando en pleno mar y cobijado por una bandera extraña. Cuando contemplaba desde las laderas del peñón la gran bahía azul, sus montañas de color de rosa, y en ellas las manchas claras de los caseríos de La Línea, San Roque y Algeciras, con la alegre blancura de los pueblos andaluces, convencíase de que estaba aún en España; pero encontraba enorme la diferencia entre las agrupaciones humanas acampadas al borde de esta herradura de tierra llena de agua de mar. Desde la punta avanzada de Tarifa hasta las puertas de Gibraltar, la unidad monótona de raza, el alegre gorjeo del habla andaluza, el ancho sombrero pavelo, el mantón envolviendo los bustos femeniles y el aceitoso peinado adornado con flores. En la enorme montaña verdinegra rematada por el pabellón inglés, que cierra la parte oriental de la bahía, una olla hirviente de razas, una confusión de lenguas, un carnaval de trajes: indios, musulmanes, hebreos, ingleses, contrabandistas españoles, soldados de casaca roja, marineros de todos los países, viviendo en la estrechez de las fortificaciones, sometidos a una disciplina militar, viendo abiertas las puertas del aprisco cosmopolita con el cañonazo del amanecer y cerradas al retumbar el cañón de la tarde. Y como marco de este cuadro, bullicioso en su amalgamamiento de colores y gestos, en el término más remoto de la línea del mar, una hilera de cumbres, las alturas de África, las montañas marroquíes, la

orilla fronteriza del Estrecho, el más concurrido de los grandes bulevares marítimos, por cuya calzada azul transcurren incesantemente pesados veleros de todas las nacionalidades, de todas las banderas; negros trasatlánticos que cortan el agua en busca de las escalas del Oriente poético, o cruzando el callejón de Suez van a perderse en las inmensidades del Pacífico, moteadas de islas.

Para Aguirre era Gibraltar un fragmento del lejano Oriente que le salía al paso; un puerto de Asia arrancado de su continente y arrastrado por las olas para venir a encallar en la costa de Europa, como muestra de la vida en remotas tierras.

Estaba alojado en un hotel de la calle Real, vía que contornea la montaña, espina de la ciudad a la que afluyen como sutiles raspas los callejones en pendiente ascendente o descendente. Al amanecer despertaba sobresaltado con el cañonazo del alba: un disparo seco, brutal, de pieza moderna, sin el eco retumbante de los cañones antiguos. Temblaban las paredes, cimbreadaban los pisos, palpitaban vidrios y persianas, y a los pocos momentos comenzaba a sonar en la calle un rumor, cada vez más grande, de rebaño apresurado, un arrastre de miles de pies, un susurro de conversaciones en voz baja a lo largo de los edificios cerrados y silenciosos. Eran los jornaleros españoles que llegaban de La Línea para trabajar en el arsenal; los labriegos de San Roque y Algeciras que surtían de verduras y frutas a los vecinos de Gibraltar.

Aún era de noche. En la costa de España tal vez el cielo estaba azul y comenzaba a colorearse el horizonte con la lluvia de oro del glorioso nacimiento del sol. En Gibraltar las neblinas marítimas se condensaban en torno de las cimas del peñón, formando a modo de un paraguas negruzco que cobijaba a la ciudad, manteniéndola en húmeda penumbra, mojando calles y tejados con lluvia impalpable. Los vecinos se desesperaban bajo esta niebla persistente, arrollada a los picos del monte como un gorro fúnebre. Parecía el espíritu de la vieja Inglaterra llegado por encima de los mares para velar sobre su conquista; un jirón de la bruma de Londres que se inmovilizaba insolentemente frente a las tostadas costas de África, en pleno país solar.

Avanzaba la mañana, y la luz esplendorosa y sin trabas en la bahía lograba introducirse al fin entre el caserío amarillo y azul de Gibraltar, descendiendo a lo más hondo de sus calles estrechas, disolviendo la niebla enganchada en el ramaje de la Alameda y las frondosidades de los pinares que se extienden cuesta arriba para enmascarar las fortificaciones de la cumbre, sacando de la penumbra las moles grises de los acorazados surtos en el puerto y los negros lomos de los cañones acostados en las baterías de la ribera, colándose por las lóbregas troneras

abiertas en el peñón, bocas de cuevas reveladoras de misteriosas obras de defensa labradas en el corazón de la roca con industria de topo.

Cuando Aguirre bajaba a la puerta del hotel, renunciando a dormir por el estrépito de la calle, ésta se hallaba ya en plena agitación comercial. Gente, mucha gente; el vecindario de toda la ciudad, a más de las tripulaciones y pasajeros de los buques surtos en el puerto. Aguirre se mezclaba en el vaivén de esta población cosmopolita, yendo desde los cuarteles de la Puerta de Mar hasta el palacio del gobernador. Se había hecho inglés, según decía él sonriendo. Con la instintiva facilidad del español para adaptarse a los usos de todo país extraño, imitaba el aire de los gibraltareños que eran de origen británico. Se había comprado una pipa, cubría su cabeza con una gorrilla de viaje, llevaba los pantalones con el bordón doblado y en la mano un junquillo corto. El día que llegó, antes de que cerrase la noche, ya sabían en Gibraltar quién era y adónde iba. Dos días después le saludaban los tenderos a las puertas de sus establecimientos, y los ociosos agrupados en la plazoleta de la Bolsa de Comercio cruzaban con él esas miradas afables con que se acoge al forastero en una ciudad pequeña, donde nadie conserva su secreto.

Avanzaba por el centro de la calle, evitando los ligeros carruajes cubiertos con un toldo de blanca lona. Las tabaquerías ostentaban rótulos multicolores, con figuras que servían de marca a sus productos. En los escaparates amontonábanse como ladrillos los paquetes de tabaco, y lucían su absurda grandeza cigarros monstruosos, infumables, cubiertos de papel de plata, como si fuesen salchichones. Las tiendas de los israelitas mostraban al través de sus puertas, limpias de adornos, las anaquelerías repletas de rollos de seda y terciopelo, o piezas de ricas blondas pendientes del techo. Los bazares indostánicos desbordaban en plena calle sus preciosidades exóticas y multicolores: tapices bordados con divinidades horribles y animales quiméricos; alfombras en las que la flor del loto se adaptaba a las más extrañas combinaciones; kimonos de suaves e indefinibles tintas; tibores de porcelana con monstruos que vomitaban fuego; chales de color de ámbar, sutiles como suspiros tejidos; y en las pequeñas ventanas convertidas en escaparates, todas las chucherías del Extremo Oriente en plata, en marfil o en ébano: elefantes negros de colmillos blancos, Budas panzudos, joyas de filigrana, amuletos misteriosos, dagas cinceladas desde el pomo a la punta. Alternando con todas estas tiendas de un puerto libre que vive del contrabando, confiterías dirigidas por judíos, y cafés y más cafés, unos a la española, con redondas mesas de mármol, choque de fichas de dominó, atmósfera de humo y discusiones a gritos acompañadas de manoteos; otros con un carácter de bar inglés, llenos de parroquianos inmóviles y silenciosos, que se sorben un *cocktail* tras otro, sin más

signo de emoción que el enrojecimiento creciente de la nariz.

Por el centro de la calle discurría, semejante a una mascarada, la variedad de trajes y de tipos que había sorprendido a Aguirre como un espectáculo distinto del de las demás ciudades europeas. Pasaban marroquíes, unos con largo jaique blanco o negro, la capucha calada como si fuesen frailes; otros en calzones bombachos, las piernas al aire, sin más calzado que las sueltas y amarillas babuchas, y la rapada cabeza protegida por el envoltorio del turbante. Eran moros tangerinos que surtían la plaza de gallinas y hortalizas, guardando su capital en las carteras de cuero bordado que pendían junto a sus cinturas fajadas. Los judíos de Marruecos, vestidos a la oriental, con haldas de seda y un solideo eclesiástico, pasaban apoyados en un palo, como si arrastrasen su blanda y tímida obesidad. Los soldados de la guarnición, altos, enjutos, rubios, hacían resonar el suelo con la cadenciosa pesadez de sus zapatos. Unos iban vestidos de kaki, con la sobriedad del soldado en campaña; otros lucían la tradicional casaquilla roja. Los cascos blancos o enfundados de amarillo alternaban con las gorras de plato; los sargentos lucían sobre el pecho la banda escarlata; otros soldados ostentaban, cruzado bajo un sobaco, el delgado junco signo de autoridad. Sobre el cuello de muchas casacas elevábase la desmesurada esbeltez del pescuezo británico, largo, jirafeño, con una aguda protuberancia en su cara anterior. De pronto, todo el fondo de la calle se cubría de blanco: una avalancha de galletas de nieve parecía avanzar con cadencioso vaivén. Eran gorras de marineros. Los acorazados del Mediterráneo soltaban en tierra la gente libre de servicio, y la calle se llenaba de muchachos rubios y afeitados, la blanca tez coloreada por el sol, el busto casi desnudo dentro del cuello azul, los pantalones de ancha boca, semejantes a patas de elefante, moviéndose a ambos lados; mozos de cabeza pequeña y facciones aniñadas, con las manos enormes caídas al extremo de los brazos, como si éstos apenas pudiesen sostener su volumen. Deshacíanse los grupos de la flota, desapareciendo en los callejones en busca de una taberna. El polizonte de blanco casco los seguía con ojos resignados, seguro de tener que luchar con algunos de ellos y pedir «¡favor al rey!» cuando, al sonar el cañón o de la tarde, los condujera borrachos perdidos al acorazado.

Y revueltos con toda esta gente de guerra, pasaban gitanos de faja suelta, larga vara y rostro atezado; gitanas viejas, astrosas, que inquietaban a los tenderos apenas se detenían ante sus puertas, por los misteriosos escondrijos de su mantón y sus zagalejos; judíos de la ciudad, con largas levitas y brillantes sombreros de copa, para solemnizar alguna de sus fiestas; negros procedentes de las posesiones inglesas; indios cobrizos, de caído bigotillo, con pantalones blancos, anchos y cortos, semejantes a delantales; hebreas de Gibraltar, altas, esbeltas, elegantes,



vestidas de blanco, con la corrección de las inglesas; hebreas viejas de Marruecos, adiposas, hinchadas, con un pañuelo multicolor ceñido a las sienes; sotanas negras de sacerdotes católicos, levitas cerradas de sacerdotes protestantes, sueltas hopalandas de rabinos venerables, encorvados, barbudos, exuberantes de mugre y sabiduría sagrada... y todo este mundo variadísimo encerrado en la estrechez de una ciudad fortificada, hablando al mismo tiempo diversos idiomas, pasando sin transición, en el curso del diálogo, del inglés a un español pronunciado con fuerte acento andaluz.

Aguirre admiraba el espectáculo movable de la calle Real, la variedad de su concurrencia continuamente renovada. En los grandes bulevares de París, a los seis días de sentarse en el mismo café, conocía a la mayor parte de los que pasaban por la acera. Siempre eran los mismos. En Gibraltar, sin salir de la pequeñez de su calle central, todos los días experimentaba sorpresas. La tierra entera parecía desfilar entre sus dos líneas de casas. De pronto se llenaba la calle de gorros de pelo llevados por gentes rubias, con ojos verdes y nariz aplastada. Era una invasión rusa. Acababa de anclar en el puerto un trasatlántico que llevaba a América este cargamento de carne humana. Se esparcían por toda la calle, llenaban cafés y tiendas, hacían desaparecer bajo su ola invasora el vecindario normal de Gibraltar. A las dos horas volvía a aclararse el gentío y reaparecían los cascos de soldados y polizontes, las gorras marineras, los turbantes y sombreros de moros, judíos y cristianos. El trasatlántico estaba ya en el mar, luego de haber hecho su provisión de carbón; y así iban sucediéndose en el curso del día las invasiones rápidas y ruidosas de gentes de todas las razas del continente en esta ciudad que podía llamarse la portería de Europa, el pasadizo inevitable por el que una parte del mundo se comunica con las Indias orientales y la otra con las occidentales.

Al desaparecer el sol, brillaba la llamarada de un disparo en lo alto del monte, y el estampido del «cañón de la tarde» avisaba a los forasteros faltos de autorización para residir en la ciudad que debían abandonarla. Salía la retreta por las calles, una música militar de pífanos y tambores en torno del gran instrumento nacional amado de los ingleses, el bombo, que golpeaba con ambas manos un atleta sudoroso, arremangado y de fuertes bíceps. Detrás marchaba «San Pedro», un oficial con escolta, llevando las llaves de la ciudad. Gibraltar quedaba incomunicado con el resto del mundo; se cerraban puertas y rastrillos. Replegada en sí misma, entregábase a sus devociones, encontrando en la religión un grato pasatiempo antes de la cena y del sueño. Los hebreos encendían las lámparas de sus sinagogas y cantaban a la gloria de Jehová; los católicos rezaban el rosario en la catedral; del templo protestante, edificado a estilo morisco, cual si fuese una mezquita, salían, como susurro celeste, las voces de las vírgenes acompañadas por

el órgano; los musulmanes se reunían en la casa de su cónsul para ganguear interminable y monótona salutación a Alá. En los restaurantes de templanza, establecidos por la piedad protestante para curar el vicio de la embriaguez, soldados y marineros sobrios, bebiendo limonada o tazas de té, prorrumpan en himnos orfeónicos a la gloria del Señor de Israel, que en otros tiempos se cuidaba de guiar a los hebreos por el desierto, y ahora guía a la vieja Inglaterra a través de los mares, para que coloque su moral y sus tejidos.

La religión llenaba la existencia de aquellas gentes, hasta el punto de suprimir la nacionalidad. Aguirre sabía que en Gibraltar no era un español: era un católico. Y los demás, súbditos ingleses casi todos, apenas se acordaban de esta condición, designándose por el nombre de su creencia.

En los paseos por la calle Real tenía Aguirre un punto de parada: la puerta de un bazar indostánico, regentado por un indio de Madrás llamado Khiamull. En los primeros días de su estancia le había comprado varios regalos para sus primas de Madrid, hijas de un antiguo ministro plenipotenciario que le protegía en la carrera. Desde entonces deteníase a hablar con Khiamull, hombrecito bronceado y verdoso, con un bigote de extensa negrura que se erizaba sobre los labios como los mostachos de una foca. Sus ojos húmedos y dulces, ojos de antílope, de bestia buena, humilde y perseguida, parecían acariciar a Aguirre con una finura de terciopelo. Le hablaba en español, mezclando en sus palabras, dichas con acento andaluz, un sinnúmero de voces raras de lejanos idiomas aprendidos en sus viajes. Había corrido medio mundo por cuenta de la compañía a la que prestaba sus servicios. Hablaba de su vida en El Cabo, de Durbán, de Filipinas, de Malta, con una expresión de cansancio. Unas veces parecía joven; otras se contraía su rostro con un gesto de decrepitud. Los de su raza no parecían tener edad. Recordaba su lejano país del sol con la voz melancólica de un proscrito, su gran río sagrado, las vírgenes indostánicas coronadas de flores, de esbeltas y firmes curvas, mostrando entre la recia chaquetilla de pedrería y las faldas de lino un vientre bronceado de estatua. ¡Ay!... Cuando hubiera juntado lo necesario para volver allá, uniría seguramente su suerte a la de una hembra de rasgados ojos y aliento de rosas apenas salida de la niñez. Mientras tanto, vivía como un faquir ascético en medio de los occidentales, gentes impuras, con las que quería hacer negocios, pero cuyo contacto evitaba. ¡Volver allá!, ¡no morir lejos del río sagrado!... Y al manifestar sus deseos al curioso español que le hacía preguntas sobre las lejanas tierras de luz y misterio, el indio tosía, tosía con un gesto doloroso, obscureciéndose más su rostro como si fuese verde la sangre que circulaba tras el bronce de su epidermis.

Aguirre, algunas veces, cual si despertase de un ensueño, se preguntaba qué

hacía en Gibraltar. Desde que llegó con el propósito de embarcarse, habían pasado el Estrecho tres grandes vapores con rumbo a las tierras oceánicas. Y él los había dejado partir, fingiendo ignorar su paso, no acabando nunca de enterarse de las condiciones del viaje, escribiendo a Madrid, a su poderoso tío, cartas en las que hablaba de vagas dolencias que por el momento retardaban su embarque. ¿Por qué?... ¿por qué?...

## II

Al levantarse de la cama, al día siguiente de su llegada a Gibraltar, Aguirre miró a través de las persianas de su cuarto con la curiosidad de un forastero. El cielo estaba nublado, un cielo de Octubre; pero hacía calor, un calor pegajoso y húmedo que delataba la proximidad de las costas africanas.

En la azotea de una casa vecina vio una construcción extraña, un gran cenador hecho de cañas entrecruzadas y adornado de ramas verdes. En el interior de este frágil edificio, al través de unas cortinas de colorines, entrevió una larga mesa, sillas y una lámpara de forma antigua pendiente del techo... ¡Qué rareza la de aquellas gentes, que, teniendo una casa, vivían sobre el tejado!

Un sirviente del hotel, mientras arreglaba el cuarto, contestó a sus preguntas. Los judíos de Gibraltar estaban de fiesta: la fiesta de las Cabañas, uno de sus más importantes regocijos del año. Era en memoria de la larga peregrinación del pueblo israelita por el desierto. Para conmemorar sus errantes penalidades, los judíos debían comer al aire libre, en una cabaña que recordase las tiendas y chozas de sus remotos abuelos. Los más fanáticos y apegados a los usos antiguos comían de pie, con un báculo en la mano, como si con el último bocado fuesen a reanudar el viaje. Los comerciantes hebreos de la céntrica calle montaban su cabaña en la azotea; los de los barrios míseros establecían su choza en un patio o en un corral, allí donde podían ver un palmo de cielo libre. Los que vivían reclusos en un tugurio por su sórdida pobreza, eran invitados a comer en los sombreros de los más felices, con la fraternidad de una raza estrechamente solidaria por el odio y la persecución de los enemigos.

Aquella cabaña que veía Aguirre era la de los señores Aboab (padre o hijo), banqueros cambistas que tenían su establecimiento en la misma calle Real, algunas puertas más allá. Y el criado pronunciaba el nombre de Aboab (padre o hijo) con el respeto supersticioso y el odio —todo junto— que inspira al pobre una riqueza tenida por injusta. Todo Gibraltar los conocía, y lo mismo en Tánger, y lo mismo en Rabat y Casablanca. ¿No había el señor oído hablar de ellos? El hijo dirigía los negocios de la casa, pero el padre aún estaba en ella, autorizándolo todo con su presencia venerable de patriarca, con la autoridad de la vejez, infalible y sagrada para las familias hebreas.

—¡Si viese usted ar viejo! —añadió el criado con su charla andaluza—. Unas barbas blancas así, jasta la misma panza; y si lo meten en agua caliente, suerta más grasa que hay en un puchero. Casi es tan mugriento como er gran rabino, er que es er obispo de ellos... Pero guita, muchísima. Las onzas de oro a puñaos, las libraj eterlinas a paletás; y si ve usted la covacha que tienen en la caye para su negocio, se que a usted espantao. Una cosina de probe. ¡Paece mentira que se guarden allí tantos posibles!...

Cuando después del almuerzo subió Aguirre al cuarto en busca de su pipa, vio que la cabaña de los Aboab estaba ocupada por toda la familia. En su fondo algo obscuro, le pareció distinguir una cabeza blanca que presidía la mesa, y a ambos lados manos apoyadas en el mantel, faldas y pantalones de personas que mantenían invisible gran parte de su cuerpo.

Dos mujeres salieron a la terraza, dos jóvenes que, luego de mirar un instante al curioso asomado a la ventana del hotel, volvieron su vista a otra parte, como si no reparasen en su presencia. A Aguirre no le parecieron gran cosa las señoritas Aboab, y pensó si la belleza hebrea sería una de tantas mentiras admitidas por la costumbre y consagradas por el tiempo que se aceptan sin previo examen. Tenían grandes ojos de hermosura bovina, ojos húmedos y rasgados, pero con el aditamento de unas cejas pobladas y salientes, negras y unidas, como barras de tinta. Sus narices eran pesadas y una obesidad naciente comenzaba a anegar en grasa su esbeltez juvenil.

A continuación salió otra mujer, indudablemente la madre: dama de adiposidades desbordantes que se cimbreaban al moverse, también de ojos hermosos, pero afeados por las rudas cejas. La nariz, el labio inferior y las carnosidades del cuello pendían flácidamente, cumplida ya la madurez fatal que comenzaba a indicarse en las hijas. Las tres eran de una palidez amarillenta, el mal color de las razas orientales. Sus labios gruesos, ligeramente azulados, denunciaban algo de africano ingerido en su origen asiático.

—¡Hola!, ¡hola! —murmuró Aguirre a impulsos de la sorpresa.

Una cuarta mujer había salido a la terraza, de las profundidades de la cabaña. Debía ser inglesa; el español estaba seguro de ello: una inglesa morena, con el pelo de azulada negrura y el cuerpo de gimnástica esbeltez y graciosos movimientos. Alguna criolla de las colonias, un cruzamiento de beldad oriental y guerrero británico.

Miró sin cortedad hacia la ventana del hotel, examinando al español con una fijeza de muchacho atrevido, sosteniendo impávida el choque de sus ojos. Luego giró sobre sus talones como si iniciase un paso de baile, volviendo la espalda al curioso, y se apoyó en los hombros de las otras dos jóvenes, empujándolas, complaciéndose, entre grandes risotadas, en manejar su perezosa obesidad con sus brazos de efebo vigoroso.

Cuando volvieron todas ellas al interior de la cabaña, Aguirre abandonó su observatorio, cada vez más convencido de la exactitud de su observación. Decididamente, no era judía. Y para convencerse, habló en la puerta del hotel al administrador de éste, que conocía a todo Gibraltar. A las pocas palabras, este hombre adivinó de quién hablaba Aguirre.

—Ésa es Luna... Lunita Benamor, la nieta del viejo Aboab. ¡Qué muchacha!, ¿eh? ¡Lo mejor de Gibraltar! ¡Y rica! El que menos, la echa cien mil duros de dote.

¡Judía!..., ¡era judía! Desde entonces, Aguirre comenzó a encontrar con frecuencia a Luna en la estrechez de una ciudad donde las gentes no podían moverse sin tropezarse. La vio en la azotea de su casa, la encontró en la calle Real entrando en el despacho de su abuelo, la siguió, unas veces en las inmediaciones de la Puerta de Mar, otras en el extremo opuesto de la ciudad, cerca de la Alameda. Casi siempre iba sola, como todas las muchachas de Gibraltar, educadas con arreglo a las costumbres inglesas. Además, la pequeña ciudad era a modo de una casa común, en la que todos se conocen y donde la mujer no corre peligro alguno.

Al encontrarse. Aguirre con ella, cruzaban las miradas fríamente, pero con la expresión de personas que se han visto muchas veces. El cónsul aún sentía su primer asombro de español influenciado por prejuicios seculares. ¡Una judía! Jamás la hubiese creído de esta raza. En su exterior correcto y elegante de señorita inglesa, no había más revelación de exotismo que una marcada tendencia a los trajes de seda de colores vivos, especialmente el color de fresa, y a las joyas vistosas. Con la suntuosidad de una yanqui que no repara en horas, salía de buena mañana, llevando sobre el pecho un grueso collar de perlas y en las orejas dos enormes brillantes. Un sombrero grande de ricas plumas traídas de Londres ocultaba el casco de ébano de sus cabellos.

Aguirre tenía amigos en Gibraltar, desocupados a los que había conocido en los cafés, jóvenes israelitas obsequiosos y corteses que acogían con una simpatía ancestral a aquel funcionario de «Castilla» haciéndole preguntas sobre los asuntos de España como si ésta fuese un país remoto.

Al pasar ante ellos Luna Benamor, en sus correrías continuas por la calle Real sin más objeto que entretener el tiempo, hablaban de ella con respeto. «Más de cien mil duros». Todos conocían la dote. Y hacían saber al cónsul la existencia de cierto israelita que era el prometido de la joven. Estaba en América para completar su fortuna. Era rico; pero un hebreo debe trabajar, aumentando la herencia de sus padres. Las familias se habían comprometido a esta unión sin consultarles apenas, cuando ella tenía doce años y él era ya un hombre, maleado por continuos cambios de residencia y aventuras de viaje. Luna esperaba hacía diez años que volviese su prometido de Buenos Aires, sin impaciencia alguna, segura de que todo ocurriría regularmente cuando llegase la hora, como esperaban otras jóvenes de su raza.

—Estas hebreas —decía un amigo de Aguirre— nunca tienen prisa. Están acostumbradas a esperar. Ven a sus padres que hace miles de años aguardan al Mesías sin cansarse.

Una mañana, cuando, acabada la fiesta de las Cabañas, la población hebraica volvió a su vida normal, Aguirre entró en el establecimiento de los Aboab con pretexto de cambiar una cantidad en moneda inglesa. Era un rectángulo sin más luz que la de la puerta, con los muros pintados de cal y un zócalo de azulejos blancos. Un mostradorcillo partía la tienda, dejando al público cerca de la puerta y reservando el resto a los dueños y a una gran caja de hierro. Junto a la entrada, un cepillo de madera con inscripciones hebraicas se ofrecía a los donativos de los fieles para las obras filantrópicas de la comunidad. Los hebreos, en sus negocios con la casa, depositaban allí los céntimos sobrantes de sus cuentas.

Detrás del mostrador vio a los Aboab, padre e hijo. El patriarca, Samuel Aboab, era viejísimo y de pastosa corpulencia. Sentado en una silla de brazos, su vientre, duro y suelto al mismo tiempo, se había remontado sobre el pecho. Llevaba afeitado el labio superior, algo hundido por la falta de dentadura, y la barba patriarcal, brillante y un tanto amarillenta en sus raíces, descendía en vedijas serpenteadas, con una majestad profética. La vejez daba a su voz un temblor de llanto y a sus ojos una ternura lacrimosa. La menor emoción le hacía llorar; todas las palabras parecían remover en su memoria emocionantes recuerdos. Sus ojos soltaban lágrimas y lágrimas, hasta cuando permanecía silencioso, como si fueran fuentes por donde se escapaba el dolor de todo un pueblo perseguido y maldito al través de siglos y siglos.

Su hijo Zabulón era ya viejo, pero una negrura vigorosa retardábase en él, dándole un aspecto de ruda juventud. Negros los ojos dulzones y humildes, pero con un destello, de vez en cuando, revelador de un alma fanática, de una fe dura

como la del antiguo populacho de Jerusalén, siempre pronto a apedrear o crucificar a los nuevos profetas; negra y dura la barba de Macabeo guerrador; negras las pasas de su cabellera acaracolada, que parecía una gorra de astrakán. Zabolón figuraba como uno de los miembros más activos y respetados de la comunidad israelita, individuo indispensable de todas las obras benéficas, ruidoso cantor en la sinagoga, gran amigo del rabino, al que llamaba «nuestro jefe espiritual», asiduo asistente a todas las casas donde agonizaba un correligionario, para acompañar con sus cánticos los hipos del moribundo y lavar luego el cadáver con una profusión de agua que descendía en arroyo hasta la calle. Los sábados y los días de fiesta extraordinaria, Zabolón salía de su casa camino de la sinagoga, solemnemente enlevitado y enguantado, con sombrero de copa y una escolta de tres correligionarios pobres que vivían de las migajas de su negocio e iban no menos adornados y solemnes que su protector.

—¡Atención a la maniobra! —decían los chuscos de la calle Real—. ¡Apartarse, que viene un acorazado de cuatro chimeneas!

Y las cuatro chimeneas de seda bien peinada pasaban entre los grupos, con rumbo a la sinagoga, volviéndose a un lado y a otro para enterarse de si algún mal hebreo se quedaba en la calle sin asistir al templo, para contárselo luego al «jefe espiritual».

Aguirre, que se extrañaba de la pobreza de aquel establecimiento semejante a una cocina, se extrañó aún más de la facilidad con que rodaba el dinero sobre el estrecho mostrador. Deshacíanse los cartuchos de piezas de plata, pasando rápidamente por las velludas y contadoras manos de Zabolón; cantaban las libras al chocar contra la madera, con el alegre tintineo del oro; los billetes de Banco, doblados como cuadernos sin coser, lucían un momento antes de ocultarse en la caja de colores de su nacionalidad: la blancura monótona y sencilla del papel inglés, el suave azulado del Banco de Francia, la amalgama verdosa y rojiza del de España. Todos los judíos de Gibraltar Tenían allí, con la misma solidaridad comercial que les impelía a no comprar nada que no fuese del establecimiento de un compañero de raza, y Zabolón, él solo, sin ayuda de dependientes, sin permitir que su padre, venerable fetiche de la fortuna de la familia, abandonase su asiento, dirigía esta danza del dinero, conduciéndolo de las manos del público a las profundidades del arca de hierro, o haciéndole salir para esparcirlo con cierta tristeza sobre el mostrador. El ridículo tabuco parecía engrandecerse y hermostarse con los nombres sonoros que salían de labios del banquero y sus clientes. (Londres, París, Viena)... En todas partes tenía la casa Aboab sus corresponsales. Su nombre y su influencia no sólo se extendían a las famosas



metrópolis, sino a todos los humildes rincones donde existiese uno de su raza. Rabat, Casablanca, Larache, Tafílete, Fez, eran poblaciones africanas adonde sólo podían llegar los grandes Bancos de Europa por mediación de estos auxiliares de nombre casi famoso que vivían míseramente.

Zabulón, al cambiar el dinero de Aguirre, le saludó como si fuese una persona amiga. En aquella ciudad se conocían todos a las veinticuatro horas.

El viejo Aboab se incorporó en el asiento, avanzando sus ojos tiernos con cierta extrañeza al no reconocer a este parroquiano entre el público habitual de clientes, siempre los mismos.

—Es el cónsul, padre —dijo Zabulón, sin levantar la vista del dinero que contaba, adivinando el movimiento del viejo a sus espaldas—. El cónsul español que vive en el hotel, frente a nuestra casa.

El patriarca pareció conmoverse y se llevó la mano al sombrero con humilde cortesía.

—¡Ah, el cónsul! ¡El señor cónsul! —dijo con voz de niño, marcando el título para hacer constar su inmenso respeto a todas las potestades de la tierra—. Muy honrados por su visita, señor cónsul.

Y creyendo que debía a su visitante nuevas palabras de halago, añadió con suspiros de lloriqueo, dando a sus frases una concisión telegráfica:

—¡Ah, España! ¡Tierra bonita, tierra fina, tierra de señores!... Mis antiguos fueron de allá, de un lugar que llaman Espinosa de los Monteros.

Temblaba su voz, angustiada por los recuerdos, y luego, como si descendiese en su memoria hasta tiempos recientes, añadió:

—¡Ah, Castelar!... Castelar amigo de hebreos y los defendió. ¡De los *judeos*, como dicen allá!

Su flujo de lágrimas, mal contenido hasta entonces, no pudo retenerse más tiempo, y rodó con este recuerdo de gratitud fuera de los ojos, inundando la barba.

—¡España! ¡Tierra bonita! —suspiraba enternecido el viejo.

Y hacía memoria de todo lo que en el pasado de su raza y su familia había

unido a los suyos con aquel país. Un Aboab había sido gran tesorero del rey de Castilla; otro, que fue milagroso médico, gozaba de la amistad de obispos y cardenales. Los hebreos de España y Portugal habían sido grandes personajes, la aristocracia de la raza. Esparcidos ahora por Marruecos y Turquía, evitaban el trato con el populacho israelita, grosero y miserable, de Rusia y Alemania. Todavía en la sinagoga recitaban ciertas oraciones en antiguo castellano, y los hebreos de Londres las repetían de memoria, sin conocer su origen ni su sentido, como si fuesen plegarias en un idioma de sagrado misterio. Él mismo, al hacer su oración en la sinagoga por el rey de Inglaterra, deseándole mucha salud y bienes, como la hacían los hebreos de todo el mundo por el monarca del país que habitaban, añadía mentalmente una súplica al Señor por la suerte de la hermosa España.

Zabulón, a pesar de su respeto, le interrumpió con rudeza, como a un niño imprudente. Brillaba en sus ojos la dura expresión de apedreador fervoroso.

—Padre, acuérdesese de lo que nos hicieron; de cómo nos arrojaron... de lo que nos robaron; de nuestros hermanos que fueron quemados vivos.

—Es verdad, es verdad —gimió el patriarca soltando nuevas lágrimas en un gran pañuelo con el que se restregaba los ojos—. Es verdad... Pero en la tierra bonita queda algo nuestro. Los huesos de nuestros antiguos.

Cuando se fue Aguirre, el viejo le despidió con grandes extremos de cortesía. Allí estaban él y su hijo para servir al señor cónsul. Y el cónsul volvió casi todas las mañanas a charlar con el patriarca, mientras Zabulón atendía a los clientes y contaba dinero.

Samuel Aboab hablaba de España con lacrimosa delectación, como de un país de maravillas cuya entrada guardaban lóbregos enemigos con espadas de fuego. ¿Se acordaban allá de los *judeos*? Y a pesar de las advertencias de Aguirre, no quería reconocer que en España ya no les llamaban con este nombre. Le pesaba morir sin haber visto antes Espinosa de los Monteros: una hermosa ciudad indudablemente. Tal vez guardaban en ella memoria de los ilustres Aboab.

El español le incitaba sonriendo a emprender el viaje. ¿Por qué no iba allá?...

«¡Ir! ¡Ir a España!...». El anciano encogíase con un gesto de caracol medroso ante la idea de este viaje.

—Hay leyes aún contra los pobres *judeos*. Está la pragmática de los Reyes Católicos. ¡Cuando la quiten!... ¡Cuando nos llamen!

Aguirre reía de su miedo. ¡Bah!, ¡los Reyes Católicos! ¡Lo que «pintaban» ahora!... ¿Quién podía acordarse de estos buenos señores?

Pero el viejo insistía en su miedo. Habían sufrido mucho; el temor de la expulsión estaba aún en sus huesos y en su sangre, después de cuatro siglos. En verano, cuando los calores les obligaban a salir del tórrido peñón y la familia Aboab alquilaba una casita a la orilla del mar, en territorio español, más allá de La Línea, el patriarca vivía inquieto, como si percibiese misteriosos peligros en el suelo que pisaba. ¿Quién podía saber lo que ocurriría durante la noche? ¿Quién podía darle la seguridad de que no despertaría entre cadenas para ser conducido a un puerto como una bestia? Así habían acabado sus antepasados españoles, teniendo que refugiarse en Marruecos, de donde una rama de la familia se trasladó a Gibraltar al apoderarse los ingleses de la plaza.

Aguirre se burlaba dulcemente de los pueriles temores del viejo, y entonces intervenía Zabolón con su autoridad sombríamente enérgica.

—Mi padre dice bien: no iremos nunca, no podemos ir. En España vuelven siempre las cosas antiguas: lo viejo se convierte en nuevo. No hay seguridad; manda demasiado la mujer y se mete en lo que no entiende.

¡La mujer! Zabolón hablaba con desprecio de las hembras. Había que tratarlas como lo hacían los hebreos. Las enseñaban nada más que la religión necesaria para poder seguir los ritos. Su presencia en la sinagoga no era forzosa en muchos actos. Hasta cuando asistían, las confinaban en lo alto de una galería, como espectadores de ínfimo rango. No; la religión era negocio de los hombres, y los países donde la mujer interviene en ella no pueden ofrecer seguridad.

Luego, el áspero israelita hablaba con entusiasmo del «hombre más grande del mundo», el barón de Rothschild, señor de reyes y gobiernos —cuidando de no olvidar la baronía cada vez que pronunciaba su nombre—, y acababa por enumerar los grandes centros de israelismo, cada vez más grandes y numerosos.

—Estamos en todas partes —decía guiñando un ojo maliciosamente—. Ahora nos extendemos por América. Los gobiernos cambian, los pueblos se deshacen a la larga, pero nosotros siempre somos los mismos. Para algo esperamos un Mesías. Alguien vendrá.

Estando Aguirre en la mísera banca por las mañanas, fue presentado a las dos hijas de Zabolón, Sol y Estrella, y a su esposa Thamar. Otra mañana, Aguirre

experimentó un temblor de emoción al oír detrás de él un roce de sedas y ver que se oscurecía la luz de la puerta con el bulto de una persona adivinada por sus nervios. Era Luna que entraba para dar un encargo a su tío, con el interés que toda hebrea siente por los negocios de su casa. EL viejo la cogió las manos por encima del mostrador, acariciándoselas temblorosamente.

—Es mi nieta, señor cónsul; mi nieta Luna. Su padre murió, mi hija murió también, ella se vino de Marruecos. La pobre no tiene quien la ame como su abuelo.

Y el patriarca rompió a llorar, conmovido por sus propias palabras.

Aguirre salió de la tienda con una alegría de triunfo. Se habían hablado: ya se conocían. Así que la viese sola en la calle, se pegaría a ella, aprovechando la libertad de unas benditas costumbres que parecían hechas para los enamorados.

### III

Ninguno de los dos pudo darse cuenta de cómo nació la amistosa confianza, luego de varios encuentros ordinarios, y cuál fue la primera palabra que reveló el misterio de sus pensamientos.

Se veían por las mañanas, al asomarse Aguirre a la ventana de su cuarto. Había terminado la fiesta de las Cabañas, desmontando los Aboab el religioso sombrero; pero Luna seguía subiendo a la azotea con diversos pretextos, para cambiar con el español una mirada, una sonrisa, un gesto de saludo. No se hablaban en estas alturas por miedo a los vecinos, pero luego se encontraban en la calle, y Luis, tras un grave saludo, se unía a la joven, marchando juntos como dos camaradas, lo mismo que otras parejas que encontraban al paso. Todos se conocían en aquella ciudad. Únicamente así podían distinguirse los matrimonios de los simples amigos.

Luna entraba en las tiendas para hacer preguntas por encargo de los Aboab, como una buena hebrea que se interesa por los negocios de la familia. Otras veces vagaba sin objeto por la calle Real, o se aventuraba hasta el paseo de la Alameda, llevando a su lado a Aguirre, al que explicaba las cosas de la ciudad. En mitad de estos paseos, deteníanse en la tienda del banquero cambista para saludar al patriarca, que sonreía infantilmente contemplando a la pareja juvenil y hermosa.

—Señor cónsul, señor cónsul —decía Samuel—, hoy he traído de mi casa los papeles de la familia para que usted los lea. Todos no: hay muchos, ¡muchos! Los Aboab somos muy antiguos; quiero que el señor cónsul vea que somos *judeos* de España y aún guardamos memoria de la tierra bonita.

Y sacaba de bajo del mostrador varios rollos de pergamino llenos de caracteres hebreos. Eran cartas matrimoniales, actas de enlace de los Aboab con distintas familias de la comunión israelita. En la cabecera de todos estos documentos figuraba a un lado el escudo de Inglaterra y al otro el de España, en vivos colores y filetes de oro.

—Somos ingleses —decía el patriarca—. Que el Señor guarde y dé mucha felicidad a nuestro rey; pero somos españoles por nuestra historia: castellanos, eso

es... castellanos.

Escogía entre los pergaminos uno más blanco y fresco, e inclinaba sobre él su barba ondulada y blanca, sus ojos lacrimosos.

—Éste es el casamiento de Benamor con mi pobre hija; el de los padres de Lunita. Usted no puede entenderlo, está en caracteres hebreos; pero el lenguaje es castellano, castellano del rancio, del que hablaban nuestros antiguos.

Y leía con voz infantil, lentamente, como si se deleitase en el arcaísmo de las palabras, los términos del contrato que unía a los contrayentes «La usanza de Castélla la Viexa». Luego enumeraba las condiciones del matrimonio, las penas en que podía incurrir cada uno de los cónyuges, caso de disolverse la unión por su culpa.

—«Pagará —mascullaba el patriarca—, pagará... tantos pesos fuertes». ¿Aún hay pesos fuertes en Castilla, señor cónsul?...

Luna, en sus conversaciones con Aguirre, mostraba un interés igual al de su abuelo por la tierra bonita, la tierra lejana, remota, misteriosa, a pesar de que comenzaba a pocos pasos, en las mismas puertas de Gibraltar. Ella sólo conocía un pueblecito de pescadores, más allá de La Línea, al que había ido de veraneo con su familia.

—¡Cádiz! ¡Sevilla! ¡Qué hermoso debe ser eso!... Yo me las imagino: las he contemplado muchas veces en sueños, y creo que si alguna vez voy a verlas no me causarán sorpresa... ¡Sevilla! Diga usted, don Luis, ¿es verdad que los novios hablan por la reja? ¿Es cierto que a las señoritas les hacen serenata con la guitarra y les echan la capa a los pies para que la pisen? ¿Y no es mentira que los hombres se matan por ellas?... ¡Qué bonito! No me diga usted que no. ¡Si eso es de lo más hermoso!...

Luego repasaba en su memoria todos los recuerdos del país de maravillas, del país de leyenda, en el que habían vivido sus antepasados. Cuando ella era niña, la abuela, la compañera de Samuel Aboab, adormecía por las noches relatando con voz misteriosa «sucedidos» prodigiosos que siempre tenían por escenario la noble Castilla y comenzaban lo mismo: «Dicen y dicen que era un rey de Toledo, enamorado de una hebrea hermosa y pulida llamada Raquel...».

¡Toledo!... Al lanzar este nombre, Luna entornaba los ojos con una vaguedad de ensueño. ¡La capital española de Israel! ¡La segunda Jerusalén! Allí

habían vivido sus nobles ascendientes, el tesorero del rey y el médico de todas las grandezas.

—Usted habrá visto Toledo, don Luis; usted habrá estado en él. ¡Qué envidia le tengo!... Muy hermoso, ¿no es cierto? ¡Grande!, ¡enorme!... ¿Cómo Londres?... ¿Cómo París? De seguro que no... Pero mucho más grande que Madrid sí que lo será ciertamente.

Y arrastrada por el entusiasmo de sus ilusiones, olvidaba toda discreción, haciendo preguntas a Luis sobre su pasado. Indudablemente, él era noble: lo revelaba su aspecto. Desde el primer día que le había visto, al conocer su nombre y su nacionalidad, adivinó que era de alto origen. Un hidalgo, como ella se había imaginado a todos los hombres de España, teniendo algo de hebreo en el rostro y en los ojos; pero más arrogante que los de su raza, más fiero, con un aire de altivez incapaz de soportar humillaciones y servidumbres. Tal vez tendría para las grandes fiestas un uniforme, un traje de bellos colores, bordado de oro... y una espada, ¡una espada!

Brillaban sus ojos de admiración ante el hidalgo del caballeresco país, vestido vulgarmente, como un tendero de Gibraltar, pero que podía transformarse en insecto esplendoroso, de brillantes tintas, armado de un aguijón mortal. Y Aguirre mantenía sus ilusiones contestando afirmativamente, con una simplicidad de héroe. Sí; tenía un traje de oro: el de cónsul. Tenía una espada: la del uniforme, que no había desenvainado nunca.

Una mañana de sol emprendieron los dos, insensiblemente, su camino hacia la Alameda. Ella hacía preguntas ansiosamente, con una curiosidad indiscreta, sobre el pasado de Aguirre, como ocurre siempre entre personas que se sienten atraídas por un afecto naciente. ¿Dónde había nacido? ¿Cómo había pasado su niñez? ¿Había amado muchas mujeres?...

Pasaron bajo los arcos de una antigua puerta, del tiempo de los españoles, que aún conserva las águilas y escudos de la dinastía austríaca. En el antiguo foso, convertido en jardín, un grupo de tumbas: las de los marinos ingleses muertos en Trafalgar. Siguieron una avenida, en la cual los árboles alternaban con montones de viejas bombas y proyectiles cónicos, enrojados por la herrumbre. Más abajo, los grandes cañones tendían sus gargantas hacia los acorazados grises del puerto militar y la extensa bahía, por cuya llanura azul, temblona de oro, resbalaban las manchas blancas de algunos veleros.

En la gran explanada de la Alameda, al pie del monte cubierto de pinos y casitas, grupos de muchachos con las piernas desnudas corrían coceantes en torno del inquieto balón. A aquella hora, como a todas las del día, la enorme pelota del juego nacional saltaba en paseos, campos y patios de cuarteles. Un concierto de gritos y patadas, tanto civiles como militares, elevábase en el espacio a la gloria de la fuerte e higiénica Inglaterra.

Subieron una gran escalinata para sentarse después en umbrosa plazuela, junto al monumento de un héroe británico, defensor de Gibraltar, rodeado de morteros y cañones. Luna, paseando su mirada por la extensión azul que se veía al través de la columnata de los árboles, habló al fin de su pasado.

Su niñez había sido triste. Nacida en Rabat, donde el hebreo Benamor se dedicaba a la exportación de tapices marroquíes, su vida había transcurrido monótona, sin otra emoción que la del peligro. Los europeos de este puerto africano eran gentes ordinarias, llegadas para hacer fortuna. Los moros odiaban al judío. Las familias ricas hebreas tenían que aislarse, viviendo entre ellas, nutriéndose socialmente de su propia substancia, sosteniéndose a la defensiva en un país falto de leyes. Las jóvenes judías se educaban exquisitamente, con esa facilidad de su raza para adoptar todo progreso. Asombraban a los viajeros recién llegados a Rabat con sus sombreros y trajes iguales a los de París y Londres; tocaban el piano, hablaban varios idiomas, y sin embargo, en ciertas noches de insomnio y pavor, sus padres las vestían de hediondos andrajos, las enmascaraban, pintando su cara y sus manos con ceniza y hollín mojados, esforzándose por hacerlas feas y repugnantes, para que no fuesen sus hijas y pareciesen esclavas. Eran noches en que se temía una sublevación de la morisma, una invasión de las kabilas vecinas, excitadas en su fanatismo por la penetración europea. El marroquí incendiaba las casas de los judíos, robaba sus tesoros, caía como bestia furiosa sobre las hembras blancas infieles, decapitándolas con infernal sadismo luego de horribles ultrajes. ¡Ay, aquellas noches de la infancia, en que dormitaba de pie, vestida de mendiga, sin que pudiera servirla de protección la inocencia de sus pocos años!... Tal vez por estos sustos había estado muy enferma, enferma de muerte, y a ello debía su nombre de Luna.

—Al nacer yo me llamaron Horabuena, y una hermana menor recibió el nombre de Asibuena. Después de una temporada de alarmas y de una invasión de marroquíes, en la que nos quemaron la casa y creímos morir, mi hermana y yo caímos enfermas de fiebres. Asibuena murió; yo pude salvarme.

Y describía a Luis, que la escuchaba con asombro, los incidentes de esta vida



exótica y anormal, todas las angustias sufridas por su madre en la pobre casa donde se habían refugiado. La hija de Aboab gritaba de dolor y se mesaba los abundosos y negros cabellos ante la cama donde permanecía la niña sumida en el sopor de la fiebre. Su pobre Horabuena iba a morir.

—¡Ay, mi hija! ¡Mi Horabuena pulida, diamante fino, nido de consolación!... ¡Ya no comerás la buena gallina!, ¡ya no te pondrás los sábados los lindos escarpines y tu madre no reirá de orgullo cuando te vea el rabino tan garrida y bella!...

Movíase la pobre mujer en la estancia a la luz de una lámpara mortecina. Adivinaba en las sombras la presencia de un enemigo invisible, el odiado *Huerco*, el demonio con nombre castellano, que llega a su hora para llevarse las criaturas humanas a las tinieblas de la muerte. Había que batirse con el Maligno, engañar al *Huerco*, feroz y torpe a la vez, como lo habían engañado muchas veces sus abuelas.

Contenía sus lágrimas y suspiros, serenaba su voz, y tendiéndose en el suelo, hablaba tranquilamente, con acento dulzón, como si recibiese una visita de importancia:

—*Huerco*, ¿a qué vienes?... ¿Buscas a Horabuena? Horabuena no está; se ha ido para siempre. Quien está aquí es... Luna, Lunita bella, Lunita fina. ¡Márchate, *Huerco*, márchate! Aquí no está la que buscas.

Serenábase por algún tiempo; pero de pronto, el miedo la hacía hablar de nuevo con el importuno y lóbrego huésped. ¡Ya estaba allí otra vez! Adivinaba su presencia.

—¡*Huerco*, que te equivocas! Horabuena se fue; búscala en otro sitio. Aquí sólo está Luna, Lunita pulida, Lunita preciosa.

Y tanta fue la insistencia, que al fin acabó por engañar al *Huerco* con su voz suplicante y humilde. Bien es verdad que para dar certeza al engaño, al día siguiente, en una fiesta de la sinagoga, se cambió el nombre de Horabuena por el de Luna.

Aguirre escuchaba estas revelaciones con el mismo interés que si leyese una novela de un país exótico y remoto que nunca había de ver.

Fue en aquella mañana cuando el cónsul soltó la proposición que hacía días guardaba en su pensamiento, sin atreverse a exponerla. ¿Por qué no quererse? ¿Por

qué no ser novios? El encuentro de los dos tenía algo de providencial: no debían desaprovechar la suerte de haberse conocido. ¡Conocerse!, ¡encontrarse siendo de tan distintas tierras y diversas razas!...

Luna protestó, pero su protesta fue risueña. ¡Qué locura! Novios, ¿para qué? No podían casarse: eran de diferentes creencias. Además, él había de irse. Pero Aguirre la atajó con resolución.

—No razone usted, cierre los ojos. En amor no debe haber reflexión. El buen sentido y las conveniencias quedan para las gentes que no aman. Diga usted «sí», que después el tiempo y nuestra buena fortuna lo arreglarán todo.

Luna reía, encontrando graciosos el gesto grave de Aguirre y la vehemencia de sus palabras.

—¿Novios a la española?... Crea usted que me tienta. Usted se irá y me olvidará, como indudablemente ha olvidado a otras; yo me quedaré conservando su recuerdo. Bien; nos veremos todos los días y hablaremos de nuestras cosas. Aquí no son posibles serenatas, ni puede usted echarme la capa a los pies sin que le tengan por loco. Pero no importa. Seremos novios: quiero ver qué es eso.

Reía al hablar, con los ojos entornados, lo mismo que una niña a la que proponen un juego gracioso. De pronto abrió los párpados desmesuradamente, como si un recuerdo olvidado resucitase en ella con presión angustiosa. Estaba pálida. Aguirre adivinó lo que intentaba decir. Iba a hablarle de sus compromisos anteriores, de aquel prometido hebreo que estaba en América y podía volver. Pero tras breve indecisión, ella volvió a su primera actitud, sin romper el silencio. Luis se lo agradeció. Quería ocultar su pasado, como lo hacen todas las mujeres en el primer momento de amor.

—Conforme: seremos novios. A ver, cónsul, dígame usted cosas lindas, de las que dicen ustedes en España cuando llegan a la reja.

Aquella mañana volvió Luna a su casa con algún retraso, a la hora del *lunch*. La familia la esperaba impaciente. Zabulón miró a su sobrina con ojos duros. Las primas Sol y Estrella aludieron al español en tono de broma. Al patriarca se le humedecieron los ojos hablando de Castilla y de su cónsul.

Mientras tanto, deteníase éste a la puerta del bazar indostánico para hablar unas palabras con Khiamull. Sentía la necesidad de comunicar a alguien su alegría desbordante. El indio estaba más verde que otras veces. Tosía con frecuencia, y su

sonrisa de bebé bronceado era una mueca dolorosa.

—Khiamull, ¡viva el amor! Créeme a mí, que sé mucho de la vida. Tú estás malucho y cualquier día te mueres, sin ver el río sagrado de tu tierra. Lo que tú necesitas es una compañera, una muchacha de Gibraltar... o mejor de La Línea; una medio gitana, con mantón, claveles en el moño y buenos andares. ¿Digo mal, Khiamull?...

El indio sonrió con cierto desprecio, moviendo la cabeza. No; cada uno con los suyos. Él era de su raza, y vivía aislado voluntariamente en medio de los blancos. Nada puede el hombre con las simpatías y repulsiones de la sangre. Brahma, que era el resumen de la divina sabiduría, separó a las criaturas en castas.

—¡Pero hombre!... ¡amigo Khiamull! Me parece que una muchacha de las que yo te digo no tiene nada de despreciable...

El indio volvió a sonreír de su ignorancia. Cada raza tiene sus gustos y su olfato. A Aguirre, que era bueno, se atrevía él a revelar un terrible secreto. ¿Veía a los blancos, a los europeos, tan satisfechos de su limpieza y sus baños?... Todos eran impuros, de una hediondez natural que no podrían borrar. El hijo del país del loto y del barro sagrado tenía que hacer un esfuerzo para soportar su contacto... Todos olían a carne cruda.

## IV

La tarde era de invierno, el cielo encapotado, la luz gris; pero no hacía frío. Luna y el español marchaban a paso lento por el camino que conduce a Punta de Europa, el extremo más avanzado de la península de Gibraltar. Habían dejado atrás la Alameda y las riberas del Arsenal, pasando por entre frondosos jardines, rojizas «villas» habitadas por oficiales de mar y tierra, enormes hospitales, semejantes a pueblos, y cuarteles que parecían conventos, con múltiples galerías en las que correteaban enjambres de niños o lavaban sus ropas y vajillas las mujeres de los soldados, animosas peregrinas del mundo, tan pronto de guarnición en la India como en el Canadá. El cielo nebuloso ocultaba la costa de África, dando al Estrecho la apariencia de un mar sin límites. Frente a la enamorada pareja extendíanse las aguas oscuras de la bahía, y el promontorio de Tarifa marcaba débilmente su contorno negro en la bruma, como un rinoceronte fabuloso llevando sobre su hocico, a guisa de cuerno, la avanzada torre del faro. Por entre las nubes cenicientas escapábase un tímido rayo de sol, un triángulo de luz brumosa, semejante al chorro luminoso de una linterna mágica, que trazaba una gran mancha de oro mortecino en la verdinegra superficie del mar. En medio de este redondel de luz anémica flotaba, como un cisne moribundo, la pincelada blanca de un buque velero.

Los dos jóvenes apenas se daban cuenta de lo que les rodeaba. Caminaban sumidos en ese egoísmo amoroso que concentra la vida entera en la mirada, o en el contacto ligero de los cuerpos que se encuentran y se rozan al mover los pies. De toda la Naturaleza, sólo existía para ellos la luz apagada de la tarde, que les permitía verse, y la brisa un poco cálida, que, susurrando entre los cactus y las palmas, parecía servir de musical acompañamiento a sus palabras.

El oído derecho les zumbaba con un ruido lejano: el del mar batiendo las rocas. Por el izquierdo deslizábase una placidez pastoril, la calma rumorosa de los pinares, cortada sólo de trecho en trecho por el rodar de las carretas que, seguidas de un pelotón de soldados arremangados y en cuerpo de camisa, avanzaban por los caminos del monte.

Se contemplaban los dos con ojos acariciadores, sonreían con el automatismo del amor, pero realmente estaban tristes, con esa tristeza dulce que constituye una

nueva voluptuosidad. Luna, influida por el positivismo de su raza, miraba al porvenir, mientras Aguirre se contentaba con el momento presente, no queriendo saber cuál sería el final de estos amores. ¡A qué entristecerse imaginando obstáculos!...

—Yo no soy como tú, Luna. Yo tengo confianza en nuestra suerte. Nos casaremos, correremos el mundo. A ti no te asusta esto. Acuérdate de cómo te conocí. Era la fiesta de las Cabañas; comías casi de pie, como esos húngaros que ruedan por el mundo y con el último bocado reanudan el viaje. Tú eres de un pueblo que vivió errante y que aun hoy rueda por toda la tierra. Yo llegué a tiempo. Partiremos juntos; yo también, por mi carrera, soy un vagabundo. ¡Juntos siempre! En todas las tierras podemos ser felices, sean como sean. Llevaremos con nosotros la primavera, la alegría de la vida, queriéndonos mucho.

Luna, halagada por la vehemencia de estas palabras, contraía sin embargo su rostro con un gesto triste.

—¡Chiquillo! —murmuraba con su acento andaluz—. ¡Qué mentiras tan dulces... consulito mío! Pero mentiras al fin. ¿Cómo vamos a casarnos? ¿Cómo puede arreglarse eso?... ¿Vas tú a hacerte de mi religión?

Aguirre se detuvo a impulso de la sorpresa y miró a Luna con ojos asombrados.

—¡Hombre! ¿Hacerme yo judío?...

Él no era un modelo de entusiasmo piadoso. Había pasado su vida sin preocuparse gran cosa de la religión. Sabía que en el mundo existen muchas creencias, pero indudablemente, para él, las personas decentes de todo el mundo eran católicas. Además, su poderoso tío le había recomendada no bromear sobre estas mentiras, so pena de perjudicarse en la carrera.

—No; no veo la necesidad de eso... Pero debe haber algún medio para arreglar la dificultad. Yo no sé cuál es, pero indudablemente lo hay. En París he visto señores muy distinguidos casados con mujeres de tu raza. Esto debe arreglarse: yo te digo que se arreglará... ¡Una idea! Mañana mismo, si quieres, voy a ver al gran rabino, al «jefe espiritual», como tú dices. Parece un buen señor: lo he visto varias veces en la calle; un pozo de ciencia, según dicen los tuyos. ¡Lástima que vaya tan sucio, oliendo a rancia santidad!... No hagas ese gesto. ¡Si la cosa no tiene importancia! Eso con un poco de lejía se arregla... Vaya, no te enfades. ¡Si ese

buen señor me es de lo más simpático, con sus barbillas de chivo blanco y su vocecita que parece venir del otro mundo!... Te digo que voy a verlo y le digo: «Señor rabino: Luna y yo nos adoramos y queremos casarnos, no como lo hacen los hebreos, por contrato y con derecho a arrepentirse, sino por toda la vida, por los siglos de los siglos. Átenos usted del cuello a los pies, y que no haya en la tierra ni en el cielo quien pueda separarnos. Yo no puedo cambiar de religión porque sería una bajeza, pero le juro a usted que, con todo mi cristianismo, Luna estará más atendida, más popada, más adorada que si yo fuese Matusalén, el rey David, el profeta Abacuc o cualquiera de los otros gachés que hacen papel en las Santas Escrituras».

—¡Calla, cuitado! —interrumpió la hebrea con ansiedad supersticiosa, llevando una mano a su boca para impedirle que siguiese hablando—. ¡Cierra tus labios, pecador!

—Bueno, me callo; pero que conste que esto se arregla sea como sea. ¿Crees tú posible que alguien nos separe después de unos amores tan serios... tan largos?

—¡Tan largos! —repitió Luna como un eco, dando a sus palabras grave expresión.

Aguirre, en su silencio, parecía entregado a un cálculo difícilísimo.

—¡Lo menos un mes! —dijo al fin, como admirado de la grandeza del tiempo transcurrido.

—Un mes, no —protestó Luna—. ¡Más, mucho más!

Él volvió a reflexionar.

—Es cierto: más de un mes. Treinta y ocho días con hoy... ¡Y viéndonos todos los días! ¡Y queriéndonos cada vez más!...

Los dos caminaron en silencio, con la vista baja, como abrumados por la enorme edad de su amor. ¡Treinta y ocho días!... Aguirre recordó una carta de su tío que había recibido en la tarde anterior, rebotante de extrañeza e indignación. Dos meses llevaba en Gibraltar sin embarcarse. ¿Qué enfermedad era aquélla? Si no quería ir a ocupar su puesto, debía regresar a Madrid. Y lo inestable de su actual estado, la necesidad de solucionar esta pasión que poco a poco se había apoderado de él, apareció de pronto en su pensamiento con una urgencia angustiosa.

Luna seguía caminando, con la vista baja, moviendo los dedos de una mano como si contase.

—Sí, eso es. Treinta y ocho..., ¡justos! Parece imposible que hayas podido quererme tanto tiempo. ¡A mí!, ¡una vieja!

Y ante la mirada de asombro de Aguirre, añadió con melancolía:

—Ya lo sabes; no lo oculto... Veintidós años. Muchas de mi raza se casan a los catorce.

Su resignación era sincera; una resignación de hembra oriental habituada a ver sólo la juventud en el comprimido capullo de la pubertad.

—Muchas veces no me explico cómo puedes quererme. ¡Me siento tan orgullosa de ti!... Mis primas, por mortificarme, quieren encontrarte defectos y no pueden..., ¡no pueden! El otro día pasaste ante mi casa cuando yo estaba tras las persianas con Miriam, la que fue mi nodriza: una hebrea de Marruecos, de las que llevan pañuelo y bata. «Mira, Miriam, ese buen mozo, que es de nuestra comunidad». Y Miriam movió la cabeza. «¿Hebreo?... Mentira. Va muy erguido, pisa fuerte, y los nuestros caminan blandamente, con las piernas dobladas, como si fuesen a arrodillarse. Tiene dientes de lobo y ojos como puñales. No baja la cabeza ni la vista». Y así eres: Miriam no se engañaba. Te veo distinto a todos los hombres de mi sangre. No es que no sean valientes; los hay fuertes como los Macabeos: Massena, un compañero de Napoleón, era de los nuestros; pero el primer movimiento de todos ellos, antes de que los domine la cólera, es de encogimiento, de sumisión. ¡Nos han perseguido tanto!... Vosotros os habéis criado de otro modo.

Luego, la joven pareció arrepentirse de sus palabras. Era una mala hebrea: apenas tenía fe en sus creencias y en su raza; sólo iba a la sinagoga en el *ayuno negro* y otras fiestas inevitables.

—Yo creo que te he esperado siempre. Ahora me convenzo de que te conocía mucho antes de haberte visto. Cuando te encontré por primera vez, el día de las Cabañas, sentí que algo grave y decisivo pasaba sobre mi vida. Cuando supe quién eras, fui tu esclava y aguardé con ansiedad tu primera palabra.

¡Ah, España!... Ella era como el viejo Aboab: su pensamiento había volado muchas veces hacia la tierra hermosa de sus antepasados, envuelta en el misterio. Unas veces se acordaba de ella para odiarla, como se odia a la persona amada por

sus traiciones y sus crueldades, sin dejar de quererla.

Otras, recordaba con deleite los cuentos oídos a su abuela, las canciones con que la había adormecido de niña, todas las leyendas de la vieja tierra castellana, lugar de tesoros, de encantamientos y amoríos, sólo comparable al Bagdad de los árabes, a la ciudad prodigiosa de *Las mil y una noches*. En los días de fiesta, cuando los hebreos permanecían reclusos en sus casas al calor de la familia, la vieja Aboab, o Miriam, la nodriza, la habían obsequiado muchas veces con antiguos romances a la usanza de *Castella la Viexa*, cuyo recuerdo se transmitía de generación en generación: historias de amores entre cristianos arrogantes, caballerescos, y hebreas hermosas, de blanca tez, ojos rasgados y gruesas trenzas de ébano, como las santas beldades de las Escrituras.

*En la ciudad de Toledo,*

*en la ciudad de Granada,*

*hay un garrido mancebo*

*que Diego León se llama.*

*Namoróse de Thamar,*

*que era hebrea castellana...*

Cantaban aún en su memoria fragmentos sueltos de estas historias del pasado, que habían hecho estremecer su infancia soñadora. Ella quería ser Thamar; había aguardado años y años al mancebo garrido, valeroso y arrogante como Judas Macabeo, el Cid de los hebreos, el león de Judá, el león de los leones, y sus esperanzas se cumplían, y el héroe se presentaba a su tiempo, viniendo de la tierra misteriosa, con su paso de conquistador, su cabeza altiva, sus ojos de puñal, como decía Miriam. ¡Qué orgullo para ella! E instintivamente, como si temiera que se desvaneciese esta aparición, pasaba un brazo por otro de Aguirre, apoyándose en él con acariciadora humildad.

Habían llegado a la Punta de Europa, al faro avanzado del promontorio. En una explanada rodeada de edificios militares, un grupo de mocetones rubios, con la cara rojiza, el pantalón de kaki sostenido por tirantes de cuero y los bíceps al descubierto, coceaban y braceaban en torno de una pelota enorme. Eran soldados.



Cesaron en su juego un instante, para dejar paso libre a la pareja. No hubo ni una mirada para Luna de esta juventud fuerte y casta, fríamente asexual por la fatiga física y el culto del músculo.

Al doblar el promontorio continuaron su paseo por la cara oriental del Peñón, la parte despoblada, donde venían a estrellarse las tempestades y el furioso viento Levante. Por este lado no había más fortificaciones que las de la cumbre, casi ocultas por las nubes que viniendo del mar tropezaban con el obstáculo gigantesco de las rocas, remontándose hacia sus picos como si los asaltasen.

El camino, cortado en la áspera ladera, serpenteaba entre jardines salvajes de una exuberancia africana. Las chumberas extendían, como verdes tapias, sus apretadas filas de palas llenas de púas; las pitas abríanse como manojo de bayonetas de una tonalidad negruzca o de rojo asalmonado; los viejos agaves remontaban en el espacio sus vástagos rectos como mástiles, rematados por salientes brazos que les daban el aspecto de candelabros o de palos de telégrafo. En medio de esta frondosidad salvaje alzabase aislada la residencia veraniega del gobernador de la plaza. Más allá la soledad, el silencio, cortado por los bramidos del mar al deslizarse en cuevas invisibles.

De pronto, los dos amantes vieron removerse la vegetación de la ladera a gran distancia de ellos. Rodaban las piedras como si alguien las empujase, con el pie, encorvábanse las plantas salvajes bajo un ímpetu de fuga, sonaban agudos chillidos de niño maltratado, y Aguirre, concentrando su atención, creyó ver unos bultos grises saltando entre la negruzca verdura.

—Son los monos del Peñón —dijo Luna con tranquilidad, por haberlos visto muchas veces.

Al final del camino estaba la famosa cueva de su nombre. Aguirre les vio entonces claramente, como ágiles paquetes de largos pelos, saltando de roca en roca, haciendo rodar bajo sus patas los guijarros sueltos, mostrando al huir sus inflamadas prominencias bajo la cola enhiesta.

Antes de llegar a la Cueva de los Monos, los dos amantes se detuvieron. El camino terminaba a su vista algo más allá, en un saliente del Peñón, inabordable, cortado a pico. Al otro lado del obstáculo estaba invisible la Bahía de los Catalanes con su aldea de pescadores, única población dependiente de Gibraltar. El Peñón adquiría en esta soledad una grandeza salvaje. Los hombres no eran nada, las fuerzas naturales desarrollábanse libremente, con todo su ímpetu majestuoso.

Desde el camino veíase el mar a muchos metros de profundidad. Los barcos, empequeñecidos por la distancia, parecían negros insectos con penachos de humo, o blancas mariposas con las alas en alto. Las olas sólo eran ligeros rizos de la inmensa llanura azul.

Aguirre quiso descender para contemplar de más cerca la gigantesca muralla batida por las aguas. Un sendero pedregoso y rudo bajaba en línea recta a una plazoleta cortada en las rocas, con un lienzo de muro arruinado, una garita hemisférica y varias casuchas cuyos techos habían sido arrancados. Eran restos de antiguas fortificaciones, de la época tal vez en que los españoles intentaron reconquistar la plaza.

Cuando descendió Luna, con paso inseguro, llevada de la mano por su novio y haciendo rodar guijarros a cada paso, un inmenso ¡*raaac!*, como de cien abanicos desplegados rudamente cortó el silencio rumoroso del mar. Durante unos segundos todo desapareció a sus ojos: las aguas azules, las peñas rojas, la espuma de las rompientes, bajo una capa móvil de grisácea blancura que se extendió a sus pies. Eran centenares de gaviotas que, asustadas en su refugio, tendían el vuelo; gaviotas viejas y enormes, gordas como gallinas; gaviotas jóvenes, blancas y graciosas como palomas. Se alejaron lanzando gritos angustiosos, y al disolverse esta niebla de plumas y aleteos, quedó visible en toda su grandeza el promontorio y las aguas profundas que lo batían con incesante ondulación.

Había que levantar la cabeza, elevar los ojos, para ver en toda su altura este murallón de la Naturaleza, recto, gris, sin más vestigios humanos que el mástil de banderas apenas visible en su cumbre, como un juguete. En toda la extensa cara de esta cortadura gigantesca no había más salientes que algunos bullones de sombría verdura, matorrales colgantes de la roca. Abajo, las olas se retiraban y volvían, como toros azules que retroceden para acometer con más fuerza, y el testimonio de este topazo, que duraba siglos y siglos, eran los arcos abiertos en la roca, las gargantas de cueva, puertas de sombra y de misterio por donde se lanzaban las aguas con horrísono bramido. Los escombros de estas brechas, los fragmentos del secular asalto, peñascos sueltos y amontonados por las tempestades, formaban una cadena de escollos entre cuyos dientes peinaba el mar sus espumas o se enredaba con espumarajos lívidos los días de tormenta.

Quedaron sentados los dos amantes en la vieja fortificación, viendo a sus pies la inmensidad azul y ante sus ojos la muralla, que parecía interminable, ocultando una gran parte del horizonte. Tal vez al otro lado del Peñón lucía aún el oro de la puesta del sol. Aquí, extendíase ya, dulcemente, la penumbra del

anochecer. Los dos permanecieron silenciosos, anonadados por el silencio del lugar, unidos uno a otro por un impulso medroso, asombrados de su insignificancia en este medio de grandeza anonadadora, como dos hormigas egipcias a la sombra de la Gran Pirámide.

Aguirre sintió la necesidad de decir algo, y su voz tomó una expresión solemne, como si en aquel ambiente, saturado de la majestad de la Naturaleza, fuese imposible hablar de otro modo.

—Te quiero —dijo con la incongruencia del que pasa sin transición de largas reflexiones a la palabra—, te quiero porque eres de mi raza y no lo eres; porque hablas mi idioma, y sin embargo tu sangre no es mi sangre. Tienes la gracia y la belleza de la española, pero hay en ti algo más, algo exótico que me habla de lejanos países, de cosas poéticas, de perfumes desconocidos que me parece oler cada vez que me aproximo a ti... Y tú, Luna, ¿por qué me quieres?

—Te quiero —contestó ella, tras larga pausa, con voz grave y pastosa de soprano emocionada—, te quiero porque también tienes algo en tu rostro de los de mi raza, y sin embargo te diferencias de ellos como se diferencia el señor del siervo. Te quiero... no sé por qué. Vive en mí el alma de las antiguas hebreas del desierto que iban al pozo del oasis con el pelo suelto y el cántaro en la cabeza. Llegaba el gentil extranjero, con sus camellos, pidiendo de beber; ella le contemplaba con ojos graves y profundos, y al darle agua entre sus manos blancas, le daba el corazón, el alma entera, y le seguía como esclava... Los tuyos asesinaron y robaron a los míos; durante siglos lloraron mis abuelos en extraños países la pérdida de la nueva Sión, de la tierra bonita, nido de consuelo; debía odiarte, pero te amo, extranjero mío; tuya soy, y te seguiré adonde tú vayas.

Espesábase la sombra azul del promontorio. Casi era de noche. Las gaviotas retirábanse chillando a sus escondites de la roca. El mar comenzaba a ocultarse bajo una tenue neblina. El faro de Europa brillaba como un diamante a lo lejos, en el cielo todavía claro del Estrecho. Una dulce somnolencia parecía desprenderse de este agonizar del día, impregnando toda la Naturaleza. Los dos átomos humanos, perdidos en esta inmensidad, sentíanse invadidos por el estremecimiento universal, olvidados de todo cuanto constituía poco antes su vida. Ignoraban la presencia de la ciudad al otro lado del monte, la existencia de una humanidad de la que eran partes infinitesimales... ¡Completamente solos, sumiéndose uno en otro al través de las pupilas! ¡Así, así para siempre! Sonaron chasquidos en la penumbra, como de ramas secas crujiendo al romperse.

De pronto cruzó el espacio un relámpago rojo, algo veloz y rápido, como el aletear de un pájaro de fuego. Luego tembló la montaña y agitó sus ecos el mar, bajo un trueno seco. ¡El cañonazo de la tarde!... Un cañonazo oportuno.

Se estremecieron los dos como si despertasen de un sueño. Luna corrió senda arriba en busca del camino, sin escuchar a Aguirre, con una precipitación de fuga... Iba a llegar tarde a su casa; nunca volverían allí. Era peligroso.

## V

El señor cónsul vagaba por la calle Real, con la pipa apagada, la mirada triste y el británico junco pendiente de una mano, con cierto desaliento. Cuando en sus idas y venidas deteníase instintivamente ante la puerta de la tienda de Khiamull, tenía que pasar adelante. Khiamull no estaba allí. Tras el mostrador sólo había dos muchachos dependientes, tan verdosos como él. Su pobre amigo estaba en el hospital, con la esperanza de que unos días de reposo, fuera de la penumbra húmeda de la tienda, bastarían para quitarle aquella tos que parecía desencuadernar su cuerpo, haciéndole arrojar sangre. Era del país del sol y necesitaba su caricia divina.

Aguirre podía detenerse en el despacho de los Aboab, pero esto le daba cierto miedo. El viejo lloriqueaba de emoción, como siempre, al hablar con él, pero en sus gestos de patriarca bondadoso había algo nuevo que parecía repeler al español. Zabolón le acogía con un gruñido y continuaba contando dinero.

Cuatro días llevaba Aguirre sin ver a Luna. ¡Las horas pasadas en la ventana del hotel, contemplando inútilmente la vivienda de los Aboab! Nadie en la terraza; nadie tras las persianas, como si la casa estuviese deshabitada. Varias veces encontró en la calle a la esposa y las hijas de Zabolón, que pasaron ante él fingiendo no verle, graves y estiradas, en su imponente obesidad.

Luna permanecía invisible, como si se hubiera marchado de Gibraltar. Una mañana creyó reconocer su mano fina levantando el ventanillo de una persiana: se imaginó distinguir entre las verdes láminas de madera el casco de ébano de sus cabellos, sus ojos luminosos elevados hacia él. Pero fue una aparición rapidísima, que sólo duró un instante. Cuando quiso hacer un gesto de súplica, cuando movió las manos implorando que esperase, Luna había desaparecido.

¿Qué hacer para aproximarse a ella rompiendo el aislamiento receloso en que viven las familias hebreas? ¿A quién dirigirse para que le explicase este cambio inesperado?... Arrostrando la frialdad penosa con que le acogían los Aboab, entraba en su tienda con diversos pretextos. Los dueños le recibían con una cortesía glacial, como si fuese un cliente molesto. Los israelitas que entraban para sus negocios mirábanle con una curiosidad insolente, cual si hubiesen hablado

poco tiempo antes de su persona.

Una mañana vio conversando con Zabulón a un hombre como de cuarenta años, bajo de estatura, algo cargado de espaldas y con gafas. Llevaba un sombrero de copa cuadrada, chaqué de largos faldones y una gran cadena de oro en el chaleco. Hablaba con voz algo cantante de los progresos de América, de la grandeza de Buenos Aires, del porvenir que podían encontrar allá los de su raza, de los buenos negocios que llevaba realizados. La atención cariñosa con que le escuchaban el viejo y su hijo provocó en Aguirre un pensamiento que hizo afluir la sangre al corazón, enfriando al mismo tiempo sus extremidades, con el temblor de la sorpresa. ¡Si sería...! Y a los pocos momentos, instintivamente, sin fundamento alguno, él mismo se dio la respuesta. Sí; aquél era: no se había equivocado. Indudablemente tenía delante al prometido de Luna, que acababa de llegar de América. Por si podía dudar aún, le afirmó en su creencia una rápida mirada de aquel hombre, fría y despectiva, que se fijó en él furtivamente, mientras seguía hablando con sus correligionarios.

Por la noche volvió a verlo en la calle Real. Lo vio, pero no solo. Llevaba del brazo a Luna, que iba vestida de negro; a Luna, que se apoyaba en él como si fuese ya su esposa, marchando los dos con toda la libertad de los prometidos israelitas. Ella no le vio o no quiso verle. Al pasar junto a él, volvió la cabeza, fingiendo hablar con gran animación a su compañero.

Los amigos de Aguirre, que formaban corro en la acera, frente a la Bolsa de Comercio, rieron del encuentro, con su ligereza de gentes que sólo aprecian el amor como un pasatiempo.

—Camará —dijo uno al español—, le han soplado la dama. El judío se la lleva... No podía ser otra cosa. Ésos sólo se casan entre ellos..., y más si la muchacha tiene dinero.

Aguirre pasó la noche sin dormir, maquinando en la obscuridad las más atroces venganzas. En otro país ya sabía él lo que debía hacer: insultar al hebreo, abofetearle, batirse, matarlo, y si no aceptaba sus provocaciones, perseguirlo hasta que le dejase el paso franco... Pero aquí vivía en otro mundo; era un país que desconocía los procedimientos caballerescos de los pueblos viejos. Una provocación a duelo haría reír, como algo extravagante y chistoso. Podía acometerle en plena calle, humillarle a sus pies, matarlo si intentaba defenderse; pero ¡ay!, la justicia inglesa no conocía el amor ni aceptaba la existencia de crímenes pasionales. Allá arriba, a media falda del monte, en las ruinas del castillo

de los reyes moros de Gibraltar, había visto él la cárcel llena de gentes de todos los países, especialmente españoles, encerrados para toda la vida por sacar la navaja a impulsos del amor o los celos, como lo hacían algunos metros más allá, al otro lado de la línea fronteriza. El látigo funcionaba con autorización de la ley; los hombres se agotaban y morían rodando el volante de la bomba. Una crueldad fría y metódica, peor mil veces que la apasionada barbarie inquisitorial, devoraba a las criaturas humanas, dándolas nada más que el sustento preciso para prolongar su tormento... No; éste era otro mundo, donde sus celos y su rabia no encontraban ambiente. ¡Y él perdería a Luna sin un grito de protesta, sin un movimiento de rebeldía viril!... Ahora, al verse separado de ella, convencíase por primera vez de la importancia de su amor, un amor iniciado por pasatiempo, por una curiosidad exótica, y que seguramente iba a trastornar su existencia... ¿Qué hacer?

Recordaba las palabras de uno de aquellos gibraltareños que le acompañaban en la calle Real, mezcla bizarra de sorna andaluza y flema británica.

—Crea usted, compañero, que en esto anda el gran rabino y todos los de la sinagoga. Daban ustedes escándalo: todo el mundo les veía pelando la pava públicamente. Usted no sabe lo que pesa uno de esos señores. Se meten en las casas de sus devotos y lo dirigen todo, lo ordenan todo, sin que nadie les resista.

El día siguiente lo pasó Aguirre sin salir de la calle, paseando por cerca de la casa de los Aboab o inmóvil en la puerta de su hotel, sin perder de vista la de la vivienda de Luna. ¡Tal vez saliese! Después de su encuentro del día anterior, ella habría perdido el miedo. Era preciso que se hablasen. Tres meses llevaba en Gibraltar de inmovilidad, olvidado de su carrera, expuesto a perderla, abusando de la influencia de sus parientes. ¿Y así iba él a separarse de aquella mujer, sin cambiar una palabra final, sin saber a qué obedecía este trastorno inesperado?...

Cerca del anochecer sintió Aguirre un escalofrío de emoción, un temblor igual al que experimentó en la tienda de los cambistas al reconocer al israelita llegado de América. Una mujer salió de casa de los Aboab, una mujer vestida de negro, Luna, igual a como la había visto el día anterior.

Ella volvió levemente la cabeza y Aguirre adivinó que le había visto, que tal vez le estaba viendo desde mucho antes oculta detrás de las persianas. Comenzó a andar apresuradamente, sin volver la cabeza, y Aguirre la siguió a cierta distancia, por la acera opuesta, cortando los grupos de trabajadores españoles que con el hato en la mano regresaban del arsenal al pueblo de La Línea, antes de que sonase el cañón de la tarde y se cerrara la plaza. Así siguieron uno tras otro la calle Real, y al

llegar a la Bolsa de Comercio, Luna continuó su marcha por el *Church Street*, pasando frente a la catedral católica. Aquí la concurrencia era menos densa, las tiendas más escasas; sólo en las esquinas de los callejones había pequeños grupos que conversaban al abandonar su trabajo. Aguirre aceleró la marcha para aproximarse a Luna, mientras ésta, como si adivinase su intención, acortaba el paso. Al llegar a espaldas de la iglesia protestante, en un ensanchamiento de la vía llamado *Catedral Square*, los dos se juntaron.

—¡Luna!... ¡Luna!

Ella volvió el rostro para ver a Aguirre, y luego instintivamente se apartaron ambos hacia el fondo de la plazoleta, huyendo del tránsito de la calle, quedando junto a las arcadas moriscas del templo evangélico, cuyos colores comenzaban a palidecer, difuminándose en la sombra del crepúsculo. Antes de que pudieran hablarse los envolvió una onda de suave melodía, una música que parecía venir de muy lejos: vagorosos arrullos de órgano, voces de vírgenes y de niños que cantaban en inglés a la gloria del Señor, con un silabeo de pájaros.

Aguirre no supo qué decir. Todas sus palabras de cólera quedaron olvidadas. Sintió ganas de llorar, de arrodillarse, de pedir algo a aquel Dios, fuese quien fuese, que estaba al otro lado de los muros, arrullado por un himno de las aves místicas de voz firme y virginal.

—¡Luna!... ¡Luna!

No sabía decir otra cosa; pero la hebrea, más fuerte, menos sensible a aquella música que no era la suya, le habló con voz baja y apresurada. Había salido sólo por verle; necesitaba hablarle, decirle adiós. Era la última vez que se encontraban.

Aguirre la escuchaba sin comprender bien sus palabras. Toda su atención estaba reconcentrada en los ojos, como si los cinco días de ausencia equivalieran a un largo viaje y buscarse en el rostro de Luna los efectos del tiempo. ¿Era la misma?... Sí, ella era; pero sus labios estaban algo azulados por la emoción; contraía los ojos como si sus palabras le costasen un esfuerzo inaudito, como si con cada una de ellas arrancase algo de su cerebro. Sus párpados, al contraerse, marcaban en las comisuras ligeros haces de líneas que parecían signos de fatiga, de reciente llanto, de repentina vejez.

El español pudo al fin comprenderla. Pero ¿decía verdad?... ¡Separarse! ¿Porqué?, ¿por qué?... Y al avanzar, en su vehemencia, las manos hacia ella, Luna



palideció aún más, encogiéndose con timidez, los ojos agrandados por el miedo.

Era imposible seguir amándose. Todo lo pasado debía recordarlo como un hermoso sueño: tal vez el mejor de su vida... pero había llegado el momento de despertar. Ella se casaba, cumpliendo sus compromisos de familia y de raza. Lo anterior era una locura, una niñada de su carácter exaltado y romántico. Bien le habían hecho ver los hombres sabios de su raza los grandes peligros de esta ligereza. Debía seguir su destino, ser como había sido su madre, como eran todas las mujeres de su sangre. Al día siguiente marcharía a Tánger con su prometido Isaac Núñez. Él mismo y sus parientes la habían aconsejado que tuviese una entrevista con el español para acabarlo todo, para dar fin a una situación equívoca que podía perjudicar la honorabilidad de un buen comerciante y el reposo de un hombre de paz. Se casaban en Tánger, donde vivía la familia de su novio; tal vez se quedasen allí; tal vez marcharan a América a continuar los negocios. De todos modos, su amor, su dulce aventura, su divino ensueño, acabado para siempre.

—¡Para siempre! —murmuró Luis con voz sorda—. Repítelo. Lo oigo de tus labios y no lo creo; repítelo: quiero convencerme.

Su voz era suplicante; pero al mismo tiempo, sus manos crispadas, su mirada amenazadora, aterraban a Luna, que abría desmesuradamente los ojos y apretaba la boca, como si contuviese un sollozo. La judía parecía envejecer en la sombra.

El ave de fuego de los crepúsculos pasó por los aires con su aleteo rojo. Después, un trueno hizo temblar las casas y el suelo... ¡El cañonazo de la tarde! El afligido Aguirre vio con la imaginación una alta muralla de peñas, gaviotas revoloteantes, el mar espumoso y rugidor, una luz brumosa de anochecer, igual a la que ahora les envolvía.

—¿Te acuerdas, Luna, te acuerdas?...

Un redoble de tambores sonó en la cercana calle, gorjeos de pífanos y el sordo trueno del bombo, aplastando con su bélico estrépito los cantos místicos y vagorosos que parecían filtrarse al través de las paredes del templo. Era la retreta que iba a cerrar las puertas de la plaza. Pasaron los soldados, vestidos de amarillento gris, marcando el paso al compás de sus instrumentos, mientras se agitaban por encima de los cascos de tela las manos del atleta que atronaba la calle con los golpes del parche.

Los dos dejaron que pasase el estruendoso desfile. Al alejarse, volvieron a resucitar lentamente en sus oídos las melodías del celeste coro en el interior del templo.

EL español parecía desalentado, implorante, pasando de su amenazadora energía a una súplica humilde.

—¡Luna... Lunita! Lo que dices no es verdad, no puede serlo. ¿Separarnos así? No oigas a nadie: sigue a tu corazón. Aún podemos ser felices. En vez de marcharte con ese hombre al que no puedes amar, al que no quieres seguramente, huye conmigo.

—No —dijo ella con energía, cerrando los ojos como si temiese flaquear al verle—. No. Es imposible. Tu Dios no es mi Dios; tu raza no es mi raza.

En la catedral católica, próxima pero invisible, sonaba la campana con una vibración lenta de melancolía infinita. Dentro del templo protestante el coro virginal acometía un nuevo himno, como una banda de juguetones ruiseñores aleteando en torno del órgano. A lo lejos, cada vez más débil, perdiéndose en las calles cubiertas por las sombras de la noche, sonaba el trueno de la retreta y el cabrilleo juguetón de las flautas cantando el poderío universal de Inglaterra con una música de circo.

—¡Tu Dios! ¡Tu raza! —exclamó el español tristemente—. ¡Aquí donde hay tantos dioses! ¡Aquí donde cada uno es de su raza!... Olvida eso; todos somos iguales ante la vida; no hay más que una verdad: el amor.

«¡*Tan...*, *tan!*!», gemía la campana en lo alto de la catedral católica llorando la muerte del día. «¡A la luz!, ¡a la luz!», cantaban en el templo evangélico las voces de las vírgenes y los niños, esparciéndose por el crepuscular silencio de la plazoleta.

—No —dijo duramente Luna, con una expresión que Aguirre no había conocido nunca en ella, como si fuese otra mujer—. No; tú tienes una tierra, tú tienes una patria, tú puedes reírte de razas y creencias, colocando por encima de ellas el amor. A nosotros, nazcamos donde nazcamos, por más que las leyes nos igualen a los otros, nos llaman siempre judíos, y judíos hemos de ser forzosamente. Nuestra tierra, nuestra patria, nuestra bandera única, es la religión de nuestros abuelos. ¿Y me pides que la abandone y me separe de los míos?... ¡Locura!

Aguirre la escuchaba con asombro.

—Luna, no te conozco... Luna, Lunita, eres otra mujer... ¿Sabes lo que pienso en este momento? Pienso en tu madre, a la que no conocí.

Recordaba aquellas noches de cruel incertidumbre, cuando la hebrea Aboab se mesaba los cabellos de intensa negrura ante la cama de tapices y colchonetas en que jadeaba su hija; cuando intentaba engañar al demonio, al odioso *Huerco*, que venía para llevarse al pedazo de sus entrañas.

—¡Ay! Yo también, Luna, siento la sencilla fe de tu madre, su inocente credulidad. El amor y la desesperación simplifican nuestras almas, les quitan los oropeles soberbios con que las vestimos en momentos de felicidad y orgullo, nos hacen tímidos y respetuosos con el misterio, como sencillos animales. Yo siento lo que sentía tu pobre madre en aquellas noches. Adivino al *Huerco* en torno nuestro. Es tal vez ese vejete de barbas de chivo que dirige a tu raza; son todos los tuyos, gente positiva, sin imaginación, incapaz de conocer el amor, y de los cuales parece imposible que hayas podido salir tú... ¡tú, Luna! No rías de mi locura; pero siento deseos de arrodillarme aquí, a tus pies, de tenderme en el suelo y de gritar: «*Huerco*, ¿qué quieres? ¿Vienes para llevarte a Luna?... Lunita no está; se fue para siempre. Quien está es mi amada, mi mujer. Aún no tiene nombre, pero yo se lo daré». Y cogerte en mis brazos, como tu madre, y defenderte del negro demonio, y luego, al verte salva y mía para siempre, confirmar con mis caricias tu nuevo nombre; llamarte... Única, eso es, mi Única adorada. ¿Te gusta el nombre?... Yo quiero que nuestra vida se deslice junta, teniendo por casa el mundo.

Ella movía la cabeza tristemente. Muy hermoso: un sueño más. Días antes estas palabras la hubiesen conmovido, la habrían hecho llorar; ¡pero ahora!... Y con una tenacidad cruel volvía a repetir:

—No, no. Mi Dios no es tu Dios; mi raza no es tu raza. ¿A qué empeñarnos en marchar contra lo imposible?...

Cuando los suyos le habían hablado con escándalo de unos amores que conocía toda la ciudad; cuando el jefe espiritual vino en busca suya con la indignación de un antiguo profeta; cuando la casualidad, o tal vez el aviso de un correligionario, hizo presentarse a su prometido Isaac Núñez, sintió Luna que algo despertaba en ella, adormecido hasta entonces. Un poso de creencias, de odios, de esperanzas, subió removido desde el fondo de su pensamiento, cambiando sus afectos, imponiéndole nuevos deberes. Era hebrea, y seguiría fiel a su raza. No iría a perderse, aislada e infructífera, entre gentes extrañas que odiaban al judío por un instinto ancestral. Entre los suyos gozaría la influencia de la esposa escuchada en

sus consejos, y cuando fuese anciana, sus hijos la rodearían de una veneración religiosa. Sentíase sin fuerzas para sufrir odios y recelos en aquel mundo enemigo al que pretendía arrastrarla el amor, mundo del que sólo habían salido tormentos e insultos para su raza. Quería ser fiel a su pueblo, continuar la marcha defensiva que venían realizando los suyos a través de siglos y persecuciones.

De pronto, le infundió lástima el desaliento de su antiguo novio y le habló con más dulzura. No podía fingir por más tiempo serenidad e indiferencia. ¿Creía él que iba a olvidarlo? ¡Ay! Aquellos días habían sido los mejores de su existencia; la novela de su vida, la flor azul que todas las mujeres, hasta las más vulgares, llevan en su recuerdo como un soplo de poesía.

—¿Te imaginas que yo ignoro cuál va a ser mi suerte?... Tú eras lo imprevisto, el dulce desorden que embellece la vida, la alegría del amor, que encuentra la felicidad en todo cuanto le rodea y no piensa en el mañana. Eres un hombre distinto a los demás; lo reconozco. Me casaré, tendré muchos hijos, ¡muchos!, nuestra raza es inagotable, y por las noches mi marido me hablará horas y horas de lo que hayamos ganado en el día. Tú..., tú eres otra cosa. Tal vez habría tenido que sufrir, que mantenerme alerta para conservarte; pero así y todo, eres la felicidad, eres la ilusión.

—Sí; yo soy todo eso —dijo Aguirre—. Soy eso porque te amo... ¿Sabes lo que haces, Luna? Es como si a tu tío Zabulón le pusieran sobre el mostrador miles y miles de libras y él volviese la espalda y las despreciara por marcharse a la sinagoga. ¿Crees eso posible?... Pues bien; el amor es una fortuna. Es como la hermosura, como la riqueza, como el poder; todos los que nacemos estamos expuestos a conseguir alguna de estas felicidades, pero son muy pocos los que llegan a alcanzarlas. Todos viven y mueren creyendo haber conocido el amor, creyendo que es una cosa común, porque lo confunden con una satisfacción animal, y el amor es un privilegio, el amor es una lotería de la casualidad, como los millones, como la belleza, que sólo disfrutan una minoría... Y cuando el amor te sale al paso, Luna, Lunita, cuando la suerte te trae de la mano la felicidad, ¡tú vuelves la espalda y te alejas!... ¡Piénsalo bien! ¡Aún es tiempo! Hoy, paseando por la calle Real, he visto avisos de vapores. Mañana sale uno para Port-Said. ¡Un esfuerzo! ¡Huyamos!... Aguardaremos allá un buque que nos lleve a Australia.

Luna levantó la cabeza con gesto altivo. ¡Adiós sonrisa de conmiseración! ¡Adiós la tristeza melancólica con que escuchaba al joven!... Sus ojos brillaron duramente; su voz fue cruel y concisa:

—¡Buenas noches!

Y le volvió la espalda, comenzando a andar con una precipitación de fuga. Aguirre salió tras ella, deteniéndola a los pocos pasos.

—¡Así te vas! —exclamó—. ¡Así, para no vemos nunca!... ¿Puede acabarse de ese modo un amor que era toda nuestra vida?...

Había cesado el himno en el templo evangélico; callaba la campana católica; la música militar se había perdido en las lejanías de la ciudad. Un silencio penoso envolvió a los dos amantes. Aguirre creía que el mundo se había despoblado, que la luz había muerto para siempre, que en medio del caos y la eterna sombra sólo vivían ella y él.

—Al menos dame tu mano; que la sienta en las mías por última vez... ¿No quieres?

Ella parecía dudar, pero acabó por entregarle su diestra. ¡Qué insensible! ¡Qué helada!

—Adiós, Luis —dijo brevemente, apartando sus ojos para no verle.

Aún habló más. Sintió ese impulso de consuelo que anima a todas las mujeres ante las grandes tristezas. No debía desesperarse. La vida le reservaba dulces esperanzas. Iba a correr la tierra; aún era joven...

Aguirre habló entre dientes, dirigiéndose a él mismo, cual si estuviese loco. ¡Joven! ¡Como si el dolor reparase en edades! Una semana antes tenía treinta años; ahora se sentía viejo como el mundo.

Luna hizo un esfuerzo para desprenderse de él, temiendo que la escena se prolongase, temblando por ella misma, poco segura de su energía.

—¡Adiós!, ¡adiós!...

Esta vez se fue definitivamente, y él la dejó ir, falto de fuerzas para seguirla.

Aguirre pasó la noche en vela, sentado al borde de la cama, mirando los dibujos del papel que tapizaba su cuarto con una fijeza estúpida. ¡Y aquello había podido ocurrir! ¡Y él la había dejado alejarse para siempre, con una debilidad de niño!... Varias veces se sorprendió hablando en voz alta:

—No; no puede ser... ¡No será!

La luz se apagó sola, y en la obscuridad continuó Aguirre monologando, sin saber lo que decía. «¡No será!, ¡no será!», murmuraba enérgicamente. Pero pasando de la furia al desaliento, preguntábase qué podría hacer él para retenerla, para dar fin a su suplicio.

¡Nada! Su desgracia era irreparable. Iban a reanudar su marcha en la vida, cada uno por distinto camino; iban a levantar el vuelo al día siguiente para posarse en los lugares más opuestos de la tierra, y nada llevarían el uno del otro, nada más que el recuerdo, y este recuerdo, bajo la mordedura del tiempo, se haría cada vez más pequeño, más frágil, más sutil. ¡Y así acababan los grandes amores! ¡Y así finalizaba una pasión nacida para llenar toda una existencia, sin que temblase el suelo, sin que nada se conmoviese, ignorando el mundo este dolor, como podía ignorar las desventuras de una pareja de hormigas! ¡Ah, miseria!...

Él rodaría por el mundo arrastrando sus recuerdos, y hasta tal vez llegase a olvidarlos, porque la vida sólo es posible a fuerza de olvidos; pero al disolverse su dolor con los años, quedaría como un hombre hueco, como un autómata sonriente, incapaz de otros afectos que los materiales. Y así viviría hasta que envejeciese y muriese. Y ella, la hermosa, que parecía esparcir a su paso música y perfumes, la incomparable, la única, envejecería igualmente, lejos de él; sería una hebrea más, excelente madre de familia, engordada por la vida de hogar, flácida y aplastada por la fecundidad de su raza, con un enjambre de hijos en torno de ella, preocupada a todas horas de las ganancias de la familia, luna llena, pesada y amarillenta, sin la menor semejanza con el astro primaveral que había iluminado los breves y mejores instantes de su vida. ¡Qué burla de la suerte!... ¡Adiós para siempre, Luna!... No, Luna no. ¡Adiós, Horabuena!

Al día siguiente, Aguirre tomó pasaje en el vapor que salía para Port-Said. ¿Qué hacer en Gibraltar?... Un paraíso durante tres meses, al lado de la mujer que amenizaba su existencia; ahora una ciudad intolerable, pequeña, monótona; un castillo cerrado, una prisión húmeda y oscura. Telegrafió a su tío anunciándole la salida. El vapor iba a zarpar en plena noche, luego del cañonazo de la tarde, cuando hubiese terminado su provisión de carbón.

Los del hotel le dieron una noticia. Khamull había muerto en el hospital, con la lucidez de pensamiento de los tísicos, hablando del lejano país del sol, de sus vírgenes coronadas de flores de loto, oscuras y esbeltas como estatuas de bronce. Un vómito de sangre había cortado sus esperanzas. Toda la ciudad hablaba

de su entierro. Se habían reunido sus compatriotas, los tenderos indios, para visitar al gobernador y disponer la fúnebre ceremonia. Iban a quemar el cadáver fuera de la ciudad, en la playa de Levante. Sus restos no podían pudrirse en tierra impura. El gobierno inglés, deferente con todas las creencias de sus súbditos, regalaba la leña. Cuando cerrase la noche abrirían un hoyo en la playa, llenándolo de virutas y madera suelta; luego, grandes troncos y el cadáver; encima más leña; y cuando la hoguera se extinguiese por falta de combustible, sus hermanos en religión recogerían las cenizas, metiéndolas en un bote para arrojarlas en alta mar.

Aguirre escuchaba fríamente estos detalles. ¡Feliz Khiamull, que se iba! ¡Fuego, mucho fuego!, ¡no poder él incendiar aquella ciudad, y luego las tierras cercanas, y después el mundo entero!...

A las diez de la noche levó anclas el trasatlántico. El español, apoyado en la borda, vio empequeñecerse, como si se hundiese en el horizonte, la negra montaña, el alto peñón, con la base moteada de filas de luces. Destacaba su oscuro lomo sobre el cielo, como un monstruo acurrucado junto al mar, jugueteando con un enjambre de estrellas entre sus zarpas.

El buque dobló la Punta de Europa y desaparecieron las luces. Ahora se veía el Peñón por su cara oriental, negro, imponente, escueto, sin más resplandor que el ojo del faro en su punta más avanzada.

De pronto surgió una nueva luz, una línea roja, una llama recta, en el extremo opuesto de la montaña, como si saliese del mar. Aguirre adivinó lo que era. ¡Pobre Khiamull! El fuego comenzaba a consumir su cuerpo en la playa. Los hombres de faz de bronce se agruparían en aquellos momentos en torno de la pira, como sacerdotes de una humanidad remota, activando la anulación de los restos de su compañero.

¡Adiós, Khiamull! Había muerto con la esperanza puesta en el Oriente, país de amor y de perfumes, lugar de delicias, sin poder realizar sus ilusiones; y Aguirre iba allá con el pensamiento vacío, el alma paralítica, fatigado y sin fuerzas, como si acabase de sufrir la más ruda de las pruebas.

¡Adiós, indio melancólico y dulce, pobre poeta que habías soñado con la luz y el amor, vendiendo tus baratijas en húmedo tabuco!... Sus despojos iban a perderse, purificados por el fuego, en el seno de la gran madre. Tal vez su alma frágil de pájaro sobreviviese en las gaviotas que aleteaban en torno del Peñón; tal vez cantase en las espumas rugientes de las cuevas submarinas, para acompañar

los juramentos de otros amantes que llegarían a su hora, como llega la ilusión engañosa, la dulce mentira del amor, a darnos nuevas fuerzas para que sigamos nuestro camino.



# CUENTOS

## UN HALLAZGO

—Yo, señor —dijo *Magdalena*, el trompeta de la cárcel—, no soy ningún santo; me han condenado muchas veces por robos; unos verdad, otros «acumulados». Al lado de usted, que es un caballero y está preso por escribir cosas en los papeles, soy un miserable... Pero crea que esta vez me veo aquí por bueno.

Y llevándose una mano al pecho e irguiendo la cabeza con cierto orgullo, añadió:

—Robitos nada más... Yo no soy valiente; yo no he derramado una gota de sangre.

Así que apuntaba el amanecer, la trompeta de *Magdalena* sonaba en el gran patio, adornando su toque de diana con regocijadas escalas y trinos. Durante el día, con el bélico instrumento colgando de su cuello o acariciándolo con una punta de la blusa para que perdiese el vaho con que lo empañaba la humedad de la cárcel, iba por todo el edificio, antiguo convento en cuyos refectorios, graneros y desvanes amontonábase con sudorosa confusión cerca de un millar de hombres.

Era el reloj que marcaba la vida y el movimiento a esta masa de carne varonil en perpetua ebullición de odios. Rondaba cerca de los rastrillos para anunciar con sonoros trompetazos la entrada del «señor director» o la visita de las autoridades; adivinaba en el avance de las manchas de sol por las blancas paredes del patio la proximidad de las horas de comunicación, las mejores del día, y pasándose la lengua por los labios, aguardaba impaciente la orden para prorrumpir en alegre toque, que hacía rodar por las escaleras el rebaño prisionero corriendo ansioso a los locutorios, donde zumbaba una turba mísera de mujeres y niños; su hambre insaciable le hacía ir y venir por las inmediaciones de la antigua cocina, en la que humeaban las ollas enormes con nauseabundo hervor, doliéndose de la indiferencia del jefe, siempre tardo en ordenar la llamada del rancho.

Los presos «de sangre», héroes del puñal, que habían matado por competencias de bravura o celos amorosos y formaban una aristocracia desdeñosa de los simples ladrones, tomaban al trompeta como paciente juguete en sus ratos de tedio.

—¡Hincha! —le ordenaba brevemente algún hombretón orgulloso de sus delitos y su valentía.

Y *Magdalena* cuadrábase con militar rigidez, cerraba la boca e inflaba los carrillos, aguardando que dos bofetadas, dadas al mismo tiempo con ambas manos, deshinchasen ruidosamente el globo rojo de su cara. Otras veces, los temibles personajes ensayaban el vigor de sus brazos sobre el cráneo de *Magdalena*, desnudo por la calvicie de repugnantes enfermedades, y reían del daño que las protuberancias del recio hueso causaban a sus puños. El trompeta prestábase a estos martirios con un encogimiento de perro humilde, y creía vengarse después repitiendo aquellas palabras que eran para él un consuelo:

—Yo soy bueno; yo no soy valiente. Robitos nada más..., pero de sangre, ni una gota.

A las horas de comunicación presentábase su mujer, la famosa Peluchona, hembra brava que le infundía gran miedo. Era la amante de uno de los bandidos más temibles de la cárcel. Traía a éste la comida diariamente, procurando su regalo con toda clase de viles trabajos. El trompeta, al verla, alejábase del locutorio, temiendo las arrogancias de aquel desalmado, que aprovechaba la ocasión para humillarle con algún golpe en presencia de su antigua compañera. Muchas veces sobreponíase a su miedo un sentimiento de curiosidad y ternura, y avanzaba tímidamente, buscando más allá de los tupidos enrejados la cabeza de un niño que acompañaba a la Peluchona.

—Es mi hijo, señor —decía con humildad—; mi Tónico, que ya no me conoce ni se acuerda de mí. Dicen que no se me parece. Tal vez no sea mío... ¡Ya ve usted, con la vida que ha llevado siempre su madre, viviendo cerca de los cuarteles, lavando la ropa a los soldados!... Pero nació en casa; lo tuve en mis brazos cuando pasaba enfermedades, y esto tira tanto como la sangre.

Volvía a rondar temeroso, cual si preparase uno de sus hurtos, por cerca del locutorio, para ver a su Tónico, y cuando podía contemplarle un instante, se apagaban sus cóleras de cordero rabioso ante la cesta repleta con que la mala hembra obsequiaba a su amante.

*Magdalena* resumía toda su existencia en dos hechos: había robado y había viajado mucho. Los robos eran insignificantes: de ropas o de monederos cogidos en la calle, por no tener ánimos para empresas mayores. Sus viajes habían sido forzados, siempre a pie, por las carreteras de España, marchando en un rosario de

presos, entre los charolados o blancos tricornios que custodiaban la «conducción».

Después de ser «educando» en la banda de cornetas de un regimiento, habíase lanzado a esta vida de continuo encierro, con breves períodos de libertad, en los que se encontraba desorientado, sin saber qué hacer, deseando tornar cuanto antes a la cárcel. Era la cadena perpetua, pero cumplida «a pedazos», como él decía.

No organizaban los polizontes una batida de gente peligrosa que no figurase en ella *Magdalena*, manso ratón cuyo nombre mencionaban los periódicos como el de un temible criminal. Incluíanle en las conducciones de vagabundos sospechosos, sin delito conocido, que la autoridad enviaba de provincia a provincia, con la esperanza de que reventasen de fatiga en los caminos, y así había corrido a pie toda la Península, desde Cádiz a Santander, desde Valencia a La Coruña. ¡Con qué entusiasmo recordaba sus viajes! Hablaba de ellos como si fuesen alegres expediciones, lo mismo que un estudiante sopista de la antigua Tuna, convirtiendo sus relatos en cursos de geografía pintoresca. Recordaba con famélico regodeo la abundante leche de Galicia, los embutidos rojos de Extremadura, el pan castellano, las manzanas vascas, los vinos y sidras de los países atravesados por él con el petate a la espalda, cambiando todos los días de guardianes, unos bondadosos o indiferentes, otros malhumorados y crueles, que hacían temer cuatro tiros disparados más allá de la cuneta de la carretera, y luego el papel justificando la muerte con un intento supuesto de fuga. Evocaba con cierta nostalgia las montañas cubiertas de nieve o las rojizas y resquebrajadas por el sol; la marcha lenta por la blanca carretera, que se perdía en el horizonte como cinta interminable; los altos bajo los árboles, en las tórridas horas del mediodía; las tormentas que de pronto les azotaban en los caminos; los barrancos desbordados que obligaban a acampar a cielo raso; la llegada en plena noche a ciertas cárceles de pueblo, viejos conventos o iglesias abandonadas, donde cada uno buscaba un rincón seco, sin aires exteriores, para tender el petate; el viaje interminable, con la calma de una marcha sin objeto; las largas detenciones en lugarillos de vida monótona, para los cuales era un acontecimiento la presencia de la cuerda de presos, acudiendo los muchachos al pie de las rejas para hablar con ellos, mientras paseaban a corta distancia las rapazas, a impulsos de una curiosidad malsana, para oír sus cantos y sus palabras obscenas.

—Unos viajes muy divertidos, señor —continuaba el ladrón—; para los que teníamos buena salud y no nos caíamos en el camino, era lo mismo que ir de estudiantina. Algún palo que otro, pero ¡quién hace caso de eso!... Ahora apenas hay conducciones: a los presos los llevan enjaulados en el ferrocarril. Además, yo

«estoy de causa» y tengo que vivir encerrado..., ¡encerrado por bueno!

Y volvía a lamentarse de su mala suerte, relatando la última hazaña que le había traído a la cárcel.

Un domingo de julio sofocante; una tarde en que las calles de Valencia parecían desiertas, bajo el sol ardoroso y un viento de hoguera que venía de las tostadas llanuras del interior. Toda la gente estaba en la corrida de toros o en las orillas del mar. *Magdalena* se vio solicitado por su amigo Chamorra, antiguo camarada de encierro y viajes, que ejercía sobre él cierta superioridad. ¡Una mala alma el tal morra! Ladrón, pero de los que van a todo, no retrocediendo ante la necesidad de hacer sangre, llevando la navaja pronta en compañía de las ganzúas. Se trataba de «limpiar» cierta habitación a la que había puesto el ojo el temible sujeto. *Magdalena* se excusó modestamente. Él no era para tanto: no servía. Subir a una azotea y recoger la ropa puesta a secar; apoderarse con rápido tirón del bolso de una señora y salir corriendo... bueno; ¿pero fracturar puertas, arrojando el misterio de una habitación, en la que podían estar los dueños?...

Mayor miedo que este encuentro posible le inspiraba el mal gesto de Chamorra, y acabó por obedecerle. Bueno va; iría como ayudante, para cargar con los fardos, pero dispuesto a huir a la más leve alarma. Y no quiso aceptar una faca vieja que le ofrecía el compañero: él era consecuente.

—Robitos, muchos; pero de sangre, ni una gota.

Entraron a media tarde en la estrecha escalerilla de una casa sin portera y con los vecinos ausentes. Chamorra conocía a su víctima: un artesano acomodado, que debía guardar buenos ahorros. Seguramente que estaba con su mujer en la playa o viendo los toros. Arriba, la puerta de la habitación cedió fácilmente, y los dos camaradas comenzaron a trabajar en la penumbra de los balcones entornados. Chamorra violentó las cerraduras de dos cómodas y un armario. Dinero en plata, dinero en calderilla, unos billetes enrollados en el fondo de un estuche de abanico, el aderezo de la boda, un reloj. El golpe no era malo. Su mirada ansiosa vagó por la habitación, queriendo apoderarse de todo lo aprovechable. Lamentaba la inutilidad de *Magdalena*, inquieto de miedo, los brazos caídos, yendo de un lado a otro sin saber qué hacer.

—Coge los colchones —ordenó—. Siempre darán algo por la lana.

Y *Magdalena*, ansioso de acabar cuanto antes, penetró en la alcoba oscura,

pasando a tientas una cuerda por debajo de colchones y sábanas. Luego, ayudado por su amigo, hizo un rollo con todo, precipitadamente, echándose a la espalda el voluminoso fardo.

Salieron sin ser vistos, y marcharon hacia las afueras, a una casucha de Arrancapinos donde Chamorra tenía su guarida. Éste marchaba delante, dispuesto a huir a la primera señal de peligro; *Magdalena* le seguía trotando, casi oculto bajo el fardo, temiendo de un momento a otro sentir en su testuz la mano de la policía.

Al examinar en el lejano corral el producto del robo, Chamorra mostró una arrogancia de león, entregando a su compañero algunas pesetas en calderilla. Con esto tenía bastante por el momento. Lo hacía por su bien, pues era muy derrochador. Otra vez le daría más.

Luego desliaron el fardo de colchones, y Chamorra se arqueó, con los puños en los costados, riendo estrepitosamente. ¡Qué hallazgo!... ¡Qué regalo!

*Magdalena* también rió, por primera vez en toda la tarde. Sobre los colchones reposaba un niño pequeño, sin otra ropa que una camisita, los ojos cerrados, la cara congestionada, moviendo angustiosamente el pecho al sentir la primera caricia del aire libre. *Magdalena* recordó la vaga sensación que había percibido, durante su marcha, de algo vivo que se agitaba a sus espaldas en la gruesa envoltura. Un débil y sofocado gangueo le perseguía en su fuga... La madre había dejado al pequeño durmiendo en la fresca obscuridad de la alcoba, y ellos, sin saberlo, cargaron con él al llevarse la cama.

Los ojos espantados de *Magdalena* interrogaron al compañero. ¿Qué hacer con el chiquillo?... Pero aquella mala alma rió lo mismo que un demonio.

—Para ti; te lo regalo... Cómetelo con patatas.

Y se fue con todo el producto del robo. *Magdalena* quedó dudando, mientras levantaba al niño en sus brazos. ¡Pobrecito!... Lo mismo que su Tono, cuando le dormía con el arrullo de sus canciones; lo mismo que cuando estaba enfermo y apoyaba la cabecita en su pecho, mientras él lloraba, temblando por su vida. Iguales piecitos sonrosados y tiernos; iguales carnes mantecosas, de una piel fina, suave como la seda... El niño había cesado de llorar, fijando con extrañeza sus ojos en el ladrón, que le acariciaba como una nodriza.

—¡Ajó, pobrecito! ¡Ajó, rey..., niño Jesús! Mírame: soy tu tío.

Pero *Magdalena* cesó de reír, pensando en la madre, en su dolor desesperado cuando volviese a la casa. La pérdida de su pequeña fortuna sería lo de menos para ella. ¡El niño!, ¡dónde encontrar el niño!... Conocía a las madres: la Peluchona era la peor de las hembras, y él la había visto llorar y rugir ante su pequeño en peligro.

Miró al sol, que comenzaba a descender en un majestuoso ocaso veraniego. Aún tenía tiempo para llevar el niño a su casa, antes de que volviesen los padres. Y si tropezaba con ellos, mentiría, afirmando haber encontrado al chicuelo en medio de la calle; saldría del mal paso como pudiese. Adelante; nunca se había sentido tan audaz.

Llevando el niño en brazos pasó tranquilamente por las mismas calles que había corrido antes con el trote del miedo. Subió la escalerilla sin encontrar a nadie. Arriba, igual soledad. La puerta estaba abierta aún, con la cerraja forzada. Dentro, las piezas en desorden, con los muebles rotos, los cajones en el suelo, las sillas volcadas y las ropas esparcidas, le infundieron una impresión de terror semejante a la del asesino que vuelve a contemplar el cadáver de su víctima mucho después del crimen.

Dio a la criatura el último beso y la dejó sobre el jergón de la cama.

—¡Adiós, bonito!

Pero al llegar cerca de la escalera oyó pasos, y en el rectángulo de luz difusa de la puerta se marcó la silueta de un hombre corpulento, sonando a la vez con temblores de susto el agudo chillido de una voz femenil.

—¡Ladrones!... ¡Socorro!

*Magdalena* intentó huir abriéndose paso con la cabeza baja, como una rata asustada; pero se sintió agarrado por unas manos de cíclope, acostumbradas a batir el hierro, y de un empujón rodó escalera abajo.

Aún guardaba en su rostro señales de las heridas al chocar con los peldaños y de los golpes que le dieron los enfurecidos vecinos.

—Total, señor: robo con fractura; me saldrán no sé cuántos años... todo por ser bueno. Pero ni siquiera me guardan consideración, viéndome «de causa» por un robo de mérito. Todos saben que el autor fue Chamorra, al que no he visto más..., y se ríen de mí, por tonto.

## EL ÚLTIMO LEÓN

Apenas se reunió la junta del respetable gremio de los *blanquers* en su capilla, inmediata a las torres de Serranos, el señor Vicente pidió la palabra. Era el más viejo de los curtidores de Valencia. Muchos maestros, siendo aprendices, le habían conocido igual que era ahora, con su bigote blanco en forma de cepillo, la cara hecha un sol de arrugas, los ojos agresivos y una delgadez esquelética, como si todo el jugo de su vida se hubiese perdido en el diario remojón de los pies y los brazos en las tinas del curtido.

Él era el único representante de las glorias del gremio, el último superviviente de aquellos *blanquers* honra de la historia valenciana. Los nietos de sus antiguos camaradas se habían pervertido con el progreso de los tiempos: eran dueños de grandes fábricas con centenares de obreros, pero se verían apurados si les obligaban a curtir una piel con sus manos blandas de comerciantes. Sólo él podía llamarse *blanquer*, trabajando diariamente en su casucha, cercana a la casa gremial; maestro y obrero a un tiempo, sin otros auxiliares que los hijos y los nietos; el taller a la antigua usanza, con un dulce ambiente de familia, sin amenazas de huelga ni disgustos por la cuantía del jornal.

Los siglos habían elevado el nivel de la calle, convirtiendo en cueva lóbrega la *blanquería* del señor Vicente. La puerta por donde entraban sus abuelos se había empequeñecido por abajo, hasta convertirse poco menos que en una ventana. Cinco escalones descendentes comunicaban la calle con el piso húmedo de la tenería, y en lo alto, junto a un arco ojivo, vestigio de la Valencia medioeval, ondeaban como banderas las pieles puestas a secar, esparciendo el insostenible hedor del curtido. El viejo no envidiaba a los «modernos» en sus despachos de comerciantes ricos. De seguro que se avergonzaban al pasar por su callejón y verle, a la hora del almuerzo, tomando el sol, arremangado de brazos y piernas, mostrando sus flacos miembros teñidos de rojo, con el orgullo de una vejez fuerte que le permitía batallar diariamente con las pieles.

Valencia preparaba las fiestas del centenario de uno de sus santos famosos, y el gremio de los *blanquers*, como los otros gremios históricos, quería contribuir a ellas. El señor Vicente, con el prestigio de los años, impuso su voluntad a todos los maestros. Los *blanquers* debían quedar como lo que eran. Todas las glorias de su



pasado arrinconadas en la capilla habían de figurar en la procesión. Ya era hora de que saliesen a luz, ¡cordones! Y su mirada, vagando por la capilla, parecía acariciar las reliquias del gremio: los atabales del siglo XVI, grandes como tinajas, que guardaban en sus parches los ronclos clamores de la revolucionaria Germanía; el gran farolón de madera tallada, arrancado de la popa de una galera; el pendón de la *blanquería*, de seda roja, con bordados de un oro verdoso por los siglos.

Todo había de salir en las fiestas, sacudiendo la polilla del olvido; ¡hasta el famoso león de los *blanquers*!

Los «modernos» prorrumpieron en una risa impía. ¿El león también?... Sí; también el león. Para el señor Vicente era una deshonra gremial tener olvidada a la gloriosa fiera. Los antiguos romances, las relaciones de fiestas que se guardaban en el archivo de la ciudad, los ancianos que habían alcanzado la buena época de los gremios con sus fraternales camaraderías, todos hablaban del león de los *blanquers*; pero nadie de ahora lo conocía, y esto significaba una vergüenza para el oficio, un robo a la ciudad.

Su león era una gloria tan respetable como la Lonja de la Seda o el pozo de San Vicente. Bien adivinaba él la resistencia de los «modernos». Temían cargar con el «papel» de león. ¡No tembléis, jóvenes! Él, con su fardo de años, que pasaban de setenta, reclamaba este honor. Le pertenecía de derecho: su padre, su abuelo, sus innumerables tatarabuelos, todos habían sido leones, y él sentíase capaz de ir a las manos con los que intentasen disputarle el cargo de fiera, tradicional en su familia.

¡Con qué entusiasmo narraba el señor Vicente la historia del león y de los heroicos *blanquers*! Un día, los piratas berberiscos de Bujía desembarcaban en Torreblanca, más allá de Castellón, y robaban la iglesia, llevándose la Custodia. Era esto poco antes de los tiempos de San Vicente Ferrer, pues el entusiasta curtidor no tenía otro medio de explicar la historia que dividiéndola en dos períodos: antes y después del santo... La gente, que apenas si se conmovía con los frecuentes desembarcos de piratas, enterándose como de una desgracia inevitable del rapto de muchachas pálidas de negros ojazos y de chicuelos rollizos, con destino al harén, prorrumpió en un alarido de dolor al conocer el sacrilegio de Torreblanca.

Las iglesias de la ciudad se cubrieron de paños negros; las gentes andaban por las calles aullando de dolor, golpeándose con disciplinas. ¿Qué estarían haciendo aquellos perros con la hostia bendita? ¿Qué sería de la pobre e indefensa Custodia?... Entonces fue cuando los valientes Manquera entraron en escena. ¿No estaba la Custodia en Bujía? ¡Pues a Bujía por ella! Razonaban como héroes

acostumbrados a zurrar diariamente las pieles, y no veían inconveniente en zurrar a los enemigos de Dios. Armaron por su cuenta una galera, metiose en ella todo el oficio, con su vistoso pendón; y los otros gremios, y la ciudad entera, siguieron el ejemplo, fletando otros buques.

El señor Justicia despojose de la gramalla roja para cubrirse de hierro de pies a cabeza; los señores regidores abandonaron los bancos de la «Cámara dorada», abroquelando sus panzas con escamas relucientes como las de los pescados del golfo; los cien ballesteros de la Pluma que escoltaban a la Señera llenaron de flechas sus aljabas, y los judíos del barrio de la Xedrea hicieron magníficos negocios vendiendo todo su hierro viejo, sin perdonar lanza roma, espada mellada o coselete herrumbroso, a cambio de buenas y sonoras piezas de plata.

¡Y allá van las galeras valencianas, con las velas gibosas por el viento, escoltadas por un tropel de delfines que jugueteaban en la espuma de sus proas!... Cuando los moros las vieron de cerca echáronse a temblar, arrepentidos de su irreverencia con la Custodia, y eso que eran unos perros de entraña dura. ¿Valencianos y llevando al frente a los animosos *blanquers*? ¡Cualquiera les hacía cara!

La batalla duró varios días con sus noches, según el relato del señor Vicente. Llegaban nuevas remesas de moros; pero los valencianos, devotos y fieros, ¡mata que mata! Y comenzaban ya a sentirse fatigados de tanto despanzurrar infieles, cuando cádate que de una montaña vecina baja un león andando sobre sus patas traseras, como una persona decente, y llevando con gran reverencia en las delanteras la ansiada Custodia, la Custodia robada de Torreblanca. La fiera la entregó ceremoniosamente a uno de los *blanquers*, seguramente a un abuelo del señor Vicente, y así se explicaba éste que su familia guardase durante siglos el honor de representar al amable animal en las procesiones de Valencia. Después sacudió la melena, dio un rugido, y a este quiero y al otro también, a zarpadas y mordiscos, en un instante limpió el campo de morisma.

Los valencianos volvieron a embarcarse, llevando la Custodia como un trofeo. El «prior» de los *blanquers* saludó al león, ofreciéndole cortésmente la casa gremial, junto a las torres de Serranos, que podía considerar como suya. Muchas gracias; la fiera estaba acostumbrada al sol de África y temía los cambios de temperatura.

Pero el oficio no era ingrato, y para perpetuar el buen recuerdo del amigo con melenas que tenía al otro lado del mar, siempre que en las fiestas de Valencia

salía la bandera de los Manquera, marchaba tras ella un abuelo del señor Vicente, al son de los tambores, cubierto de pieles, con una carátula que era el «vivo retrato» del respetable león, y llevando en las manos una Custodia de madera, pobre y mezquina, que hacía dudar del valor intrínseco de la de Torreblanca.

Gentes aviesas e irrespetuosas osaban afirmar que todo era mentira en aquel suceso, con gran indignación del señor Vicente. ¡Envidias! ¡Mala voluntad de los otros oficios, que no podían ostentar una historia tan gloriosa! Allí estaba como prueba la capilla gremial, y en ella el farol de popa de la nave, que los maliciosos sin conciencia afirmaban que era de muchos siglos después, y los atabales del gremio, y la gloriosa bandera, y las pieles apolilladas del león de los *blanquers*, en las que se habían enfundado todos sus antecesores, olvidadas ahora detrás del altar, bajo las telarañas y el polvo, pero que no por esto dejaban de ser tan respetables y verídicas como los sillares del Miguelete.

Y sobre todo estaba su fe, ardiente, incontradecible, capaz de acoger como una ofensa de familia la más leve irreverencia contra el león africano, ilustre amigo del gremio.

\*\*\*

La procesión se verificó en una tarde de Junio. Los hijos, las nueras y los nietos del señor Vicente le ayudaron a embutirse en el «traje» de león, sudando angustiados con sólo el contacto de aquellas lanas teñidas de rojo. «Padre, que se va usted a asar». «Abuelo, que se derretirá dentro de ese uniforme».

Pero el viejo, insensible a las advertencias de la familia, agitaba con orgullo las apolilladas melenas, pensando en sus ascendientes; y se probaba la terrorífica carátula, un embudo de cartón que imitaba, con un parecido remoto, las mandíbulas de la fiera.

¡Qué tarde de triunfos! Las calles repletas de gente; los balcones adornados con tapices, y sobre ellos filas de sombrillas multicolores defendiendo del sol las caras bonitas; el suelo cubierto de mirto y arrayán, una alfombra verde y olorosa, cuyo perfume parecía ensanchar los pulmones.

Abrían la marcha las «banderolas», con barbas de cáñamo, corona mural y

dalmáticas listadas, llevando en alto los valencianos estandartes con enormes murciélagos y tamañas LL junto al escudo; después, al son de las dulzainas, trotaban las comparsas de indios bravos, pastorcillos de Belén, catalanes y mallorquines; luego pasaban los enanos, con monstruosas cabezotas, repiqueteando las castañuelas al compás de una marcha morisca; tras ellos los gigantones del Corpus, y por fin, las banderas de los gremios: una fila interminable de banderas rojas oscurecidas por los años, y tan altas, que los santirulicos de sus remates sobrepasaban los primeros pisos.

¡Plom! ¡Rotoplom!, gruñían los tambores de los *blanquers*, instrumentos de una sonoridad bárbara, tan grandes, que con su peso hacían marchar encorvados a los que golpeaban sus parches. ¡Plom! ¡Rotoplom!, sonaban roncós, amenazadores, con salvaje gravedad, como si aún marcaran el paso de los tercios revolucionarios de las Germanías saliendo al encuentro del joven caudillo del Emperador, aquel don Juan de Aragón, duque de Segorbe, que sirvió a Víctor Hugo de modelo para el romántico personaje de Hernani. ¡Plom! ¡Rotoplom! La gente corría, se empujaba para ver mejor el paso de los *blanquers*, prorrumpiendo en risas y gritos. ¿Qué era aquello?... ¿Un mono?... ¿Un salvaje?... ¡Ay! La fe del pasado hacía reír.

Los jóvenes del oficio, despechugados y en mangas de camisa, llevaban por turno la pesada bandera, haciendo suertes de equilibrio, sosteniéndola en la palma de una mano o sobre los dientes, al compás de los redobles.

Los maestros ricos llevaban los cordones de honor, las bridas de la bandera, y detrás de ellos marchaba el león, el glorioso león de los *blanquers*, que ya nadie conocía, y no marchaba de cualquier modo, sino dignamente, como lo aconsejaban las venerables tradiciones, como el señor Vicente había visto marchar a su padre, y éste al abuelo: siguiendo el ritmo de los tambores, haciendo una reverencia a cada paso, tan pronto a la derecha como a la izquierda, agitando la Custodia a guisa de abanico, como una fiera cortés y bien criada que sabe los respetos debidos al público.

Los labriegos venidos a la fiesta abrían los ojos con asombro; las madres le señalaban con un dedo para que se fijasen en él sus chiquitines; pero éstos, enfurruñados, se abrazaban a sus cuellos, ocultando la cabeza para soltar lagrimones de terror.

Cuando la bandera hacía un alto, el glorioso león defendíase con las patas traseras de la nube irrespetuosa de pilletes que le rodeaba, intentando arrancar algunas guedejas de su apolillada melena. Otras veces la fiera miraba a los

balcones para saludar con la Custodia a las muchachas bonitas, que se reían del mamarracho. Hacía bien el señor Vicente: por muy león que se sea, hay que mostrarse galante con el bello sexo.

El público abanicábase para encontrar una frescura momentánea en la ardorosa atmósfera; los horchateros iban entre la muchedumbre profiriendo gritos, llamados de todas partes y sin saber adónde acudir; los portadores de la bandera y los tamborileros se limpiaban el sudor a la puerta de todos los cafetines y acababan por meterse en ellos para refrescar.

Pero el león siempre en su puesto. Se le reblandecía el cartón de las mandíbulas; caminaba con cierta pereza, apoyando la Custodia en las lanas del vientre, sin ganas ya de hacer la reverencia al público.

Los del oficio aproximábanse a él con gesto zumbón:

— *¿Cóm va això, so Visènt?*

Y el *so Visènt* rugía indignado desde el fondo de su embudo de cartón. ¿Cómo había de ir? Muy bien; él era capaz de seguir dentro de sus lanas, sin faltar al papel, aunque la procesión durase tres días. Eso de cansarse era para los jóvenes. E irguiéndose a impulsos del orgullo, continuaba haciendo la reverencia y marcando el paso con el vaivén de su Custodia de palo.

Tres horas duró el desfile. Cuando el pendón del oficio volvió a la Catedral, comenzaba a anochecer.

¡Plom! ¡Rotoplom! La gloriosa bandera de los *blanquers* volvía a su casa gremial detrás de los tambores. El arrayán de las calles había desaparecido bajo el paso de la procesión. Ahora el suelo estaba cubierto de gotas de cera, hojas de rosa y chispas de talco. El litúrgico perfume del incienso flotaba en el ambiente. ¡Plom! ¡Rotoplom! Los tambores estaban cansados; los chavales forzudos portadores de la bandera jadeaban, sin ganas ya de intentar proezas de equilibrio; los respetables maestros agarrábanse a los cordones del pendón como si éste les remolcase, quejándose de las botas nuevas y de sus juanetes; pero el león, el fatigado león (¡ah, fiera fanfarrona!), que a veces parecía próximo a tenderse en el suelo, todavía se encabritaba para asustar al paso con un rugido a los matrimonios burgueses que tiraban de una ristra de chiquillos deslumbrados por la procesión.

¡Mentira! ¡Pura fachenda! El señor Vicente sabía cómo se encontraba dentro de sus pieles. Pero a nadie obligan a «hacer» de fiera, y el que se presta a ser león debe serlo hasta el fin.

En su casa, al caer sobre el sofá como un fardo de lanas, le rodearon hijos, nueras y nietos, apresurándose a despojarle de la carátula. Apenas reconocieron su cara, congestionada y roja, que parecía manar agua por todos los surcos de sus arrugas.

Intentaron quitarle las lanas; pero otra cosa le urgía a la fiera, pidiéndola con voz sofocada. Quería beber; se asfixiaba de calor. Inútil fue que la familia protestase, hablando de enfermedades. ¡Cordones! Él necesitaba beber en seguida. ¿Y quién osa resistir a un león enfurecido?...

Le trajeron del café más cercano un mantecado en copita azul; un mantecado valenciano, de melosa dulzura e intensa perfume, destilando gotas de zumo blanco de su torcida caperuza.

Pero ¡mantecaditos a un león! ¡Haaam! Se lo tragó de golpe, ¡y como si nada! La sed, el calor, le agobiaban de nuevo, y rugía pidiendo otros refrescos.

La familia, por economía, pensó en la horchata de un cafetín cercano. A ver, que le trajesen un jarro lleno. Y el señor Vicente bebió y bebió, hasta que fue innecesario quitarle las pieles. ¿Para qué? Una pulmonía doble acabó con él en pocas horas. El glorioso y peludo «uniforme» de la familia le sirvió de mortaja.

Así murió el león de los *blanquers*; el último león de Valencia.

Y es que la horchata resulta mortal para las fieras. ¡Veneno puro!

## EL LUJO

—La tenía sobre mis rodillas —dijo el amigo Martínez—, y comenzaba a fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna con nombres grabados, semejantes a telas de araña; divanes de terciopelo desteñado, con muelles que chillaban escandalosamente; la cama con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos acariciados; y en las paredes retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa o contemplando lánguidamente a un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicio; el gabinete elegante, reservado para los señores distinguidos; y ella, una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de los montes a aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de Colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con infantil complacencia las cintas de su bata: una soberbia pieza de raso, de amarillo rabioso, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta, según noticias, en el Hospital.

¡Pobre muchacha! Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos peinados a la griega con hilos de cuentas de vidrio; las mejillas lustrosas por el rocío del sudor, cubiertas de espesa capa de velutina; y como para revelar su origen, los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno creyose objeto de mi admiración, y echó atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aún no habían entrado en ella las costumbres de la casa, y decía la verdad, toda la verdad, a los señores que deseaban saber su

historia. La llamaban Flora; pero su nombre era Mari-Pepa. No era huérfana de coronel o de magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; a ella la colgarían por franca. Sus padres eran labriegos acomodados en un pueblecillo de Aragón: campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año; y por las noches, los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarla el corazón copla tras copla y llevarse con su moreno cuerpo de moza fuerte los cuatro banales heredados del abuelo.

—Pero ¿qué quieres, hijo?... Me encontraba mal entre aquellas gentes: tanta rudeza no era para mí. Yo he nacido para señorita. Di, ¿por qué no he de serlo? ¿No parezco tan buena como cualquiera otra?...

Y frotaba contra mi cuello su cabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa a todos los caprichos a cambio de estar bien adornada.

—Aquellos gañanes —continuó— me causaban repugnancia. Me escapé con el estudiante, ¿sabes?, con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo, hasta que me abandonó, y vine a parar aquí, esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta... no me quejo de nada, estoy contenta.

Y para demostrar su alegría, la infeliz cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza, despeinándome, y canturreaba el tango de moda torpemente, con su fuerte voz de campesina.

Confieso que sentí deseos de hablarle «en nombre de la moral», ese anhelo hipócrita que todos tenemos de propagar la virtud cuando estamos hartos y con el deseo muerto.

Ella alzó los ojos, asombrada al verme grave, predicándola, como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesana sobre las rodillas; su mirada iba incesantemente de mi rostro austero a la inmediata cama. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud y los excesos de momentos antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnoso cuello.

—¡Asaúra!... Pero ¡qué gracia tienes! ¡Y con qué «sombra» sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no



sabes dónde te has metido, y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en lo último. Dentro del mismo vicio, la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan a las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve a tu casa; lo pasado se olvidará; puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huida, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer honrada.

La muchacha se ponía seria al convencerse de que hablaba formalmente. Poco a poco fue resbalando en mis rodillas hasta quedar de pie, mirándome fijamente, como si de pronto viese una persona extraña y una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver a mi casa! —dijo con duro acento—. Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos. Mira, mira cómo las tengo aún.

Y me hacía tocar las duricias que abultaban las palmas de sus fuertes manos.

—Y todo esto, ¿a cambio de qué? ¿De ser honrada?... ¡Pa ti! No soy tan tonta. ¡Toma, para los honrados!

Y acompañó estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturreando, fue a mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba a la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo como la de un *clown*.

Cada vez más aferrado a mi papel de virtuoso, seguí sermoneándola desde mi asiento, envolviendo en sonoras palabras esta hipócrita propaganda. Hacía mal; debía pensar en el porvenir. El presente no podía ser más malo. ¿Qué era ella? Menos que una esclava: un mueble; la explotaban, la robaban, y después... después sería peor: el hospital, las enfermedades asquerosas...

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió.

—¡Vaya, chico, déjame en paz! Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

—¡Pero, hijo, qué tonto eres! ¿Crees que puedo volver a aquella vida de

perros habiendo probado ésta?... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando en una mirada de devota admiración los sillones cojos, el diván desteñado y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó a pasear, gozándose en el fru-fru de su cola al arrastrarse por el suelo, acariciando con las manos los pliegues de aquella bata que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra.

## LA RABIA

De toda la contornada acudían los vecinos de la huerta a la barraca de Caldera, entrando en ella con cierto encogimiento, mezcla de emoción y de miedo.

¿Cómo estaba el chico? ¿Iba mejorando?... El tío Pascual, rodeado de su mujer, sus cuñadas y hasta los más remotos parientes, congregados por la desgracia, acogía con melancólica satisfacción este interés del vecindario por la salud de su hijo. Sí estaba mejor. En dos días no le había dado aquella «cosa» horripilante que ponía en conmoción a la barraca. Y los taciturnos labradores amigos de Caldera, las buenas comadres vociferantes en sus emociones, asomábanse a la puerta del cuarto, preguntando con timidez: «¿*Cóm estás?*».

El hijo único de Caldera estaba allí, unas veces acostado, por imposición de su madre, que no podía concebir enfermedad alguna sin la taza de caldo y la permanencia entre sábanas; otras veces sentado, con la quijada entre las manos, mirando obstinadamente al rincón más oscuro del cuarto. El padre, frunciendo sus cejas abultadas y canosas, paseábase bajo el emparrado de la puerta al quedar solo, o a impulsos de la costumbre iba a echar un vistazo a los campos inmediatos, pero sin voluntad para encorvarse y arrancar una mala hierba de las que comenzaban a brotar en los surcos. ¡Lo que a él le importaba ahora aquella tierra, en cuyas entrañas había dejado el sudor de su cuerpo y la energía de sus músculos!... Sólo tenía aquel hijo, producto de un tardío matrimonio, y era un robusto mozo, trabajador y taciturno como él; un soldado de la tierra, que no necesitaba de mandatos y amenazas para cumplir sus deberes; pronto a despertar a media noche, cuando llegaba el turno del riego y había que dar a beber a los campos bajo la luz de las estrellas; ágil para saltar de su cama de soltero en el duro banco de la cocina, repeliendo zaleas y mantas y calzándose las alpargatas al oír la diana del gallo madrugador.

El tío Pascual no le había sonreído nunca. Era el padre al uso latino; el temible dueño de casa, que, al volver del trabajo, comía solo, servido por la esposa, que aguardaba de pie, con una expresión sumisa. Pero esta máscara grave y dura de patrono omnipotente ocultaba una admiración sin límites hacia aquel mozo que era su mejor obra. ¡Con qué rapidez cargaba un carro! ¡Cómo sudaba las camisas al manejar la azada con un vigoroso vaivén que parecía romperle por la cintura!

¿Quién montaba como él las jacas en pelo, saltando gallardamente sobre sus flancos con sólo apoyar la punta de una alpargata en las patas traseras de la bestia?... Ni vino, ni pendencies, ni miedo al trabajo. La buena suerte le había ayudado con un número alto al llegar la quinta, y para San Juan pensaba casarse con una muchacha de una alquería cercana, que traería con ella algunos pedazos de terreno al venir a la barraca de sus suegros. La felicidad; una continuación honrada y tranquila de las tradiciones de familia; otro Caldera, que, al envejecer el tío Pascual, seguiría trabajando las tierras fecundadas por los ascendientes, mientras un tropel de pequeños Calderitas, más numerosos cada año, jugarían en torno del rocín enganchado al arado, mirando con cierto temor al abuelo, de ojos lagrimeantes por la ancianidad y concisas palabras, sentado al sol en la puerta de la barraca.

¡Cristo! ¡Y cómo se desvanecen las ilusiones de los hombres!... Un sábado, al volver Pascualet de casa de su novia, cerca de media noche, le había mordido un perro en una senda de la huerta; una mala bestia silenciosa que surgió de un cañar, y en el mismo instante que el mozo se agachaba para arrojarle una piedra, hizo presa en uno de sus hombros. La madre, que le aguardaba en las noches de noviazgo para abrirle la puerta, prorrumpió en gemidos al contemplar el lívido semicírculo con la huella roja de los dientes, y anduvo por la barraca preparando cataplasmas y bebedizos.

El muchacho rió de los miedos de la pobre mujer: «¡Cállate, mare, cállate!». No era la primera vez que le mordía un perro. Guardaba en el cuerpo lejanas señales de su época de niño, cuando andaba por la huerta apedreando a los canes de las barracas. El viejo Caldera habló desde su cama, sin mostrar emoción. Al día siguiente iría su hijo a casa del veterinario para que le chamuscara la carne con un hierro candente. Así lo mandaba él, y no había más que hablar. El muchacho sufrió la operación imposible, como un buen moro de la huerta valenciana. Total, cuatro días de reposo, y aun así, su valentía para el trabajo le hizo arrostrar nuevos dolores, ayudando al padre con los brazos doloridos. Los sábados, al presentarse después de puesto el sol en la alquería de su novia, le preguntaban siempre por su salud. «¿Cómo va lo del mordisco?». Él encogía los hombros alegremente ante los ojos interrogantes de la muchacha, y acababan los dos por sentarse en un extremo de la cocina, permaneciendo en muda contemplación o hablando de las ropas y la cama para su matrimonio, sin osar aproximarse, erguidos y graves, dejando entre sus cuerpos el espacio necesario «para que pasase una hoz», según decía riendo el padre de la novia.

Transcurrió más de un mes. La esposa de Caldera era la única que no

olvidaba el accidente. Seguía con ojos de ansiedad a su hijo. ¡Ay, reina soberana! La huerta parecía abandonada de Dios y de su santa madre. En la barraca del Templat, un niño sufría los tormentos del infierno por haberle mordido un perro rabioso. Las gentes de la huerta corrían aterradas a contemplar a la pobre criatura: un espectáculo que la infeliz madre no osaba presenciar, pensando en su hijo. ¡Si aquel Pascualet, alto y robusto como una torre, iría a tener la misma suerte del desdichado niño!...

Un amanecer, el hijo de Caldera no pudo levantarse de su banco de la cocina y la madre le ayudó a pasar a la gran cama matrimonial, que ocupaba una parte del *estudi*, la mejor habitación de la barraca. Tenía fiebre; se quejaba de agudos dolores en el sitio de la mordedura; extendíase por todo su cuerpo un intenso escalofrío, haciéndole rechinar los dientes y empañando sus ojos con una opacidad amarillenta. Llegó sobre la vieja yegua trotadora don José, el médico más antiguo de la huerta, con sus eternos consejos de purgantes para toda clase de enfermedades y paños de agua de sal para las heridas. Al ver al enfermo torció el gesto. ¡Malo, malo! Aquello parecía cosa mayor: era asunto de los padres graves de la medicina que estaban en Valencia y sabían más que él. La mujer de Caldera vio a su marido enganchar el carro y obligar a Pascualet a subir en él. El muchacho, repuesto ya de su dolencia, sonreía, afirmando no sentir más que un ligero escozor. Cuando regresaron a la barraca, el padre parecía más tranquilo. Un médico de la ciudad había dado un pinchazo al chico. Era un señor muy serio, que infundía ánimo a Pascualet con buenas palabras, al mismo tiempo que le miraba fijamente, lamentando que hubiese tardado en buscarle. Durante una semana fueron los dos hombres todos los días a Valencia; pero una mañana el mozo no pudo moverse. Reapareció con más intensidad aquella crisis que hacía gemir de miedo a la pobre madre. Chocaba los dientes, lanzando un gemido que cubría de espuma las comisuras de su boca; sus ojos parecían hincharse, poniéndose amarillentos y salientes como enormes granos de uva; se incorporaba, retorciéndose a impulsos de interno martirio, y la madre se colgaba de su cuello con alaridos de terror, mientras Caldera, atleta silencioso, cogíale los brazos con tranquila fuerza, pugnando por mantenerle inmóvil.

—*¡Fill meu!, ¡fill meu!* —lloraba la madre.

¡Ay, su hijo! Apenas si lo reconocía viéndolo así. Parecíale otro, como si sólo quedase de él la antigua envoltura, como si en su interior se hubiese alojado un ser infernal que martirizaba esta carne surgida de sus maternales entrañas, asomándose a los ojos con lívidos fulgores.

Después llegaba la calma, el anonadamiento, y todas las mujeres del contorno, reunidas en la cocina, deliberaban sobre la suerte del enfermo, abominando del médico de la ciudad y de sus diabólicos pinchazos. Él era quien le había puesto así; antes de que el muchacho se sometiese a su curación estaba mucho mejor. ¡Bandido! ¡Y el gobierno sin castigar a estas malas personas!... No existían otros remedios que los antiguos, los «probados», los que eran producto de la experiencia de gentes que por haber vivido antes sabían mucho más. Un vecino partió en busca de cierta bruja, curandera milagrosa para mordeduras de perros y serpientes y picadas de alacranes; otra trajo a un cabrero viejo y cegato, que curaba por la gracia de su boca, sólo con hacer unas cruces de saliva sobre la carne enferma. Los bebedizos de hierbas de la montaña y los húmedos signos del pastor fueron interpretados como señales de inmediata curación al ver al enfermo inmóvil y silencioso por unas horas, mirando al suelo con cierto asombro, como si percibiese en su interior el avance de algo extraño que crecía y crecía, apoderándose de él. Luego, al repetirse la crisis, surgía la duda entre las mujeres, discutiendo nuevos remedios. La novia se presentaba, con sus ojazos de virgen morena húmedos de lágrimas, avanzando tímidamente hasta llegar junto al enfermo. Se atrevía por primera vez a cogerle la mano, enrojeciendo bajo su tez de canela por esta audacia. «¿Cóm estás?». Y él, tan amoroso en otros tiempos, se desasía de su presión cariñosa, volviendo los ojos para no verla, queriendo ocultarse, como avergonzado de su situación. La madre lloraba. ¡Reina de los cielos! Estaba muy malo: iba a morir. ¡Si al menos pudiera saberse cuál era el perro que le había mordido, para cortarle la lengua, empleándola en un emplasto milagroso, como aconsejaban las personas de experiencia!...

Sobre la huerta parecían haberse desplomado todas las cóleras de Dios. Unos perros habían mordido a otros: ya no se sabía cuáles eran los temibles y cuáles los sanos. ¡Todos rabiosos! Los chicuelos permanecían reclusos en las barracas, espiando por la puerta entreabierta los inmensos campos con mirada de terror; las mujeres iban por los tortuosos senderos en compacto grupo, inquietas, temblorosas, acelerando el paso cuando tras los cañares de las acequias sonaba un ladrido; los hombres contemplaban con recelo a los perros domésticos, fijándose en su babear jadeante o en sus ojos tristes; y el ágil galgo compañero de caza, el gozque ladrador guardián de la vivienda, el feo mastín que marchaba atado al carro para cuidar de él durante la ausencia del dueño, eran puestos en observación o sacrificados fríamente detrás de las paredes del corral, sin emoción alguna.

«¡Ahí van!, ¡ahí van!», gritaban de barraca en barraca, anunciando el paso de una tropa de canes, rugientes, famélicos, con las lanas o los pelos sucios de barro, los cuales corrían sin encontrar reposo, perseguidos día y noche, con la locura del

acosamiento en la mirada. La huerta parecía estremecerse, cerrando las puertas de las viviendas y erizándose de escopetas. Partían tiros de los cañares, de los altos sembrados, de las ventanas de las barracas; y cuando los vagabundos, repelidos y perseguidos por todos lados, iban en su loco galope hacia el mar, como si les atrajera el aire húmedo y salobre batido por las olas, los carabineros acampados en la ancha faja de arena echábanse los mausers a la cara, recibéndolos con una descarga.

Retrocedían los perros, escapando entre las gentes que marchaban a sus alcances escopeta en mano, y quedaba tendido alguno de ellos al borde de una acequia. Por la noche, la rumorosa lobreguez de la vega rasgábase con lejanos fognazos y disparos. Todo bulto movable en la obscuridad atraía una bala; los sordos aullidos en torno de las barracas eran contestados a escopetazos. Los hombres sentían miedo de su mutuo terror, y evitaban encontrarse.

Apenas cerraba la noche, quedaba la huerta sin una luz, sin una persona en sus sendas, como si la muerte se enseñorease de la lóbrega llanura, verde y sonriente a las horas de sol. Una manchita roja, una lágrima de luz temblaba en esta obscuridad. Era de la barraca de Caldera, donde las mujeres, sentadas en el suelo, en torno del candil, suspiraban desfavoridas, aguardando el alarido estridente del enfermo, el castañeteo de sus dientes, las ruidosas contorsiones de su cuerpo al enroscarse, pugnando por repeler los brazos que le sujetaban.

La madre se colgaba del cuello de aquel furioso, que infundía miedo a los hombres. Apenas le reconocía: era otro, con sus ojos fuera de las órbitas, su cara lívida o negruzca, sus ondulaciones de bestia martirizada, mostrando la lengua jadeante entre borbotones de espuma, con las angustias de una sed insaciable. Pedía morir con tristes aullidos; golpeaba su cabeza en las paredes; intentaba morder; pero aun así, era su hijo y ella no sentía el miedo que los demás. Su boca amenazante deteníase junto a aquel rostro macilento mojado en lágrimas: «¡Mare!, ¡mare!». La reconocía en sus cortos momentos de lucidez. No debía temerle: a ella no la mordería jamás. Y como si necesitara hacer presa en algo para saciar su rabia, clavábase los dientes en los brazos, ensañándose hasta hacer saltar la sangre.

«¡Fill meu!, ¡fill meu!», gemía la mujer; y le limpiaba la mortal espuma de la boca, llevándose después el pañuelo a los ojos, sin temor al contagio. Caldera, en su gravedad sombría, no prestaba atención a los ojos amenazadores del enfermo, fijos en él con impulsiva acometividad. Al padre no lo respetaba; pero este enérgico varón, arrostrando la amenaza de su boca, sujetábalo en la cama cuando intentaba huir, como si necesitase pasear por el mundo el horrible dolor que

devoraba sus entrañas.

Ya no surgían las crisis con largos intervalos de calma. Eran casi continuas, y el enfermo se agitaba, desgarrado y sangriento por sus mordiscos, la cara negruzca, los ojos temblones y amarillos, como una bestia monstruosa distinta en todo a la especie humana. El viejo médico ya no preguntaba por el enfermo. ¿Para qué? Todo había terminado. Las mujeres lloraban sin esperanza. La muerte era segura: sólo lamentaban las largas horas, los días, tal vez, que le quedaban al pobre Pascualet de atroz martirio.

Caldera no encontraba entre sus parientes y amigos hombres valerosos que le ayudasen a contener al enfermo. Todos miraban con terror la puerta del *estudi*, como si tras ella se ocultase el mayor de los peligros. Andar a escopetazos por senderos y acequias era cosa de hombres. El navajazo se podía devolver; la bala se contesta con otra; pero ¡ay!, ¡aquella boca espumeante que mataba con un mordisco!..., ¡aquel mal sin remedio que enroscaba a los hombres en interminable agonía, como una lagartija partida por el azadón!...

Ya no conocía a su madre. En los últimos momentos de lucidez la había repelido con amorosa brusquedad. ¡Debía irse!... ¡Que no la viese!... ¡Temía hacerla daño! Las amigas arrastraron a la pobre mujer fuera del *estudi*, manteniéndola sujeta, lo mismo que al hijo, en un rincón de la cocina. Caldera, con un supremo esfuerzo de su voluntad moribunda, ató el enfermo a la cama. Temblaron sus gruesas cejas con parpadeo de lágrimas al apretar las recias vueltas de la soga, sujetando al mozo sobre aquel lecho en el que había sido engendrado. Sintió lo mismo que si lo amortajase y le abriera la fosa. Se agitaba entre sus recios brazos con locas contorsiones; tuvo que hacer un gran esfuerzo para vencerlo bajo las ligaduras que se hundían en sus carnes... ¡Haber vivido tantos años, para verse al fin obligado a este trabajo! ¡Crear una vida, y desear que se extinguiese cuanto antes, horrorizado por tanto dolor inútil!... ¡Señor Dios! ¿Por qué no acabar pronto con aquel pobrecito, ya que su muerte era inevitable?...

Cerró la puerta del *estudi*, huyendo del rugido estridente que espeluznaba a todos; pero el jadear de la rabia siguió sonando en el silencio de la barraca, coreado por los ayes de la madre y el llanto de las otras mujeres agrupadas en torno del candil, que acababa de ser encendido.

Caldera dio una patada en el suelo. ¡Silencio las mujeres! Pero por vez primera viose desobedecido, y salió de la barraca huyendo de este coro de dolor.



Descendía la noche. Su mirada fue hacia la estrecha faja amarillenta que aún marcaba en el horizonte la fuga del día. Sobre su cabeza brillaban las estrellas. De las viviendas, apenas visibles, partían relinchos, ladridos y cloqueos, últimos estremecimientos de la vida animal antes de sumirse en el descanso. Aquel hombre rudo sintió una impresión de vacío en medio de la Naturaleza, insensible y ciega para los dolores de sus criaturas. ¿Qué podía importarles a los puntos de luz que le miraban desde lo alto lo que él sufría en aquellos momentos?... Todas las criaturas eran iguales: lo mismo las bestias que perturbaban el silencio del crepúsculo antes de adormecerse, que aquel pobrecito semejante a él, que se enroscaba atado en el más atroz de los martirios. ¡Cuántas ilusiones en su vida!... Y de una dentellada, un animal despreciable, tratado a patadas por el hombre, acababa con todas ellas, sin que en el cielo ni en la tierra existiese remedio...

Otra vez el lejano aullido del enfermo llegó a sus oídos al través de la ventanilla abierta del *estudi*. Las ternuras de los primeros tiempos de la paternidad emergieron del fondo de su alma. Recordó las noches pasadas en claro en aquel cuarto, paseando al pequeño, que gemía con los dolores de la infancia. Ahora gemía también, pero sin esperanza, en los tormentos de un infierno anticipado, y al final... la muerte.

Hizo un gesto de miedo, llevándose las manos a la frente como si quisiera alejar una idea penosa. Después pareció dudar... ¿Por qué no?...

—*¡Pa que no pene!, ¡pa que no pene!*

Entró en la barraca, para volver a salir inmediatamente con su vieja escopeta de dos cañones, y corrió al ventanillo como si temiera arrepentirse, introduciendo el arma por su abertura.

Otra vez oyó el angustioso jadear, el choque de dientes, el aullido feroz, pero muy próximos, como si estuviese él junto al enfermo. Sus ojos, acostumbrados a la obscuridad, vieron la cama en el fondo de la lóbrega habitación, el bulto que se revolvía en ella, la mancha pálida del rostro apareciendo y ocultándose en desesperadas contorsiones.

Tuvo miedo al temblor de sus manos, a la agitación de su pulso, él, hijo de la huerta, sin otra diversión que la caza, acostumbrado a abatir los pájaros casi sin mirarlos.

Los alaridos de la pobre madre le hicieron recordar otros lejanos, muy

lejanos, veintidós años antes, cuando daba a luz su único hijo sobre aquella misma cama.

¡Acabar así!... Sus ojos, al mirar al cielo, lo vieron negro, intensamente negro, sin una estrella, oscurecidos por las lágrimas... «¡Señor!, *¡pa que no pene!*, *¡pa que no pene!*». Y repitiendo estas palabras, se afirmó la escopeta en el hombro, buscando las llaves con dedo tembloroso... ¡Pam!, ¡pam!

## EL SAPO

—Veraneaba yo en Nazaret —dijo el amigo Orduña—, un pueblecito de pescadores cercano a Valencia. Las mujeres iban a la ciudad a vender el pescado; los hombres navegaban en sus barquitas de vela triangular, o tiraban de las redes en la playa; los veraneantes pasábamos el día durmiendo y la noche en la puerta de nuestras casas, contemplando la fosforescencia de las olas o abofeteándonos al percibir el zumbido de los mosquitos, tormento de las horas de descanso.

El médico, un señor viejo, rudo y burlón, venía a sentarse bajo el emparrado de mi puerta, y juntos pasábamos la noche, con el botijo o la sandía al lado, hablando de su clientela, gente marítima o terral, crédula, ruidosa e insolente en sus expansiones, dedicada a la pesca y al cultivo de los campos. A veces reíamos al recordar la enfermedad de Visanteta, la hija de la *Soberana*, vieja vendedora de pescado que justificaba su apodo por el volumen y la estatura, así como por la arrogancia con que trataba a las compañeras de mercado, imponiéndolas su voluntad a fuerza de peleas... La mejor muchacha del pueblo la tal Visanteta; pequeñita, maliciosa, de gran labia, sin otra belleza en su cara morena que la de la juventud; pero con unos ojos punzantes y una gracia para mostrarse tímida, débil e interesante que enloquecía a los mozos del pueblo. Su novio era *Carafosca* valeroso pescador, capaz de navegar sobre un madero. Olas adentro, le admiraban todos por su audacia; en tierra, metía miedo por su mutismo provocador y la facilidad con que desnudaba la faca acometedora. Feo, pesado y agresivo, como las enormes bestias que de tarde en tarde aparecían en las aguas de Nazaret devorando toda la pesca, iba las tardes de domingo al lado de su novia, camino de la iglesia, y cada vez que la muchacha alzaba la cabeza para hablarle entre remilgos y ceceos de niña mimada y doliente, *Carafosca* esparcía en torno de él los bizcos ojos con expresión de reto, como desafiando al pueblo entero, a los campos, a la playa y al mar, a que viniesen todos a disputarle su Visanteta.

Un día circuló por Nazaret la más estupenda noticia. La hija de la *Soberana* tenía un animal en el cuerpo. Se hinchaban, sus entrañas; la lenta deformación revelábase al través de zagalejos y faldas; su cara perdía color, y unas bascas angustiosas, acompañadas de vómitos, ponían en conmoción su barraca, haciendo prorrumpir a la madre en desesperados lamentos y correr azoradas a las vecinas. Muchos sonrieron al hablar de esta dolencia. ¡Que se lo contasen a *Carafosca*!...

Pero los incrédulos cesaron en sus malicias y sospechas al ver a éste triste y desesperado por la enfermedad de su novia, implorando su curación con el fervor de un alma simple, para lo cual entraba en la pequeña iglesia del pueblo, él, que había sido siempre un pagano, blasfemador de Dios y de los santos.

Sí, era una enfermedad extraña y horrible. La gente, en su predisposición a creer en toda clase de dolencias extraordinarias y raras, sabía ya con certeza qué era aquello. Visanteta tenía un sapo en la barriga. Había bebido agua en una charca del cercano río, y la mala bestia, pequeña, casi imperceptible, habíase colado en su estómago, creciendo desmesuradamente. Las buenas vecinas, trémulas de asombro, acudían a la barraca de la *Soberana* para examinar a la chica. Todas, con cierta solemnidad, palpaban el hinchado abdomen, buscando en su tirante superficie el relieve de la oculta bestia. Algunas, más viejas y experimentadas, sonreían con expresión triunfante. Estaba allí, bajo su mano, sentían las palpitations de su vida, se movía... sí, ¡se movía! Y tras grave deliberación, acordaban los remedios para expulsar al incómodo huésped. Daban a la chica cucharadas de miel de romero para que la mala bestia acudiese golosa, y cuando más tranquila estaba en su regodeo, ¡cataplum!, una inundación de jugo de cebolla con vinagre que la hiciese salir a todo galope. Al mismo tiempo la aplicaban al vientre milagrosos emplastos, para que el sapo, sin un momento de calma, escapase despavorido; estopas mojadas en aguardiente y saturadas de incienso; marañas de cáñamo embreado del calafateo de las barcas; hierbas del monte; simples pedazos de papel con números, cruces y el sello de Salomón, vendidos por un curandero de la ciudad. Visanteta creía morir con estos remedios que entraban por su boca. Estremecíase por los escalofríos del asco, se arqueaba en horribles náuseas, como si fuese a expeler las entrañas, pero el odioso sapo no se dignaba asomar una de sus patas; y la *Soberana* ponía el grito en el cielo. ¡Ay, su hija!... Jamás lograrían tales remedios echar fuera al perverso animal; era mejor dejarlo tranquilo y que no martirizase a la chica; darle mucho de comer, que no se nutriera sólo con el jugo de su Visanteta, cada vez más paliducha y débil.

Y como la *Soberana* era pobre, todas las amigas, a impulsos de la compasiva solidaridad de la gente popular, se dedicaron al sustento de Visanteta para que el sapo no la molestase. Las pescadoras, al volver de la plaza, le traían pastillitos comprados en establecimientos de la ciudad donde sólo entran señores; en la playa, al repartirse la pesca, apartaban alguna pieza jugosa de las que sirven para una sopa succulenta; las vecinas con puchero a la lumbre sacaban en tazas la flor del caldo, llevándolas lentamente, para que no se derramase, a la barraca de la *Soberana*; las jícaras de chocolate presentábanse en la tarde una tras otra.

Visanteta resistíase ante el enorme obsequio. ¡No podía más! ¡Estaba harta! Pero la madre avanzaba el peludo hocico con expresión imperiosa. «¡A comer he dicho!». Debía pensar en lo que llevaba dentro... Y sentía un afecto oscuro e indefinible por aquella bestia misteriosa albergada en las entrañas de su hija. Se la imaginaba: la veía; era su orgullo. Gracias a ella, el pueblo tenía los ojos puestos en la barraca, la tertulia de vecinas era continua, y la *Soberana* no encontraba mujer en su camino que no la detuviese para pedirle noticias.

Sólo una vez había llamado al médico, viéndole pasar ante la puerta, pero sin deseo, sin esperanza alguna. ¡Qué podía hacer aquel pobre señor contra un animal tan tenaz!... Y al oír que, no contento con las explicaciones de ella y de su hija y los audaces toqueteos por encima de las ropas, hablaba de un reconocimiento interior, la fiera matrona casi lo puso en la puerta. ¡Descarado! ¡En seguida iba a darse el gusto de ver a su chica de este modo; la pobrecita, tan vergonzosa y tan buena, que enrojecía sólo al pensar en tales proposiciones!...

Los domingos por la tarde iba Visanteta a la iglesia figurando a la cabeza de las Hijas de María. Su vientre voluminoso era mirado con admiración por las muchachas. Todas la preguntaban ávidamente por el sapo, y Visanteta respondía con languidez. Ahora la dejaba tranquila. Había crecido mucho al comer bien; se agitaba algunas veces, pero la hacía menos daño. Una tras otra ponían sus manos todas ellas para sentir los movimientos de la bestia invisible, y admiraban la superioridad de su amiga. El cura, santo varón de piadosa sencillez, fingía no enterarse de la femenil curiosidad, y pensaba con asombro en las cosas que hace Dios para poner a prueba a sus criaturas. Después, al finalizar la tarde, cuando el coro entonaba con voces suaves los gozos en loor de Nuestra Señora del Mar, cada una de aquellas vírgenes ponía su pensamiento en la misteriosa bestia, pidiendo fervorosamente que la pobre Visanteta se viese libre de ella cuanto antes.

*Carafosca* también gozaba de cierta popularidad por las dolencias de su novia. Le llamaban las mujeres, le detenían los pescadores viejos para preguntarle por el animal que martirizaba a la muchacha. «¡Pobreta!, ¡pobreta!», mugía con acento de amorosa conmiseración. No decía más; pero sus ojos revelaban un deseo vehemente de cargar cuanto antes con Visanteta y su sapo, pues éste le inspiraba cierto afecto por ser cosa de ella.

Una noche, estando el médico en mi puerta, vino a buscarle una mujer con dramáticos aspavientos. La hija de la *Soberana* estaba muy enferma: debía ir corriendo en su auxilio. El médico levantó los hombros: «¡Ah, sí; el sapo!». Y no mostraba deseos de moverse. Inmediatamente llegó otra, con gestos más

vehementes aún. ¡La pobre Visanteta! ¡Iba a morir! Sus gritos se oían en toda la calle. La mala bestia se la estaba comiendo las entrañas...

Seguí al doctor, arrastrado por la curiosidad que ponía en conmoción a todo el pueblo. Al llegar a la barraca de la *Soberana*, tuvimos que abrírnos paso a través de un compacto grupo de mujeres que obstruía la puerta, derramándose por el interior. Un grito angustioso, un alarido de desgarramiento, venía de lo más hondo de la vivienda, por encima de las cabezas curiosas o aterradas. El vozarrón de la *Soberana* contestaba con aclamaciones suplicantes. ¡Su hija! ¡Ay, Señor, su pobre hija!...

La llegada del médico fue acogida con un coro de exigencias de las comadres. La pobre Visanteta revolvióse furiosa, no pudiendo sufrir tanto tormento, con los ojos extraviados y las facciones desencajadas. Había que operarla, abrir sus entrañas, echar fuera cuanto antes aquel demonio verde y viscoso que la estaba devorando.

El médico siguió adelante, sin hacer caso, y antes de que yo llegase junto a él sonó su voz en el repentino silencio, con brusquedad malhumorada:

—¡Pero, Señor, si lo que tiene esta chica es que va a...!

Antes de que terminase, todos adivinaron en la brutalidad de su acento lo que iba a decir. Conmovióse la aglomeración de mujeres con el empuje de la *Soberana*, como las olas del mar bajo el vientre de una ballena. Avanzó sus manos hinchadas, de uñas amenazantes, barboteando injurias, mirando al médico con ojos homicidas. ¡Ladrón! ¡Borracho! ¡Fuera de su casa!... La culpa era del pueblo, que mantenía a un hombre sin religión. ¡Iba a comérselo! ¡Debían dejarla!... Y se debatía furiosa entre las amigas, pugnando por librarse de ellas y arañar al médico. A sus alaridos vengativos uníase el balido débil de Visanteta protestando entre los ayes que le arrancaba el dolor. ¡Mentira! ¡Que se fuese aquel mal hombre! ¡Boca de infierno! ¡Todo mentira!...

Pero el médico iba de un lado a otro pidiendo agua, pidiendo trapos, arrebatado o imperioso en sus órdenes, sin prestar atención a las amenazas de la madre y a los lamentos de la hija, cada vez más fuertes y desgarradores. De pronto rugió como si la matasen, y hubo un remolino de curiosidad en torno del médico, invisible para mí. «¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mala persona! ¡Calumniador!...». Pero las protestas de Visanteta ya no sonaban aisladas. A su voz de víctima inocente, que parecía pedir justicia al cielo, uniose el vagido de unos pulmones que aspiraban el

aire por vez primera.

Ahora las amigas de la *Soberana* tuvieron que contenerla para que no cayese sobre su hija. ¡Iba a matarla! ¡Perra! ¿De quién era aquello?... Y bajo el terror de las amenazas, la enferma, que aún suspiraba «¡mentira!, ¡mentira!», acabó por hablar. Un mozo de la huerta, al que no había visto más..., un descuido al anochecer..., ella ya no se acordaba. ¡No se acordaba!... E insistía en esta falta de memoria como si fuese una excusa irrefutable.

Se aclaró el gentío. Todas las mujeres sentían el ansia de propalar la noticia. Al salir nosotros, la *Soberana*, avergonzada y llorosa, pretendió arrodillarse ante el médico, queriendo besar una de sus manos. «¡Ay, don Antóni!... ¡Don Antóni!». Le pedía perdón por sus insultos; desesperábase al pensar en los comentarios del pueblo. ¡Lo que a ellas les aguardaba!... Al día siguiente, los muchachos que cantaban tirando de las redes inventarían nuevas coplas. ¡La canción del sapo! Su vida iba a ser imposible... Pero más la aterraba aún el recuerdo de *Carafosca*. Conocía bien a aquel bruto. A la pobre Visanteta la mataría apenas saliese a la calle; ella tendría igual suerte, por ser su madre y no haberla vigilado. «¡Ay, don Antóni!». Le pedía de rodillas que viese a *Carafosca*. Él, que era tan bueno y sabía tanto, debía convencerle con sus palabras, hacerle jurar que no las molestaría, que se olvidaría de ellas.

El médico acogió estas súplicas con la misma indiferencia que las amenazas, y contestó con brusquedad. Ya decidiría: era asunto delicado. Pero una vez en la calle, levantó los hombros con resignación: «Vamos a ver a ese animal».

Le sacamos de la taberna y comenzamos a pasear los tres por la obscura playa. El pescador parecía intimidado al verse entre dos personas tan importantes. Don Antonio le habló de la superioridad indiscutible de los hombres desde los primeros días de la Creación; del desprecio con que deben ser miradas las hembras por su falta de formalidad; de su inmenso número y lo fácil que resulta escoger otra cuando la que tenemos nos da un disgusto..., y acabó por contar rudamente lo ocurrido.

*Carafosca* dudaba, como si no comprendiese bien las palabras. Poco a poco, en su espesa inteligencia iba abriéndose camino la certidumbre. «¡Redéu!, ¡redéu!». Y se daba furiosos rascañones por debajo de la gorra, y se llevaba después las manos a la cintura como si buscase la temible faca.

El médico quiso consolarle. Debía olvidar a Visanteta: nada de hacer el

guapo queriendo matarla. Encontraría otras mejores. Aquella mosquita muerta no merecía que un buen mozo como él fuese a presidio. El verdadero culpable era ciertamente aquel labrador desconocido; pero... ¡y ella! ¡Y la facilidad con que..., se descuidaba, no acordándose después!...

Paseamos mucho rato en penoso silencio, sin otra novedad que los rascuñones que *Carafosca* se daba en la cabeza y la faja. De pronto nos sorprendió con el bramido de su voz, hablándonos en castellano, para mayor solemnidad:

—¿Quieren que les diga una cosa?... ¿Quieren que les diga una cosa?

Nos miraba con ojos agresivos, lo mismo que si tuviera enfrente al odiado y desconocido mozo de la huerta y fuese a caer sobre él. Adivinábase que su torpe pensamiento acababa de adoptar una resolución firmísima... ¿Qué cosa era aquélla? Podía hablar.

—Pues les digo —articuló con lentitud, como si fuéramos enemigos a los que deseaba confundir—, les digo..., que ahora la quiero más.

En nuestro asombro, no sabiendo qué contestar, le dimos la mano.



## COMPASIÓN

A las diez de la noche, el conde de Sagreda entró en su Círculo del bulevar de los Capuchinos. Gran movimiento de los criados para tomarle el bastón, el sombrero de innumerables reflejos y el gabán de ricas pieles, que al separarse de sus hombros dejó al descubierto la pechera de inmaculada nitidez, la gardenia de una solapa, todo el uniforme negro y blanco, discreto y brillante, de un *gentleman* que viene de comer.

La noticia de su ruina era conocida en el Círculo. Su fortuna, que quince años antes había despertado cierta resonancia en París, desparramándose fastuosamente a los cuatro vientos, estaba agotada. El conde vivía de los restos de su opulencia, como esos náufragos que subsisten sobre los despojos del buque, retardando entre angustias la llegada de la última hora. Los mismos criados que se agitaban en torno de él como esclavos de frac, conocían su desgracia y comentaban sus apuros vergonzosos; pero ni el más leve reflejo de insolencia turbaba el agua incolora de sus ojos, petrificada por la servidumbre. ¡Era tan gran señor! ¡Había tirado su dinero con tanta majestad!... Además, era un noble de veras, con esa nobleza secular cuyo rancio tufillo inspira cierta gravedad ceremoniosa a muchos ciudadanos cuyos abuelos hicieron la Revolución. No era un conde polaco de los que se dejan «entretener» por señoras, ni un marqués italiano que acaba haciendo trampas en el juego, ni un gran señor ruso que muchas veces vive de los fondos de la policía; era un «hidalgo», un grande de España. Tal vez alguno de sus abuelos figuraba en *El Cid*, en *Ruy Blas* o cualquiera otra de las piezas heroicas que se dan en la Comedia Francesa.

El conde entró en los salones del Círculo alta la frente, arrogante el paso, saludando a los amigos con una sonrisa fina y ligera, mezcla de altivez y frivolidad.

Estaba próximo a los cuarenta años, pero aún era el *beau* Sagreda, como lo habían bautizado mucho tiempo antes las damas noctámbulas de Maxim y las madrugadoras amazonas del Bosque. Algunas canas en las sienes y un triángulo de ligeras arrugas junto al vórtice de los párpados revelaban el esfuerzo de una existencia demasiado rápida, con la máquina vital a toda presión. Pero los ojos aún eran juveniles, intensos y melancólicos; unos ojos que le hacían ser llamado «el

moro» por sus amigas y amigos. El vizconde de La Tremisinière, premiado por la Academia como autor de un estudio sobre uno de sus abuelos, compañero de Condé, y muy apreciado por los anticuarios de la orilla izquierda del Sena, que le colocaban todos los lienzos malos de sus almacenes, le llamaba *Vélásquez*, satisfecho de que la color morena y ligeramente verdosa del conde, el negro y empinado bigote y los ojos graves, le proporcionaran ocasión de lucir sus grandes conocimientos en pintura española.

Todos en el Círculo hablaban de la ruina de Sagreda con discreta compasión. ¡El pobre conde! ¡No caerle una herencia nueva! ¡No encontrar una millonaria americana que se prendase de su persona y sus títulos!... Había que hacer algo para salvarle.

Y él marchaba entre esta compasión muda y sonriente, sin percatarse de ella, abroquelado en su altivez, tomando por admiración lo que era simpatía dolorosa, obligado a penosos fingimientos para conservarse en el mismo ambiente de años antes, creyendo engañar a los demás, sin otro resultado que engañarse a sí mismo.

Sagreda no se hacía ilusiones acerca del porvenir. Todos los parientes que podían sacarle a flote con un testamento oportuno lo habían hecho ya muchos años antes, saliéndose de la escena del mundo. Nadie quedaba «allá abajo» que pudiera acordarse de su nombre. Sólo tenía en España vagos parientes, nobles personajes unidos a él por vínculos históricos más que por afectos de sangre. Le hablaban de tú, pero no debía esperar de ellos otro auxilio que buenos consejos y amonestaciones por sus locas prodigalidades... Todo acabado. Quince años de intenso brillo habían consumido el rico bagaje con que un día llegó Sagreda a París. Los cortijos de Andalucía, con sus vacadas y yegudas, habían cambiado de dueño sin conocer apenas a este amo fastuoso y siempre ausente. Tras ellos habían pasado a manos extrañas inmensos trigales de Castilla, arrozales de Valencia, caserías de las provincias del Norte, toda la hacienda principesca de los antiguos condes de Sagreda, a más de las herencias de varias tías solteras y devotas y de los fuertes legados de otros parientes muertos de vejez en sus vetustos caserones.

París y las estaciones elegantes de verano habían devorado en unos cuantos años esta fortuna de siglos. El recuerdo de unos amores ruidosos con dos actrices de moda; la sonrisa nostálgica de una docena de mundanas de precio; la fama olvidada de unos cuantos desafíos; cierto prestigio de jugador temerario y sereno, y una reputación de esgrimidor caballeresco e intransigente en materias de honra, era todo lo que restaba al *beau* Sagreda después de su ruina.

Vivía del antiguo prestigio, contrayendo nuevas deudas con ciertos proveedores que fiaban en un restablecimiento de su fortuna al acordarse de otras crisis. «Su suerte estaba echada», según se decía el conde. Cuando no pudiera más, apelaría a una resolución extrema. ¿Matarse?... Nunca. Los hombres como él sólo se suicidan por deudas de juego o de honor. Abuelos suyos, nobles y gloriosos, habían debido enormes sumas a gentes que no eran sus iguales, sin pensar por esto en matarse. Cuando los acreedores le cerrasen sus puertas y los prestamistas le amenazaran con el escándalo ante los tribunales, el conde de Sagreda, haciendo un esfuerzo, se arrancaría de la dulce existencia de París. Sus ascendientes habían sido soldados y colonizadores. Él iría a engancharse en la legión extranjera de Argelia, o se embarcaría para la América conquistada por sus abuelos, siendo jinete pastor en las soledades del Sur de Chile o en las infinitas llanuras de la Patagonia.

Mientras llegaba el temido momento, esta vida azarosa y cruel, que le obligaba a continuas mentiras, era el período mejor de su existencia. De su último viaje a España para liquidar ciertos restos del patrimonio, había vuelto con una mujer, una señorita de provincias, cautivada por el prestigio del gran señor, y en cuyo afecto ferviente y sumiso entraba la admiración casi tanto como el amor. ¡Una mujer!... Sagreda abarcaba por primera vez toda la significación de esta palabra, como si hasta entonces no la hubiese comprendido. La compañera del presente era una mujer; las hembras nerviosas y descontentadizas, de sonrisa pintada y artificios voluptuosos, que habían llenado su existencia anterior, pertenecían a otra humanidad.

¡Y cuando llegaba la verdadera mujer se iba para siempre el dinero!... ¡Y cuando se presentaba la desgracia venía con ella el amor!... Sagreda, lamentando la fortuna perdida, pugnaba por mantener su boato. Vivía como siempre, en la misma casa, sin disminuir sus gastos, haciendo a su compañera iguales regalos que a las amigas de otros tiempos, gozando una satisfacción casi paternal ante la sorpresa infantil y las ingenuas alegrías de la pobre muchacha, aturdida por las fastuosidades de París.

Sagreda se hundía, ¡se hundía!, pero con la sonrisa en los labios, contento de sí mismo, de su vida actual, de este dulce ensueño, que iba a ser el último y se prolongaba milagrosamente. La fortuna, que le había maltratado en los últimos años, devorando los restos de su hacienda en Monte-Carlo, en Ostende y en los grandes círculos del bulevar, parecía ahora ayudarle, apiadada por su nueva existencia. Todas las noches, después de comer en un restorán de moda con su compañera, dejaba a ésta en el teatro y se dirigía a su Círculo, único lugar donde le esperaba la suerte. No era un gran juego. Simples partidas de *écarté* con íntimos

amigos, compañeros de juventud, que continuaban la existencia alegre, con el bagaje de una gran fortuna, o habían cristalizado su existencia en un matrimonio rico, conservando de los antiguos hábitos la costumbre de frecuentar el Círculo honorable.

Apenas se sentaba el conde, con las cartas en la mano, frente a uno de estos amigos, la suerte parecía soplar sobre su cabeza, y ellos no se cansaban de perder, invitándole a una partida todas las noches, como si le aguardasen por riguroso turno. Las ganancias no eran para enriquecerse: unas noches diez luises; otras, veinticinco; algunas llegó Sagreda a retirarse con cuarenta monedas de oro en el bolsillo. Pero merced a este ingreso casi diario iba reparando las grietas de su existencia señorial, que amenazaba venirse abajo, y mantenía a su amiga en un ambiente de amorosa comodidad, recobrando al mismo tiempo la confianza en su porvenir. ¿Quién sabe lo que le esperaba?...

Al ver en uno de los salones al vizconde de La Tremisinière, le sonrió con expresión de amistoso reto.

—¿Una partida?...

—Como usted quiera, querido *Vélásquez*.

—A cinco francos los siete puntos, para no exagerar. Estoy seguro de ganarle. La suerte viene conmigo.

Comenzó la partida bajo la discreta luz de las bujías eléctricas, en el confortable silencio de las mullidas alfombras y los cortinajes espesos.

Sagreda ganaba siempre, como si su buena fortuna se complaciese en sacarle vencedor de las más desgraciadas combinaciones. Ganaba sin tener juego. Nada importaba que careciese de triunfos y que sus cartas fuesen desfavorables; las de su contrincante eran siempre peores, y el éxito venía milagrosamente a continuación de todas sus jugadas.

Tenía ya ante él veinticinco luises. Un compañero de club, que vagaba aburrido de salón en salón, vino a detenerse junto a los jugadores, interesándose en la partida. Primeramente se mantuvo de pie junto a Sagreda; luego fue a colocarse detrás del vizconde, que parecía molesto y nervioso por la vecindad.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó de pronto el curioso—. Usted no juega su juego, vizconde. Aparta usted los triunfos y sólo hace uso de las cartas malas.

¡Qué tontería!

No pudo decir más. Sagreda dejó sus cartas sobre la mesa. Estaba intensamente pálido, con una palidez verdosa. Sus ojos desmesuradamente abiertos miraron al vizconde. Después se levantó.

—He comprendido —dijo con frialdad—. Permítame que me retire.

Luego, con mano nerviosa, empujó hacia su amigo el montón de monedas de oro.

—Esto es de usted.

—¡Pero, querido *Vélásquez!*... ¡Pero, Sagreda!... ¡Permítame usted, conde, que le explique!...

—¡Basta, caballero! Repito que he comprendido.

Por sus ojos pasó una punta de luz, el mismo brillo que habían visto sus amigos en ciertas ocasiones, cuando tras breve disputa o una palabra molesta levantaba su guante con arcaico ademán de reto.

Pero este gesto hostil sólo duró un instante. Luego sonrió con una amabilidad que daba frío.

—Muchas gracias, vizconde. Éstos son favores que no se olvidan nunca... Le repito mi agradecimiento.

Y saludó como un gran señor, alejándose erguido, lo mismo que en los días más hermosos de su opulencia.

Con el gabán de pieles abierto sobre el plastrón immaculado, el conde de Sagreda camina por el bulevar. La gente sale de los teatros; las mujeres revolotean de una acera a otra; pasan los automóviles con su interior iluminado, dejando una rápida visión de plumas, joyas y blancos descotes; gritan los vendedores de periódicos; en lo alto de las fachadas se inflaman y se extinguen los enormes anuncios eléctricos.

El grande de España, el «hidalgo», el nieto de los nobles caballeros de *El Cid* y *Ruy Blas*, marcha contra la corriente, abriéndose paso a empujones, queriendo ir más aprisa, sin saber adónde va, sin darse cuenta del lugar donde se halla.

Contraer deudas... Bueno. La deuda no deshonra al caballero. ¡Pero recibir limosna!... En sus horas de negros pensamientos nunca tembló ante la idea de infundir desprecio por su ruina, de ver alejarse a sus amigos, de descender a las últimas capas, perdiéndose en el subsuelo social. ¡Pero inspirar compasión!...

Inútil la comedia. Los íntimos, que le sonreían como en otros tiempos, habían penetrado el secreto de su pobreza, y se asociaban a impulsos de la conmiseración para darle por turno una limosna, fingiendo jugar con él. E igualmente poseían el penoso secreto los demás amigos, y hasta los criados, que se inclinaban a su paso con el respeto de la costumbre. Y él, pobre engañado, iba por el mundo con sus aires de gran señor, rígido y solemne en su extinta grandeza, como el cadáver del caudillo legendario que, después de muerto, pretendía ganar batallas montado en su caballo.

¡Adiós, conde de Sagreda! El heredero de Adelantados y virreyes puede ser soldado sin nombre en una legión de desesperados y de bandidos; puede ser aventurero en tierras vírgenes, matando para vivir; puede hasta presenciar impávido el naufragio de su nombre y su historia ante la mesa de un tribunal... ¡pero vivir de la compasión de los amigos!...

¡Adiós para siempre, últimas ilusiones! El conde ha olvidado a su compañera, que le aguarda en un restorán de noche. No se acuerda de ella: como si jamás la hubiese visto; como si nunca hubiera existido.

No piensa en nada de lo que embellecía su vida horas antes. Marcha a solas con su vergüenza, y cada uno de sus pasos parece sacar del suelo una cosa muerta, una influencia ancestral, una preocupación de raza, un orgullo de familia, altiveces, selecciones, honores y fierezas que dormitaban en él, y al despertar angustian su pecho y perturban su pensamiento.

¡Cómo habrán reído a sus espaldas con lastimera compasión!... Ahora camina con mayor apresuramiento, como si ya supiera adónde dirigir sus pasos, y la inconsciencia de la emoción le hace murmurar irónicamente, cual si hablase a alguien que marcha tras sus pasos y del que desea huir:

—¡Muchas gracias!, ¡muchas gracias!

Cerca de la madrugada, dos disparos de arma de fuego ponen en conmoción a los habitantes de un hotel vecino a la *Gare Saint-Lasare*, uno de esos establecimientos equívocos que ofrecen abrigo fácil a los conocimientos amorosos

iniciados en plena calle.

Los criados encuentran en una habitación a un señor vestido de frac, con una abertura en la bóveda del cráneo, por la que se escapan piltrafas sanguinolentas, retorciéndose como un gusano sobre el raído tapiz.

Sus ojos, de un negro mate, aún tienen vida. Nada queda en ellos de la dulce imagen de la compañera. Su último pensamiento, cortado por la muerte, es para la amistad, terrible en su lástima; para la ofensa fraternal de una compasión generosa y frívola.

# **BOCETOS Y APUNTES**



## EL AMOR Y LA MUERTE

Con gran frecuencia ocurren los llamados «crímenes de amor».

Relatan los periódicos casi a diario sucesos dramáticos en los que hiere la mano a impulso de los celos; describen suicidios en los cuales una vida se suprime fríamente, abandonando las filas humanas por miedo a la soledad, después de las dulzuras del idilio, por el desesperado convencimiento de que ya no podrá marchar sintiendo el contacto de la carne amada, roce embriagador que mantiene lo que algunos filósofos llaman «estado de ilusión» y ayuda a soportar la monotonía de la existencia.

¡El Amor y la Muerte!... Nada tan antitético, tan opuesto, y sin embargo los dos caminan juntos, en estrecho maridaje, desde los primeros siglos de la humanidad, tirando uno del otro, cual inseparables cónyuges, como marchan a través del tiempo la noche y el día, el invierno y la primavera, el dolor y el placer, no pudiendo existir el uno sin el otro.

«Te amo más que a mi vida», dice el jovenzuelo, despreciando su existencia, apenas formula los primeros juramentos de amor. «¡Morir!, ¡morir por ti!», murmura el hombre junto a una oreja sonrosada, cuando, agotadas las frases de adoración, se esfuerza por concentrar en una definitiva y suprema frase todo su apasionamiento. «¡No volver a la vida! ¡Quedar así por siempre!», suspiran los enamorados, mirándose en el fondo de los ojos, mientras corre por sus nervios el estremecimiento del más dulce de los calofríos; y este deseo de anularse, de no despertar jamás del grato Nirvana, surge inevitablemente, como si el amor sólo pudiera crecer y esparcirse a costa de la vida.

Tal vez reconoce su fragilidad, y adivinando que puede desvanecerse antes de que acabe la existencia de los enamorados, implora por instinto de conservación el auxilio de la muerte.

Los poetas presintieron siempre esta alianza, y en sus himnos de amantes felices o en sus lamentos desesperados hay algo de la sonrisa final de una boca sin labios, sardónica y amarillenta, que parece burlarse de la insignificancia de los placeres y dolores que traen revuelto al hormiguero humano. Sobre las cosas del

amor tiembla el revoloteo de los velos sombríos de la Gran Señora pálida y grave que nos aguarda al final de nuestra vida, saliéndonos al paso aunque tomemos los más apartados caminos.

Yo he visto las ruinas de muchas ciudades muertas, pétreos caparazones que sólo encierran polvo y vacío, pero que en otro tiempo abrigaban el alma de pueblos que pensaron cosas que hoy nos parecen nuevas y experimentaron sentimientos que ahora creemos percibir por vez primera. He encontrado en medio de la campiña desolada, entre los escombros de un mundo que fue, tumbas cuyo mármol, moldeado por el cincel del artista, eterniza el pensamiento de los que vivieron y sufrieron cuando nosotros y cien generaciones anteriores a nosotros éramos inciertas larvas en la penumbra del amanecer de futuros siglos y las moléculas de nuestros cuerpos vagaban errantes y dispersas en las entrañas de la eterna madre, en los brazos leñosos o la rumorosa cabellera verde de los bosques, en las sombrías profundidades del Océano, tal vez en los ágiles músculos de un animal inferior o en los brillantes ojos de un ser como nosotros, satisfecho de su inteligencia y su individualidad, orgulloso de su alma inmortal, creyéndola más duradera que el sufrido planeta que nos mantiene... y en sus sepulcros he visto muchas veces al mancebo juguetero coronado de flores, la aljaba a la espalda y el arco en la diestra, junto a una matrona adusta que parece soñar, con un codo apoyado en la rodilla y la frente en la mano, teniendo a sus pies el reloj de arena que marca la fuga del tiempo, imagen de la verdad final menos horripilante que el descarnado esqueleto grotesco y burlón de los artistas cristianos.

¡Siempre juntos el Amor y la Muerte, desde los primeros tiempos de la humanidad!

\*\*\*

Una noche, en Florencia, asomado a un balcón, escuché a unos cantores populares de los que amenizan con sus romanzas la digestión de la muchedumbre cosmopolita albergada en los hoteles inmediatos al río.

«¡Morir!», cantaba el tenor con lamento prolongado, rasgando el silencio de la noche. «*Morir vichino a te!*», respondía una voz grave, con reconcentrada pasión; y las arpas lloraban en la obscuridad sus lágrimas armoniosas, como perlas

sonoras, acompañando estos gemidos de amor y de muerte.

Junto a mí, unos ingleses jóvenes suspiraban emocionados por la dulzura melancólica de la música y de la noche, sintiendo ablandarse sus almas bajo un soplo de amor; y viendo yo la corona de luces del *Viale del Colli* que rasgaba la oscuridad en lo alto de un cerro, y a sus pies el Arno rumoroso y temblón reflejando las rojas serpentinas de los faroles por debajo de las arcadas del *Ponte Vecchio*, sentíame igualmente conmovido por la romanza, tocado por la emoción poética de los más bellos momentos de la vida, creyéndome por un instante más ligero, en un mundo extraordinario, de atmósfera sutil y perfumada, donde los cuerpos tuviesen la fluidez de las almas. «¡Morir!», repetía el lamento musical abajo, en las orillas del río, y yo me enternecía sin saber por qué, hasta que mi razón se sacudió este encanto con repentina protesta.

¡Morir! ¡Qué disparate!... Vivir: la vida es la única belleza digna de ser cantada. Y en plena frialdad, sonreí de la mentira humana, que, temiendo a la muerte, finge desearla, para dar el excitante del peligro a sus alegrías y tristezas; que juega con ella de mentirijillas, amándola como aman los niños los juguetes guerreros: remedos de armas mortíferas que no pueden causarles daño. «¡Morir!», cantaban aquellos hombres con un apasionamiento meridional que ponía lágrimas en sus voces; y poco después, cuando ya no cayesen monedas de los balcones, irían a la *trattoria* a considerar la vida como el mejor de los bienes, ante un frasco de Chiantti y un plato de macarrones.

«¡Morir!», repetían con ojos húmedos, siguiendo el canto, aquellas vírgenes rubias de pecho plano, y en el fondo de sus pensamientos permanecía intacto el pudoroso deseo de verse en un día remoto más enjutas aún, con la nariz enrojecida por los años y rodeadas de unas cuantas cabecitas infantiles de color de cáñamo.

«¡Morir!», susurraban los ecos de la noche con misterioso estremecimiento, y dentro de unas horas se colorearían de violetas los montes de enfrente, y el sol de un día más doraría el verde oscuro de los pinos y cipreses del paisaje toscano.

Entonces reí de este sentimentalismo que invoca a la muerte para proporcionar una emoción nueva y dulce a sus ansias de vida.

\*\*\*

Otra vez, en pleno verano, vagando por los alrededores de París, llegué a los jardines de Robinsón, con sus grandes árboles, cuyo ramaje abriga como nidos las aéreas cabañas que sirven de comedores.

En los salones de baile, los instrumentos de metal rugían la *matchicha*, y a su ritmo vivaz y canallesco desfilaban las parejas, arrastrando los pies sobre el entarimado, estrechamente enlazadas por el talle, rojas las mejillas, sudorosas las frentes, y en los ojos un apetito animal de vivir y de gozar, un hambre feroz de placeres. Sonaba en los restaurantes el taponazo del champaña, perseguíanse por entre los frondosos bosquecillos estudiantes y «estudiantas», la alegre juventud del Barrio Latino, enardecida por la decoración idílica que prestaban las arboledas a sus amores urbanos, abrigados durante la semana por los techos en pendiente de las buhardillas. Algunas parejas elegantes bajaban de sus automóviles, y las miradas de las pobres muchachas íbanse, con fulgores de envidia, tras los susurrantes vestidos, los empenachados sombreros y los ricos boas de las grandes damas, llevadas por una curiosidad exótica hacia este pequeño mundo de locura campestre... ¡Viva la vida!

A la puerta de un restorán, unos vagabundos italianos entonaban otra romanza melancólica, semejante a la de Florencia, pero que parecía deshonrada por el lugar, lejos del dulce paisaje en que vio la luz, cortada a trechos por los chillidos del cornetín del vecino baile, interrumpida por el trotar de los borriquillos alquileres de Robinsón y los gritos de las muchachas que se bamboleaban sobre la silla, próximas a caer, mostrando sus piernas con el impudor del miedo.

«¡Morir!», cantaban también estos pordioseros, acompañados por el grave bordoneo de una guitarra. «*Morir per te!*», gemían, dirigiéndose a una amante desconocida, con ansioso apasionamiento, como si fuese el mayor de los placeres renunciar por ella a la existencia.

¡Oh, qué irritante mentira! El Amor y la Muerte aparecían en este ambiente ridículos y miserables, como esas bellezas delicadas que abandonan la dulce penumbra de los salones y se muestran al aire libre, bajo la cruda luz del sol.

Una pareja pasó ante mí, estrechamente cogida del brazo, andando lentamente, aislada en medio del bullicio, insensible a las impresiones exteriores. Su felicidad era silenciosa: la llevaban reconcentrada dentro de ellos, sin otra manifestación externa que el dulce fuego de sus miradas, que se buscaban acariciándose. Era la pareja vulgar y tierna, eterno modelo de los novelistas desde los tiempos de Murger; los dos amantes del Barrio Latino, a cuyo amor dan la

pobreza y las incertidumbres del porvenir una dulzura melancólica.

—Si tú me abandonases, querría morir —decía él con voz grave.

La hembra sonrió incrédula, dejando de mirarle para fijar sus ojos en el baile inmediato.

¡Morir!... ¿Quién pensaba en esto? Ella amaba la vida sobre todas las cosas.

—¡Vivir, tonto! —murmuró—. ¡Vivir para querernos mucho!

Él la envolvía en una mirada ávida, con fiero egoísmo masculino.

—Sí, vivir contigo... ¡Pero si algún día me dejases!... ¡Si algún día te perdiese!...

Se alejaron. «¡Morir!», seguían cantando los vagabundos con desgarrador gemido. «¡Morir!», repetían las cuerdas de la guitarra gravemente. Y fue en vano que los cornetines rugiesen más alto la canallesca *matchicha*; que chillaran las muchachuelas perseguidas por audaces manos, y los cantores del Amor y la Muerte fuesen con el sombrero en la mano implorando una limosna, cayendo de golpe de las melancolías de la romanza a la miserable mendicidad.

Todo lo contemplé de un modo distinto. Creí que otra pareja pasaba ante mí: la eterna, la que vive desde que la humanidad sintió algo más que la punzada del estómago hambriento y la cólera homicida de la bestia que necesita matar para existir; la que está esculpida en mármoles a los que los siglos han dado la amarillez del ámbar; la que ha pasado las puertas de los poetas y los artistas, en horas decisivas, para marcar su trabajo con el sello de la inmortalidad: él, arrogante arquero, coronado de rosas; ella, pálida y ceñuda, con el reloj apoyado en los potentes pechos, de los que manan el Olvido y la Nada, marchando tras el jovenzuelo, como una amante vieja, sumisa y recelosa, que teme perderle.

Y a pesar de lo vulgarísimo del ambiente, mi emoción fue más intensa que en el dulce misterio de la noche florentina.

## LA VEJEZ

¿Qué es lo que los hombres tememos y deseamos al mismo tiempo en el curso de nuestra vida?...

La vejez.

La tememos porque es signo de debilidad y decadencia, heraldo que pregonan un próximo fin, mensajera de la destrucción y de la nada. Nos sonrío la esperanza de ver llegar a esta huésped importuna, porque es una garantía de que nuestra existencia no se cortará brusca e inesperadamente.

La animosidad con que pensamos en esta viajera odiada y deseada a la vez, que ha de llegar puntualmente cuando suene su hora, es producto, en gran parte, de un error.

Confundimos lamentablemente la vejez con la decrepitud.

Hombres hay que a los treinta años son decrepitos y agonizan lentamente. En cambio, viejos de ochenta gozan de la santa alegría de vivir.

¿Qué es la vejez?...

La humanidad ha pasado miles de años sin pensar en esto, como en tantos fenómenos de su existencia que ve de cerca todos los días con la distracción de la costumbre, sin sentir curiosidad ni preguntarse sus causas.

Ocurre con la vejez lo que con la muerte. Sabemos que ha de llegar, pero la vemos tan lejos, ¡tan lejos!, durante una gran parte de nuestra vida, que sólo nos inspira la falsa emoción de una catástrofe ocurrida en un lugar lejano del globo. Nos lamentamos, pero nuestro egoísmo, al ver que no nos toca de cerca el peligro, hace que las palabras no tengan eco en el pensamiento. También estamos seguros de que algún día ha de llegar «el fin del mundo», la muerte de nuestro planeta; pero esto es tan remoto, que no turba ni por un instante la paz de nuestros días.

Las religiones, que tienen sobre la ciencia la enorme ventaja de poder dar

respuesta a todos los misterios que nos rodean sin necesidad de ofrecer pruebas, han explicado, con más o menos fantasía, qué es la vejez y qué la muerte. El melancólico Buda llamó a la vejez «el tercer sufrimiento». Para el cristianismo, es algo así como la preparación del alma que se despide antes de emprender su viaje final al seno de la Divinidad.

Poetas y filósofos han discurrido siglos y siglos sobre la vejez, pero de un modo imaginario, sin fundamento racional y científico. Sólo a mediados del siglo XIX los fisiólogos han comenzado a ocuparse de este problema, con observaciones prácticas, sentando una afirmación que desconcierta a muchos y les hace morir con la cólera del que se siente víctima de una injusticia del destino.

Según estos hombres de ciencia, el cuerpo humano está organizado para vivir ciento cincuenta años cuando menos. Algunos prolongan el término más allá de los doscientos años.

—¿Y por qué vivimos mucho menos? —pregunta con rabia el egoísmo humano.

Aquí la razón científica se plurifurca en innumerables explicaciones. Cada sabio expone su teoría, aunque todos ellos están acordes en reconocer como una de las causas principales la mala organización de nuestro modo de vivir, la malsana influencia de las rutinas seculares, de las costumbres, de todo el engranaje de la existencia moderna, que, al cogernos en la cuna, parece no tener otra misión que llevarnos cuanto antes al sepulcro.

Es indudable que en remotos tiempos el hombre vivió más que vive en los presentes. Las tradiciones religiosas que hablan de vetustos patriarcas, alegres y sanos como jóvenes, tal vez no están desprovistas de fundamento. Es probable que alguna vez murieron los hombres centenarios dulcemente, cual una luz que se extingue, satisfechos de acabar sin protesta y sin rencor para la muerte, «saciados de sus días», como dice la Biblia.

Los sabios franceses son los que mejor han estudiado científicamente este problema de la vejez y la muerte.

Hace medio siglo, los grandes fisiólogos Flourens y Demange explicaron la vejez diciendo que con el curso del tiempo las paredes de nuestras arterias, fatigadas por un largo servicio, pierden su elasticidad. Débiles y saturadas de sales de cal, riegan mal nuestros órganos, que se marchitan y atrofian. Su conclusión era

ésta: «Cada hombre tiene la edad según el estado de sus arterias». Pero cuando la averiguación científica les preguntó el por qué de esta infiltración calcárea de nuestros vasos sanguíneos, los dos sabios no supieron qué contestar.

Una nueva teoría, más simple y tal vez cierta, ha surgido recientemente: la del sabio Metchnikof, discípulo y heredero de Pasteur, continuador de su obra, hombre de laboratorio, que es a la vez un gran escritor y un artista elocuente. Según Metchnikof, todo el mal de nuestra vida, la triste vejez y la muerte anticipada, reside en el intestino grueso. En los tiempos prehistóricos, cuando el hombre salvaje, fiera semirrational, había de contentarse con grandes cantidades de alimentos vegetales, y perseguido sin cesar por otras bestias superiores, o perseguidor a su vez de las bestias inferiores, sentía la necesidad de mantener en su organismo durante largas horas los nauseabundos desperdicios de la alimentación, el intestino grueso le prestó un gran servicio desarrollándose como un órgano de indispensable necesidad. Las aves, que pueden librarse de estos residuos sin detener su movimiento, carecen de tal órgano. Hoy el intestino grueso es para los hombres, según Metchnikof, un terrible laboratorio de muerte, donde se fabrican las toxinas que envenenan lentamente nuestra existencia.

El cuerpo humano lo ve este sabio como una república federal de células, en la que la división del trabajo ha llegado al último extremo. «Unas células fabrican el azúcar, otras la bilis; las hay que con sus movimientos producen el fenómeno de pensar». Todos estos pequeños seres que viven en nosotros y para nosotros, formando gran parte de nuestro cuerpo, los apellidan los biólogos «células nobles».

Al lado de ellas hay otras células, más groseras y más robustas al mismo tiempo, que están encargadas de la limpieza y defensa de nuestro organismo: como si dijésemos la policía interior del cuerpo humano. A estas células, siempre hambrientas, rudas y brutales, las llama Metchnikof «fagocitos» o sea células comedoras. Si encuentran un microbio o un residuo malsano en nuestro interior, le dan caza, lo rodean o lo devoran. El ejército de los fagocitos es la guarnición de la plaza fuerte de nuestro cuerpo. Enemigo que penetra en ella perece inmediatamente, y así podemos defendernos de los innumerables sitiadores invisibles que nos rodean a todas horas e intentan asaltarnos. Pero estos aliados de nuestra vida, estos defensores de nuestro organismo, crecen en ferocidad con el tiempo. Son como los perros de caza, que acaban por devorar las piezas, olvidándose de ayudar a su dueño. Cuando en el curso del tiempo las células nobles se usan, a causa de las toxinas que fabrica el intestino grueso, y carecen de defensa, los fagocitos las consideran con igual animosidad que si fuesen enemigos, y arrojándose sobre ellas las devoran, no dejando más que los residuos calcáreos,



imposibles de digerir. De aquí la fragilidad del esqueleto, la decadencia de los órganos, la marchitez rugosa de la piel, la vejez, en una palabra, que no es realmente más que una enfermedad.

Y sin embargo, esta época de nuestra vida, que representa la decadencia y atrofia de los órganos, ha gozado siempre de cierta superioridad.

Los primeros conductores de hombres fueron los guerreros; esto es indudable. Las hordas, obligadas a pelear para poder vivir, acataron por egoísmo y espíritu de conservación la autoridad del más bruto. Pero cuando el hombre aró la tierra, y poseyendo otros medios de existencia que la caza o el robo pudo vivir en relativa paz, acató la autoridad del patriarca; y entonces la majestad de la vejez, las luengas barbas de nieve, la frente arrugada y serena, ejercieron una influencia misteriosa, un poder religioso, superior al del brazo membrudo armado con el hacha de pedernal.

En el hombre es instintivo el respeto a la ancianidad sana que aún puede pensar. Los antiguos dioses, cuando necesitaban oráculos, sólo hablaban por las bocas pálidas de los sacerdotes, cubiertas de hilos de plata. Todos sentimos confusamente que algo superior, reposado e inmutable, como el supremo misterio de la Naturaleza, circula por esos pensamientos que han vivido mucho.

Una parte importante de la humanidad occidental y civilizada venera como personificación de Dios a un sacerdote de cabeza blanca y blancas vestiduras que extiende su diestra desde Roma. La ancianidad es condición indispensable de su ministerio. Un Papa de veinticinco años haría retroceder de espanto al catolicismo.

En el arte, las primeras figuras son grandes ancianos, a partir de Homero, con sus ojos sin luz y su barba de blancos anillos. Víctor Hugo, muriendo a los cuarenta y cinco años, hubiera sido para la Historia un gran poeta, pero no el vidente de todo un siglo, el patriarca protector de los miserables, el generoso cantor de la Piedad Suprema. Tolstoi es grande por sus obras, por su noble locura evangélica; pero lo más conmovedor en él es la ancianidad, esa vejez heroica, eco de todas las miserias y tristezas, que con motivo de su jubileo implora la cárcel y el patíbulo a cambio de redimir a sus semejantes.

La vejez inteligente y sana, con el pensamiento intacto, infunde el mismo respeto que sienten los orientales por el loco sagrado. Hay en ella algo de lo que llaman los árabes «el soplo de Dios».

No es esto decir que el mundo debe ser dirigido por los viejos. Los que libran las batallas de la vida, hacen las revoluciones y aceleran el progreso, son los jóvenes. A ellos la espada y el escudo; para ellos la primera línea, la vanguardia, en la que se reciben golpes de muerte y besos de gloria. Pero cuando llegan el cansancio y la noche, alguien ha de recoger a los caídos y rezagados, alguien ha de poner término al combate, pues la vida no es guerra toda ella ni toda paz. Son los viejos entonces los que mandan, los grandes maestros de piedad y tolerancia, los que contemplan el torrente humano desde las alturas de una dulce impassibilidad, inaccesibles a las ambiciones y odios que nos agitan a los demás hombres. Los jóvenes son los guerreros del progreso humano; los viejos los sacerdotes que lo consagran y dulcifican con su bondad.

Antiguamente, el poder del patriarca se fundaba en su experiencia, en la que había visto y aprendido durante los años. Hoy esto no es indiscutible. Un hombre de treinta años puede saber lo mismo que otro de ochenta, gracias a las facilidades que la imprenta y los viajes proporcionan a toda clase de conocimientos.

La majestuosa grandeza de la vejez no reside en la experiencia, sino en su tranquilidad, en su alma serena para examinar las cosas.

Pasamos gran parte de nuestra vida corriendo tras brillantes y engañosos fantasmas, viendo todo cuanto nos rodea a través de mágicos celajes.

Peleamos como fieras por el amor, la gloria, el honor, la riqueza... ¡Ay! Sólo los viejos, cuando están próximos a abandonar el mundo, saben lo que son y lo que valen estas palabras. Los velos engañosos se rasgan para ellos. Lo que a nosotros nos enardece, no despierta eco alguno en sus organismos. Ellos conocen la verdad, la única verdad, oculta tras las fantasmagorías juveniles. Lo cierto para ellos es haber cumplido el deber; su único amor, el que presta apoyo al semejante; su única riqueza, la satisfacción de sí mismo por haber hecho el bien.

La vejez, al apagar los instintos y pasiones que perturban nuestra vida, da a esos hombres una serenidad de semidioses, prolongando su vista al través de las tinieblas que nos rodean.

Una vejez tranquila, con el pensamiento sano, es, como diría un poeta antiguo, «el mejor de los dones de los dioses». Del ángel y la bestia que, según Pascal, llevamos todos dentro de nosotros, el ángel queda en pie, bondadoso, tolerante, lleno de dulce misericordia para los hombres y las cosas, y la bestia, apasionada y rugiente de apetitos, cae a los pies, como envoltura rasgada y flácida.

Pasamos media vida enloquecidos por el genio de la especie; esclavos del instinto de reproducción, que nos perturba y nos hace cometer toda clase de actos indignos o de heroicidades oscuras y disparatadas; creyendo que la existencia no es más que esto, sordos y ciegos para otros deberes.

La vejez, libertada de tan grosera servidumbre, sonrío misericordiosa.

Un obispo de otros siglos mostraba inmensa tolerancia ante pecados y crímenes. Cuando sus familiares se escandalizaban de esta bondad, el anciano les respondía, con rudeza castellana, llevándose un dedo a la frente:

—¿Qué queréis?... Dios nos ha hecho a semejanza de una casa; y cuando no hay paz en el piso bajo, es natural que arriba anden todos como locos.

## LA MADRE TIERRA

El padre Sol, la madre Tierra y la hermana Agua forman la verdadera familia del hombre. Sin estos parientes bondadosos, que cuidan de su manutención y de su vida, el hombre, débil niño, no hubiese podido subsistir sobre el planeta.

En esta familia natural ocurre lo mismo que en las familias humanas. La madre excede en cariño al padre y a los hermanos, y el hombre, su hijo, ama a la Tierra con especial predilección.

La historia de ésta es su historia. Mientras el hombre vaga en los remotos siglos prehistóricos sobre la tierra cubierta de matorrales, aprovechando sus frutos espontáneos, como un parásito inútil, no existen sociedad, historia ni familia; el día en que, bajando los ojos al suelo, piensa por primera vez en los pechos inagotables de la gran madre y araña su superficie en busca del jugo de sus entrañas, empieza la gran epopeya de la bestia convertida en ser humano.

Del primer surco recién abierto, nacieron triunfadoras nuestra civilización y la gloria regia de nuestra especie. El primer palo de punta aguzada que sirvió para arañar la tierra fue el cetro más poderoso que vieron los siglos, la espada conquistadora que sirvió para someter a la autoridad del hombre la Naturaleza entera, con sus fuerzas productoras y sus bestias inferiores.

Yo admiro, como todos, los grandes progresos modernos, los descubrimientos e invenciones de nuestros días. Pero mi amor y mi agradecimiento no es para los inventores contemporáneos. Los grandes ingenios que yo admiro no estudiaron en Universidades, no conocieron siquiera la camisa y los zapatos; fueron hombres peludos y bárbaros, de cráneo pequeño poblado de hirsuta melena; de mandíbula ruda y saliente; de ojos pequeños y hundidos, en los que los primeros albores de la inteligencia se reflejaban con una chispa maligna; de brazos largos y pies prensiles, con todas las irregularidades esqueléticas que delataban el reciente escape de la animalidad original. Su traje era la piel arrancada a la bestia luego de atroz combate a palos y pedradas; su suprema elegancia, una capa de grasa esparcida sobre el cuerpo; su arte, un collar de dientes de fiera o un adorno de espinas de pescado. No conocían la familia; no conocían la casa; ignoraban la existencia del amor. Vagaban en cuadrillas, asociados por la simpatía

de la habilidad o de la fuerza; cazaban a la carrera la hembra que encontraban en las soledades, llevando su cría bajo el brazo, y cuando, al fin, llegaban a alcanzarla, una lluvia de puñetazos que la aturdió, un palo que la derribaba en el suelo, una pedrada que la privaba de todo movimiento de resistencia, eran la primera demanda de amor. La hembra, fecundada una vez más por la violencia, tomaba su hijo en brazos, y llevando la promesa de otro en las entrañas, seguía su camino, mientras el padre de azar desaparecía para siempre.

Estos hombres-bestias, estos seres bárbaros, que apenas habían acostumbrado su columna vertebral a la verticalidad, sintiendo la atracción, por la longitud de sus brazos, a volver a descansar sobre las cuatro patas, son los grandes inventores que yo admiro, los inolvidables bienhechores de la humanidad, que aseguraron nuestra existencia al aguzar su ingenio, descubriendo grandes cosas para la alimentación y conservación de nuestra especie.

El vapor y la electricidad con sus innumerables aplicaciones; los actuales medios de comunicación, que parecen extraídos de un cuento de hadas; las grandes máquinas, que producen objetos vertiginosamente; el vehículo eléctrico, el submarino, el automóvil, el aeroplano, son grandes inventos orgullo de nuestra época. Todos ellos sirven para abaratar nuestra existencia, para acrecentar el bienestar y las comodidades; pero yo no sé que el teléfono o la luz eléctrica, por ejemplo, sirvan para aumentar ni en una sola hora nuestra vida, ni que necesitemos del ferrocarril o del fonógrafo cada veinticuatro horas como de algo indispensable para la existencia, sin cuyo auxilio podríamos perecer. Naciones inmensas hubo en otros tiempos que no conocían nada de esto y vivieron bastante bien, pueblos enteros quedan aún en ciertas partes del planeta que no tienen noticias de tales cosas, y vegetan sin que les falte la alegría.

Los descubridores amados por mí son nuestros remotos abuelos, ingeniosos salvajes que inventaron el fuego, inventaron el surco e inventaron el pan. ¿Qué descubrimientos pueden compararse a éstos? Sin la ferretería y los fluidos cautivos de la invención moderna se vive incómodamente, pero se vive; sin las ingeniosidades de aquellos inventores peludos, que aún conservaban en su agilidad y su organismo el recuerdo del parentesco con el mono, lejano primo nuestro que no ha hecho carrera; sin el esfuerzo mental de aquellos simpáticos salvajes, no hubiese habido fuego, no hubiese habido pan, no se habrían creado ciudades, y tú, lector, no existirías, ni yo tampoco, y tal vez a estas horas rodaría la Tierra en el espacio silenciosa y solitaria, como una casa abandonada.

Ahora que se levantan estatuas al que realiza la más pequeña invención,

imaginaos qué monumento debería elevar nuestra gratitud a aquellos descubridores desconocidos, cubiertos de pieles, untados de grasa, y cuyo lenguaje no debía ir más allá del ladrido del perro o el chillido del mono. Los Alpes colocados sobre los Pirineos no bastarían a testimoniar nuestro agradecimiento a estos héroes de la prehistoria, padres de la civilización y abuelos de nuestro bienestar.

Edison, rodeado en su gabinete de bocetos de invenciones, de monstruos informes de la mecánica que han de convertirse en descubrimientos, aparece como un niño de genio entre juguetes maravillosos, si se le compara con el hombre salvaje que, cejijunto por la concentración dolorosa de un pensamiento naciente, se aproximó a la hoguera encendida por el rayo en la selva prehistórica.

Aprovecharse del calor del fuego es un instinto natural. Todas las bestias, por torpes y rudimentarias que sean, saben aproximarse al fuego. Pero lo que no saben, lo que no han hecho nunca, ni aun las más inteligentes, es buscar un tronco seco o cogerlo cuando lo tienen a su lado, arrojándolo a la hoguera para que se prolongue su calor.

El hombre no inventó el fuego; pero hizo algo más útil, que fue descubrir el arte de conservarlo. La noche en que la bestia bípeda, acurrucada junto a la hoguera encendida por la tempestad, intentó el gesto salvador asiendo una rama para arrojarla al rescoldo, prolongando su luz y su calor, fue la verdadera Nochebuena de nuestra historia, la del nacimiento del hombre-rey. La hoguera mantenida a todas horas, el tizón transmitido de unos grupos a otros como un fetiche omnipotente, la certeza de poder producir el fuego en todos los sitios, emancipó a la pobre bestia humana, eterna víctima de otros seres más fuertes, por haber nacido débil y sin armas. El hombre ya no tuvo que refugiarse en la copa de los árboles o en las profundidades de las grietas terrestres. Las espantables bestias prehistóricas, erizadas de dientes, púas y sierras; el oso de las cavernas, grande como un toro; el ciervo, enorme como un castillo y de sanguinaria ferocidad; toda la fauna horripilante, de formas fantásticas, aborto de una pesadilla de la Naturaleza, retrocedió en la noche, guiñando los ojos con aullidos de asombro, ante el rojo sol de la hoguera encendida en la lóbrega planicie, al amparo de cuya luz pudieron dormir tranquilos los humanos.

La hembra, mísera bestia dedicada a procrear hijos de padres desconocidos y a defenderlos de sus propios generadores, se convirtió en guardadora de la hoguera, en respetada sacerdotisa de la llama. El hombre ya no tuvo que salir de casa todos los días, corriendo tras la presa, aguijoneado por el hambre, lo mismo

bajo la tempestad que en días plácidos, para devorarla sobre el terreno, viva y palpitante. El fuego le ayudó a conservar su botín varios días, sin peligro de putrefacción; los alimentos almacenados le permitieron descansar, tenderse a la sombra del árbol o junto a la corriente del río, pensar, soñar, darse cuenta de lo que le rodeaba, fijarse en las fuerzas misteriosas que convivían con él, y su inteligencia fue dilatándose en estas horas de solitaria reflexión, que duraron siglos y siglos. Entonces inventó a los dioses, comenzó su interminable y confusa separación entre lo que consideraba bueno y lo que creía injusto, y contemplando su puño cerrado descubrió el martillo y la maza, mirando su mano abierta dio al pedernal la forma del hacha, inventó la lanza y la espada como una prolongación de su brazo, y copió el ángulo del codo en la rama endurecida, que fue el más primitivo de los arados.

Yo he visto en algunas Exposiciones el modelo de la primera locomotora que corrió sobre rieles y la última forma de las máquinas modernas, gigantescas como catedrales movibles de acero; he visto un facsímil del primer barco de vapor ideado por Fulton, en el que un grosero mecanismo movía los remos, y he visitado acorazados de muchos miles de toneladas, con sus cuádruples chimeneas que dan impulso a veloces turbinas. ¡Cuántos inventos prodigiosos dentro del invento original! ¡Qué larga serie de esfuerzos y perfeccionamientos entre el boceto informe y la obra definitiva!...

Y sin embargo, estos trabajos del ingenio moderno resultan insignificantes comparados con los esfuerzos mentales de los primeros inventores, que durante siglos y siglos colaboraron en una obra que ahora nos parece sencillísima: la de abrir un surco en la tierra, depositar en él una semilla y aprovecharse luego del fruto de la planta.

¡Qué inmenso talento el del primer bienhechor de la humanidad que discurrió limpiar el suelo de plantas inútiles y nocivas; que desmenuzó la tierra y la peinó con sus rudos instrumentos, dejándola fina y jugosa, con las entrañas abiertas a la fecundación atmosférica; que abrió en ella surcos y depositó las semillas para la reproducción de la vida, sirviéndole tal vez de inspiración en esta obra el recuerdo del choque sexual, del encontronazo grosero, del arar en carne viva, que perpetúa la existencia de las especies animales!

¡Qué portentosa imaginación la del hombre que discurrió plantar el trigo silvestre, sometiéndolo a la disciplina del cultivo, y lo recolectó y luego lo hizo polvo, y uniendo este polvo con el agua creó una masa, y sometiéndola a la acción del fuego inventó el pan!... Aparece tan grande, tan complicado, tan inaudito este descubrimiento, que, indudablemente, no pudo ser obra de un solo

hombre. Se necesitaron para realizarlo centenares de inteligencias, sucediéndose en la labor a través de siglos y siglos, añadiendo cada uno un pequeño perfeccionamiento a la obra de sus antecesores, avanzando un leve paso, como en los grandes inventos de nuestros días se amontonan los ingeniosos perfeccionadores tras el primer gesto del iniciador genial.

Con el primer surco se aseguró para siempre la vida del hombre y nació la civilización. El agricultor no pudo vivir allí donde la casualidad le deparaba el abrigo de una caverna, lo mismo que el pastor o el cazador; necesitó permanecer junto al campo e inventó la vivienda, copiando instintivamente la arquitectura de su esqueleto en los costillares y la viga central del techo de la cabaña. El hombre quedó fijo en el suelo. Se acabó la vida de horda, vagabunda y aventurera, en la que los hijos sólo conocían a su madre y la hembra era de todos. El hombre, en su soledad laboriosa, quiso tener una compañera, y nació la familia y apareció el derecho de propiedad —propiedad del campo y propiedad de la mujer—, creándose esta tiranía de los modernos tiempos, a impulsos del egoísmo y el amor.

Las chozas se agruparon formando aldeas; las aldeas se convirtieron en ciudades; las ciudades, por la común seguridad o por la conquista, formaron monstruosos amontonamientos políticos, que no eran naciones tal como hoy las concebimos, sino inmensas colmenas humanas, con una abeja-rey, en las que incubó y tomó forma nuestra organización actual.

¡Todo alrededor del primer surco!

\*\*\*

De la madre Tierra salió igualmente nuestro progreso.

El gran Elíseo Reclús, en su libro *El hombre y la tierra*, que escribió poco antes de morir con dulce serenidad de santo laico, se detiene a examinar el simbolismo que encierra la leyenda bíblica de Caín y Abel.

Esta leyenda, como la del diluvio y la del paraíso con su árbol de la ciencia, es de origen caldeo. Los hebreos no vacilaron, al confeccionar su historia religiosa, en robar sus leyendas a la Caldea, soñadora, imaginativa y novelesca.



Caín fue el primer labrador; Abel vivía dedicado al pastoreo.

El uno, robusto, paciente, endurecido por la fatiga, trabajaba de sol a sol, luchando con los rigores de la Naturaleza, la extremada sequedad o las mortales tempestades, afanándose por dominar y transformar las condiciones del clima y el suelo.

El otro era el pastor vagabundo, el parásito de la Naturaleza, que vive de explotar sin trabajo a las bestias y al suelo, que deja a éste sin transformación y respeta su incultura, deseando que se perpetúe, para que sus rebaños encuentren alimento, aunque los hombres perezcan de hambre.

Caín era de carácter grave, parco en palabras y de humor sombrío, como todo el que lucha y se esfuerza, viendo incierto el porvenir; Abel, alegre y dulce, falto de preocupaciones, como un bohemio de la Naturaleza.

El agricultor ofreció a Dios las espigas de sus campos, mojadas con el sudor de su cuerpo, en cuyos granos quedaba sepultada una partícula de su fuerza vital. El pastor dedicaba a la Divinidad el sacrificio de una bestia de su rebaño, cogida al azar, y elevaba al cielo sus brazos, tintos en sangre inocente. Su religión era la de los pueblos salvajes y vagabundos: la ofrenda de carne palpitante rociada de grasa; el sacrificio de la res de todos los pueblos pastores, los cuales, extremando luego su devoción, llegan al sacrificio de seres humanos.

Caín mató a Abel. Era inevitable, era justo. El símbolo de la leyenda no puede ser más acertado. Le mató como mata el cultivador, para bienestar de los humanos, los terrenos baldíos; como destruye el hacha civilizadora los inútiles matorrales; como el espíritu de los tiempos modernos aplasta los últimos vestigios del pasado, sonrientes tal vez y seductores a través de los siglos, pero nocivos y fatales pesos muertos que dificultan nuestra marcha.

Los hijos de Caín, según la Biblia, trabajaron el hierro y los demás metales; se convirtieron en mineros y fundidores.

De la agricultura nace la industria. Del pastor proceden el hombre de presa, el guerrero a sueldo, el sacerdote de todos los tiempos, que convierte el cayado en signo de autoridad.

Bien muerto fue Abel...

¡Viva Caín!

## ROSAS Y RUISEÑORES

Vengo de Aranjuez de contemplar los espléndidos jardines que la primavera viste con regio manto y corona de flores, mientras el Tajo los arrulla con el monótono zumbido de sus aguas espumeantes.

Los árboles gigantescos, cantados por la musa popular, ondean su cabellera de apretadas hojas junto al azul del cielo, inmenso cristal por el que resbalan, como mosquitos casi imperceptibles, las bandas de pájaros viajeros. Una sombra húmeda y verdosa se extiende bajo el follaje. Sobre el suelo brillan, con temblona luz de monedas de oro, las pequeñas manchas circulares de los rayos de sol que logran filtrarse entre las hojas.

Los sátiros y ninfas de las antiguas fontanas parecen estremecer sus bronce con palpitations de carne viva en esta luz misteriosa; ríe el mármol de las Venus y los amorcillos al deslizarse por su pálida superficie los estremecimientos de la brisa, acompañados de un cabrilleo de resplandores y movibles sombras; refléjanse invertidas en la dormida agua de los grandes tazones las desnudeces mitológicas, las canastillas de flores de piedra, como adornos de mesa, de blanco *biscuit*, montados sobre bases de veneciano espejo.

Y en esta penumbra verde, moteada de inquietos puntos de sol; en este ambiente rumoroso, donde aletean tenues mariposas, zumban pesados insectos de metálico coselete y alas estridentes, y vuela el regio faisán, aristócrata del aire, extienden las rosas su erupción primaveral: unas, encendidas, de color de aurora; otras, pálidas y sedosas, con el tinte suave de la carne femenil oculta bajo el misterio de las ropas.

El perfume, alma de las flores, espárcese en sutiles oleadas bajo el follaje temblón, mezclado con el olor acre y campestre de los árboles. Las corolas extienden en torno de ellas una atmósfera mágica e invisible que parece surgir de los incensarios de una religión de hadas.

El tacto goza al acariciar el velludo terciopelo de las grandes hojas; el oído parece mecerse con el arrullo de la cascada lejana, con el gotear del surtidor, desgranándose en un continuo esparcimiento de perlas, con los mil ruidos

misteriosos de la corteza que estalla en el tronco, de la yema que rompe su envoltura, de la hoja que cae y voltea entre las piedrecitas de la avenida, del insecto que zumba, del sapo que chapotea en el agua verdosa, moviendo sus ágiles remos para refugiarse bajo la amplia tienda de la planta acuática; la vista se embriaga de luz y de color ante las rosas, sultanas del jardín, escoltadas por escuadrones de pensamientos con sus caras barbudas de lansquenets, rematadas por grandes boinas de morado terciopelo; ábrense los labios para paladear los sutiles aromas del aire, mezcla confusa de sabores y olores, mieles vegetales, vagorosas y acres, que son el sustento de todo un mundo de bestias insaciables y casi microscópicas, volátiles o rampantes; pero de todos los sentidos, es el olfato el que goza con más intensidad en esta fiesta primaveral.

Los perfumes son el lujo hermoso e inútil de la Naturaleza, y el olfato es el sentido menos necesario y más superfluo de nuestro organismo.

Como dice Mæterlinck, nadie sabe de qué sirven a las flores sus perfumes y en qué puede favorecer su vida ese ambiente mágico de que se rodean.

El perfume es hermoso, y esto le basta para justificar su existencia, como tantas cosas de nuestra vida que son completamente superfluas, pero la alegran y la hacen llevadera, inspirándonos un amor más intenso que las cosas útiles y necesarias.

El olfato es el último de los sentidos que se desarrolla en nosotros y el menos necesario. A lo más, sirve para defender nuestra nutrición y nuestra respiración, avisándonos con un alerta desagradable la proximidad de los alimentos putrefactos o la atmósfera enrarecida. Hay muchas personas que viven perfectamente sin poseer este sentido.

Además, el olfato es variable en sus sensaciones, según las razas y el grado de cultura de los pueblos. Desfalleceríamos de angustia ante los olores caros a un esquimal o a un salvaje del interior del África, y éstos, a su vez, se encogerían de hombros al ver cómo aspiramos una flor, cuyo tenue perfume no llegan a percibir.

El curso del tiempo y el grado de civilización han hecho progresar este sentido, despertando en él nuevas perfecciones y despojándolo de su primitiva brutalidad. Los antiguos sólo gustaban de perfumes gruesos, «ruidosos», aplastantes. En la antigüedad fueron pocos los poetas que hablaron de los aromas de las flores. Los perfumes amados eran los brutales, los sólidos, los asfixiantes: el almizcle, el benjuí, la mirra, el incienso, los que se conservan hoy para sahumerios

de enfermo o mantiene la tradición religiosa en el interior de los templos. Los perfumes cantados por Salomón y otros poetas hebraicos sólo podría sufrirlos hoy una pastora zafia.

En la vida moderna, el olfato marca con su desarrollo diversos estados de civilización y separa unas clases sociales de otras. Del mismo modo que la música es para muchos un placer de primera necesidad y para otros un ruido innecesario o molesto, los perfumes hacen soñar a algunos seres humanos y dejan a otros en la más absoluta indiferencia.

Las flores sólo son amadas por los habitantes de las ciudades. El labriego marcha por la campiña sin que jamás se le ocurra aspirar el perfume de una rosa. Las más de las veces no puede percibirlo su olfato, habituado al hedor del estiércol, al vaho ardoroso de la tierra, al acre y enérgico aroma de los grandes vegetales. Las flores que no sirven para la venta las desprecia; las que crecen silvestres, matizando con vivas tintas los rubios bancales de trigo, las aborrece como odiosas ladronas que roban al surco una parte del vigor destinado a dar al pan su fuerza nutritiva.

En muchos jardines de Valencia cultívanse las flores en grandes extensiones, como si fueran patatas, sin que el hortelano se sienta conmovido por su belleza, sin que se detenga a aspirarlas; cuando están en sazón, las corta lo mismo que en una siega y las envía a Madrid o a otros mercados, satisfecho de la buena cosecha, igual que si exportase vino a Francia o cebollas a Inglaterra.

Sólo en las ciudades alcanzan estas joyas frágiles y perfumadas una dulce adoración. La humanidad refinada en sus gustos se extasía al sumir su olfato en el nimbo invisible que envuelve sus corolas; los ojos femeniles se entornan al contemplarlas, sintiendo que un mundo nuevo de sensaciones y anhelos despierta en su interior.

El misterio de estos perfumes, que nadie sabe a qué necesidad de vida responden y cada vez ensanchan el más moderno de los sentidos humanos, hace pensar en un porvenir de mayor perfectibilidad para el hombre.

El olfato se desarrolla con la civilización. Sutiles sensaciones que no conocieron los antiguos nos hacen deleitarnos con la respiración de las flores. Los perfumes hoy en moda son tan finos y vagorosos, que un griego o un romano no llegaría a percibirlos. La castellana medioeval de las leyendas romántico-caballerescas, perfumada con azafrán o con alhucema, aspiraría en vano los botes

de tocador usados por la mujer moderna.

El olfato humano se aguza, adivinando en torno de él un infinito de sensaciones ocultas, de misterios que duermen en el espacio.

Como presiente Mæterlinck, ¡quién sabe qué sorpresas nos aguardan cuando el olfato llegue a perfeccionarse, siendo igual al sentido de la vista, como ocurre, por ejemplo, en el perro, que ve tanto por la nariz como por los ojos!

\*\*\*

Cuando empiezan a amortiguarse los rayos de luz filtrados por el follaje, y se condensa y oscurece la verde penumbra de los jardines, y el sol al huir deja en el horizonte una faja de oro, jirón de su regio manto cogido y desgarrado al unirse las puertas de la tierra y el cielo, palidecen las rosas con melancólica languidez, lanzan las últimas bocanadas de su grata respiración, encogen sus pétalos como odaliscas muelles, que pliegan los brazos, sumiendo en ellos la cabeza para entregarse al sueño, y húndense lentamente en la sombra, dejando el sitio libre a sus hermanas las flores de la noche.

Arriba, en campos inmensos de lobreguez, brillan las rosas del cielo, majestuosamente inmóviles, o centellean con incesante parpadeo, cual si el soplo de la eternidad moviese sus pétalos de diamante. Unas son blancas, con la blancura del jazmín; otras sonrosadas, con la suavidad de la carne femenina; algunas tiemblan con un azul vagoroso que recuerda el de las violetas.

Abajo, en las arboledas oscuras, de sombra y misterio, palpitan flores invisibles, estremeciendo el espacio con la expansión de sus almas. Son negras, como hijas de la noche. Flores de la sombra, no necesitan del color y aman sus modestos hábitos, que les permiten ser invisibles en la densa lobreguez, llena de peligros. Sus perfumes pueblan la noche, pero no se esparcen en ondas mudas que sólo despiertan eco en el olfato: vibran en los oídos con celestial caricia, estremecen el silencio, vivifican la augusta calma de la Naturaleza desde que el sol escapa hasta que vuelve con una cántiga de amor, y las estrellas parecen temblar en el espacio como cuerdas melodiosas que acompañan esta sinfonía de la sombra.

El ruiseñor, rosa de la noche, salta invisible de rama en rama, llevando de un

lado a otro su perfume sonoro, su alma melodiosa, un ambiente de trinos que acompaña el movimiento de sus plumas inquietas. La santa poesía va con él, ese anhelo de misterio y sensaciones extraordinarias, antiguo como el mundo y que perdurará mientras éste exista.

Es el testigo de los dulces secretos, el compañero de las grandes pasiones, el músico arrullador de los amorosos estremecimientos. Las beldades que ven pasar las flores del día, de mudo canto, por los senderos de los jardines, pudorosas y graves, las han contemplado muchas veces estas flores de la sombra, de melodioso perfume, correr ansiosas dentro de sus blancas vestiduras hacia unos brazos amorosos, estremeciendo el silencio nocturno con los chasquidos del beso.

Trinos errantes de volador plumaje, que escuchasteis en un jardín italiano el dulce adiós de Julieta y de Romeo: sonad, sonad como ristas de perlas que caen invisibles en el negro silencio; esparcid vuestros perfumes melodiosos de rosas de la noche hasta que el gallo, trompetero del alba, os imponga silencio, y vuelvan a emerger de la sombra las rosas del día, frescas, luminosas y sonrientes, como surgió la tentadora Venus ante los ojos adorantes del caballero Tannhauser.

## LA CASA DEL LABRADOR

Junto a los seculares troncos de la arboleda florecen los rosales de Aranjuez; arriba, entre las olas inquietas del follaje, aletea el faisán, ave amada de los reyes; en medio de esa frondosidad que viste la primavera con nuevas hojas, dando a la luz un reflejo verde de misterio, álzase la Casa del Labrador, el capricho bucólico de los Borbones españoles, de una rebuscada elegancia en su simplicidad, como las pastorcillas de Watteau, que apacientan corderos con esarpines de raso y moñas de seda en el cayado.

Los bustos de mármol, las estatuas mitológicas, destacan su nívea blancura en balaustradas y hornacinas, sobre los muros de cálido rojo veneciano; en el interior, las columnas de piedras multicolores pulidas como espejos, los pisos de mosaicos antiguos, las doradas guirnaldas, los muebles que afectan formas griegas, los relojes monumentales, las raras porcelanas, las sederías costosas que guardan su fresca magnificencia al través de siglos, los gabinetes con adornos de platino, los ricos esmaltes, y hasta el retiro de las más urgentes necesidades, con su asiento solemne y majestuoso como un trono, todo hace revivir una época fácil y tranquila, de estiradas ceremonias en la existencia oficial y magníficas comodidades en la existencia íntima, de regalo y placer para la parte más grosera del cuerpo, y santa calma y beatífica inacción para el pensamiento, dormido bajo la cobertera de la peluca.

Los rosales trepadores abrazan las verjas con su perfumado serpenteo, escalan las paredes, se esparcen por cornisas y hornacinas, pendiendo fuera de ellas como racimos de asaltantes, que derraman una lluvia de pétalos a cada vaivén de la brisa; y el pequeño palacio blanco y rojo, con su vestidura de flores, parece sonreír graciosamente como una de esas sinfonías de Mozart, que evocan en la imaginación columnatas de mármol con guirnaldas de follaje, y praderas de violetas, en las que bailan contradanzas parejas graciosas de cabeza empolvada y la ligera, elegancia del colibrí.

En este palacio italiano, de vistosa riqueza, se entregaba el buen Carlos IV al juego «del labrador». Araba la tierra y se ocupaba en otras faenas agrícolas, para dar ejemplo a sus súbditos, cuando no estaba entregado a la caza, única diversión de su vida. Eran los tiempos del «alma sensible» y del «amor a la Naturaleza». Los

filósofos, los poetas, preparaban la Revolución, predicando las costumbres sencillas, la vida simple de los campos, y los potentados de la tierra, reyes y grandes señores, por el atractivo del contraste, cansados de una existencia ceremoniosa moldeada por Luis XIV, entregábanse con pasión a esta novedad, a esta moda literaria, sin presentir hasta dónde iba a arrastrarles. En Versalles, María Antonieta hacía de pastorcita, ordeñando vacas y fabricando quesos en la linda aldea de juguete del Pequeño Trianón. En Aranjuez, Versalles español, el buen Carlos IV, amante de la tierra porque en sus espesuras se oculta la caza, arrinconaba la escopeta por algún tiempo para cultivar los campos y convertía en lujoso palacio lo que llamaba modestamente «Casa del Labrador».

Rousseau, proclamando el amor a la Naturaleza, introduciendo por primera vez el paisaje en la literatura, dando un alma a las cosas hasta entonces inanimadas, había preparado la más profunda de las revoluciones. El gran bohemio del siglo XVIII, siempre en continuo combate con la pobreza y los mil incidentes de su existencia errante, era, sin darse cuenta de ello, el preceptor de los poderosos de la tierra. Los altivos Borbones querían vivir según Rousseau, aunque fuese de mentirijillas, dando ejemplo a los de abajo, que tomaban en serio la lección; y el amor a la Naturaleza, a la vida simple, trajo como consecuencia un descubrimiento: que todos los seres humanos son iguales en punto a derechos; y un día, la pastorcita de Versalles, la aldeana de delantal de seda, viose en presencia de mujeres populares de verdad, que empezaron por arrebatarle la corona, y después la cabeza, fríamente, sin emoción alguna, mientras sus dedos callosos manejaban junto a la plataforma ensangrentada las agujas de hacer media.

En España no terminó el bucólico juego con regicidios. Los reyes acabaron sus días tranquilamente; sólo hubo una víctima: la nación, desangrada por guerras invasoras, amputada en lo más rico y grande de su organismo.

¡Ay, la casita del Labrador! Cuando acababa la farsa de arar unas piezas de tierra convenientemente preparadas, o de contemplar amorosamente, como obra propia, las cosechas cuidadas por otros dos buenos mozos, corpulentos, de gruesas pantorrillas y abultado abdomen, que realizaban el ideal físico de las beldades de entonces, salían con sus escopetas damasquinadas, sus casacas de rico paño y sus altas polainas, en busca de los faisanes, y seguidos de humildes servidores y perros inquietos. Eran el rey y su inseparable Manuel.

Entre tiro y tiro hablaba Godoy a su protector de lo qué ocurría más allá de los Pirineos. Europa sentíase alarmada ante las conmociones de Francia, próxima a dar a luz algo nuevo y monstruoso: agitaciones, motines, las fortalezas reales



tomadas al asalto por el populacho, los reyes en peligro; después, la lenta degradación de la monarquía, su fuga infructuosa, la invasión de las Tullerías, la prisión, el suplicio de los regios parientes. Y el buen Carlos acogía estas noticias con mal humor, porque perturbaban la calma de su existencia, acabando por confiarlo todo a Manuel para no sufrir nuevas inquietudes. Que enviase ejércitos a la frontera, si es que podía formarlos; que movilizara a los frailes, gente robusta, numerosa y batalladora, capaz de combatir con los enemigos de Dios. Él se limitaba modestamente a sus glorias, y al regresar a la Casa del Labrador o al Real Palacio de Aran juez, decía sonriendo a su María Luisa:

—Hoy han caído trescientos.

Hablaba de los faisanes.

Ninguna inquietud inmediata turbaba su ánimo. La tormenta que gruñía más allá de las fronteras no penetraría en su casa. Nada tenía que temer. España no estaba para nuevas empresas en Europa; pero todavía era grande en el mundo: la más extensa de las naciones. El sol de Carlos IV, aunque más pálido que el de Carlos I, tampoco se ponía nunca. La metrópoli, cubierta de conventos, con las ciudades muertas y los caminos llenos de mendigos, no valía gran cosa; pero de casi todos los mares del mundo emergían pedazos de tierra dependientes del rey de Madrid, y al otro lado del Atlántico, medio continente, que representaba casi la sexta parte del planeta, hablaba nuestra lengua, y los pueblos oían sombrero en mano lo que Su Majestad Católica se dignaba decirles, de tarde en tarde, a través de miles de leguas. No había que temer nada del espíritu de los tiempos; el rey podía cazar tranquilamente. Un bloqueo intelectual aislaba los Pirineos y las inmensas costas de nuestra América. Llegaban las fragatas a los puertos del Pacífico después de navegar un año entero, y la muchedumbre acudía ansiosa de noticias. Sólo le daban una interesante:

«Su Majestad, que Dios guarde, sigue disfrutando de excelente salud». Lo demás no merecía atención. Pero junto con esta noticia, siempre igual, llegaban en los buques otras novedades que se desembarcaban cautelosamente, como horrible contrabando: libros ocultos en barriles, periódicos que servían de inocente forro a obras de devoción, folletos disimulados entre mercancías, y una bocanada de aire europeo esparcía por las ciudades coloniales, soñolientas a la sombra de sus innumerables conventos.

El rey, en su billar de la Casa del Labrador, recordaba de tarde en tarde, con el taco en la mano, los lejanos dominios, al enterarse de un nuevo envío de

perfumado rapé, de rico chocolate o de conchas y metales preciosos, regalo de los buenos súbditos. Estaba seguro de los fieles virreyes de Méjico y el Perú, de la hermosa capitanía general de Nueva Granada, de las ricas provincias de Chile y Buenos Aires, grandes como reinos. Nada de extraordinario y de peligroso ocurriría jamás en aquella España trasatlántica, dormida y feliz en su sueño, bajo la paternal vigilancia del monarca. El buen Carlos olvidaba pronto esta España que nadie podía disputarle, que era suya por derecho divino, para volver su pensamiento a otros lugares más próximos e interesantes, hablando con entusiasmo de los faisanes de Aranjuez, de los venados de La Granja, de los gamos de El Pardo, de la Albufera de Valencia, con sus espesas bandas de aves acuáticas, y de los cotos de la Mancha y Extremadura, abundantes en perdices y liebres.

Y cuando tal hacía estaban ya en el mundo Miranda, Bolívar, San Martín, Hidalgo y O'Higgins: unos, oficiales al servicio de la España colonial; otros, simples criollos ansiosos de conquistar personalidad.

El rey cazador y labriego acabó tranquilamente sus días. La Casa del Labrador no evoca visiones sangrientas, como el Pequeño Trianón. Florecen las rosas en torno de ella, vuelan los faisanes, agitan los árboles su cabellera verde a lo largo de las majestuosas avenidas; pero en el suelo cubierto de flores, de perfumes y susurros se adivina la presencia de algo enorme que está allí enterrado: una España que fue, y no cayó bravamente en heroica y tenaz resistencia, sino que se desplomó de anemia, dulcemente, con el cráneo hueco y un paternóster en los labios como último suspiro.

FIN



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ nació en Valencia en enero de 1867. Fue abogado y periodista, y dedicó buena parte de su vida a la política, en el seno del partido republicano al que se afilió desde muy joven. Su vida política fue turbulenta. La misma violencia con que, en sus obras, denuncia las injusticias, el mismo lenguaje brillante y colorista con que describe los paisajes de su tierra, surgen en sus panfletos políticos, lo que hizo que fuera arrestado varias veces, y otras tantas tuviera que exiliarse.

En 1884 fue secretario del escritor Fernández y González en Madrid, pero pronto se desligó de esta dependencia para dedicarse a la política, que en la idea de Blasco significaba hacer triunfar la revolución. Sus ideas y los violentos escritos que le inspiraron contra la corrupción de los políticos locales y nacionales le obligaron a exiliarse en París en 1889, y no regresó a España hasta 1891.

Ya en Valencia, se entregó por completo a la política, fundó el diario *El Pueblo*, órgano del partido republicano, y fue procesado en diversas ocasiones por campañas periodísticas. Fue diputado por su provincia en siete legislaturas, y en 1909 renunció a su acta de diputado para entregarse de lleno a una empresa que algunos han calificado de descabellada y aun de criminal, pero que él emprendió convencido de que saldría con éxito de ella: marchó a Sudamérica con seiscientos campesinos para fundar en la Patagonia una colonia, a la que llamó Cervantes, en la que se pondría en práctica algún proyecto de sociedad socialista de los muchos que en aquella época se formularon. El caso es que el ensayo salió bien, aunque

cosechó poca comprensión por parte de sus correligionarios.

De vuelta en Europa, fijó su residencia en París en 1914, y puso su pluma al servicio de los aliados en los que vio los defensores de la democracia en aquella primera gran guerra. En recompensa el gobierno francés le concedió la Legión de Honor, y al término de la guerra marchó a Estados Unidos donde fue recibido triunfalmente, y fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad Jorge Washington.

Regresó a España, pero pronto se vio forzado a salir de ella, esta vez para no volver, al advenir la dictadura de Primo de Rivera, en 1923. El resto de sus días, hasta el 28 de enero de 1928 en que murió, los pasó en la costa mediterránea francesa, rodeado del respeto y la admiración de cuantos en el mundo conocieron su obra.

No cesó, durante el exilio, de atacar duramente a los sucesivos poderes que hubo en España y que no hicieron más que perseguir con métodos siempre renovados todo aquello en lo que Blasco creía.

Pasó así a engrosar la lista trágica de los españoles grandes y humildes muertos en el destierro.

Ésta es la biografía escueta de un hombre al que se ha presentado como escritor de novelas violentas y sensuales, sin que para nada se hiciera mención, por lo general, de su actividad como político. Como si su obra, especialmente su obra primera, la que se suele apellidar «de ambiente regional», hubiera nacido de la simple contemplación de la luz de su tierra, o del capricho de su fantasía mediterránea.

Sus ideas políticas, además de los encarcelamientos, procesos y destierros, le abocaron a varios desafíos de los que en ocasiones resultó gravemente herido. Y en medio de esta vida entregada a la acción, Blasco aún encontró tiempo y energías para escribir una de las obras más ambiciosas de la literatura española y para convertirse en el único escritor español que ha podido vivir en el extranjero, holgadamente, del producto de sus libros, y entre el respeto y la admiración del mundo.

Este aspecto de su vida se destaca aquí no por frivolidad, sino porque después de haber tenido que pasar aquí, como tantos otros, por la cárcel o el desprecio oficial, a causa de sus ideas; después de haber tenido que vivir en el

exilio —como tantos otros también— por expresarlas y defenderlas; y después de que durante muchos años se ha pretendido hacer de él un novelista de segunda, a causa también de sus ideas, ocultándolo tras la etiqueta de «escritor costumbrista», para no reconocerle el alcance real de sus ideas sociales, es hora ya de que el lector medio abandone la idea que de Blasco se le ha querido imponer: la de un escritor de tintas fuertes, de colores violentos y descripciones subidas de tono, todo ello bajo el nombre académico de «naturalismo», y aprenda a ver al verdadero Blasco Ibáñez.

No es posible dar una lista de todas las obras de Blasco Ibáñez, pero citaremos aquellas que, además de hacerlo famoso, lo han definido como uno de los grandes novelistas contemporáneos. En primer lugar, y por orden de aparición, sus obras de carácter social, como *Arroz y Tartana* (1894), *Flor de mayo* (1895), *La Barraca* (1898), *Entre naranjos* (1901), *Cañas y barro* (1902), *La catedral* (1903), *La horda* (1905), *La bodega* (1905), *Sangre y Arena* (1908), que son precisamente sus obras mayores, junto a las novelas de la guerra *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916) y *Mare Nostrum* (1918), y las históricas *Sónnica la Cortesana* (1901), *El Papa del mar* (1925) y *A los pies de Venus* (1926), así como *La vuelta al mundo de un novelista* (1925).

En cualquier enciclopedia puede hallar el lector la lista completa de sus otras obras. Lo que aquí se trata de destacar es precisamente la seriedad y profundidad trágica, además de su compromiso social y político, en un autor al que se le ha achacado sensualidad, costumbrismo, luz y color, alegría mediterránea, y otros tópicos. Es verdad que nuestro autor amó la vida y que gozó de ella cuanto pudo; es verdad que en sus novelas la luz y el encanto de su tierra son protagonistas silenciosos y constantes; es verdad también que Blasco utiliza el color violento y los contrastes para atenazar al lector con una acción tensa y un lenguaje vivo y brillante. Pero pretender que eso y sólo eso es todo lo que Blasco ha aportado a la literatura y al conocimiento de las gentes de su tierra, no es sólo ceguera, sino injusticia, y hasta injusticia premeditada.

Es, desde luego, menos arriesgado colgar en el haber o en el debe de la «psicología» de un personaje o de una clase social lo que no son sino consecuencias del ambiente en que se le obliga a permanecer, porque de ese modo no hay que citar por sus nombres a los verdaderos responsables. Como es más cómodo culpar a la tierra, al sol, o a la sangre caliente por las reacciones violentas del campesino harto de padecer injusticias. En cada una de las novelas citadas hay una denuncia que Blasco se atreve a gritar.

C. Ayala